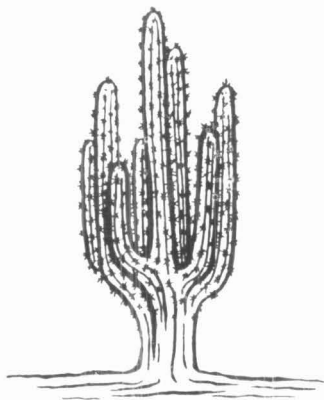


JESUS GOYTORTUA SANTOS

Páginas escogidas

SELECCIÓN DE FLOR DE MARÍA SALAZAR MENDOZA



Flore. Botánica. D.

C A C T V S

17

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE SAN LUIS POTOSI

JESUS GOYTORTUA SANTOS

Páginas escogidas

JESUS GOYTORTUA SANTOS

Páginas escogidas

SELECCIÓN DE FLOR DE MARÍA SALAZAR MENDOZA

C A C T V S

17

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE SAN LUIS POTOSI

ISBN-968-6194-02-9 COLECCION COMPLETA

ISBN-968-7674-24-5

0537-97028-A0128

Derechos reservados conforme a la ley

© 1997 Universidad Autónoma de San Luis Potosí

Editorial Universitaria Potosina

JESUS GOYTORTUA SANTOS

Jesús Heliodoro Goytortúa Santos nació el 3 de julio de 1910 en San Martín Chalchicuautla, municipio enclavado en la Huasteca potosina. Sus padres Nabor Goytortúa y Odelina Santos era agricultores y ganaderos. La familia Goytortúa Santos tuvo que salir de San Martín rumbo al puerto de Tampico debido a la poca estabilidad que provocaron los conflictos revolucionarios.

Después de la estancia de la familia en Tampico, decidieron ir a vivir a la capital del estado de San Luis Potosí, en donde al parecer Jesús continuó sus estudios; posteriormente trasladó su residencia a Monterrey, Nuevo León. Años más adelante alcanzó al resto de la familia en la capital del país. Jesús Goytortúa vivió en el Distrito Federal hasta su muerte ocurrida en 1979.

Ya instalado en la ciudad de México, se inscribió en la Escuela de Jurisprudencia pero por dificultades económicas la abandonó; entonces su formación profesional nunca llegó a concluirse. Jesús Goytortúa trabajó en el Departamento Jurídico de la Secretaría de Agricultura y Fomento hasta el año de 1944. Tras su

salida de dicha Secretaría, se dedicó por completo a las letras.

Justamente el año en que dejó de trabajar en el gobierno, participó con la novela *Pensativa* en el certamen que convocó el periódico de circulación nacional *El Universal*, con dicha novela le fue conferido el premio *Lanz Duret*. El narrador huasteco envió la novela con el seudónimo de *Fidel*. Cabe mencionar que ésta no fue su primera publicación, pero sí su primera novela. Seis años antes de 1938, reunió un libro de cuentos titulado *El jardín de lo imposible* el cual firmó con el seudónimo de *Carlos Vardel*. Hacia 1946 escribió la que sería su segunda novela, *Lluvia roja* con la cual recibió ese mismo año el premio *Ciudad de México*. En 1945 escribió su tercera novela *Cuando se desvanece el arcoiris*. Dos años antes de su muerte en 1977, publicó su segundo libro de cuentos titulado *Un fantasma. Y otros cuentos*. Durante este largo lapso entre la última novela y el último libro de cuentos, escribió y publicó cuentos cortos los cuales aparecieron en distintos periódicos de la ciudad de México. Además de publicar sus novelas, algunas de éstas fueron llevadas a la pantalla grande.

La obra literaria del potosino, rebasó las fronteras de nuestro país, *Pensativa* y *Lluvia roja*, por ejemplo, fueron traducidas al inglés, francés e italiano.

La obra del autor es vasta, escribió tres novelas:

- *Pensativa*. 2a. ed. Ed. Porrúa, México, 1947. 278 p.
- *Lluvia roja*. Ed. Porrúa, México, 1947. 254 p.

— Cuando se desvanece el arcoiris. *Ed. Stylo, México, 1949. 136 p.*

y dos libros de cuentos

— El jardín de lo imposible. *San Luis Potosí, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes, 1992. 196 p. La edición original: por Claudio Vardel (seud). Ed. Stylo, México, 1938.*

— Un fantasma. Y otros cuentos. *Ed. B. Costa-Amic, México, 1977. 177 p.*

Algunos de sus cuentos aparecieron en la revista Letras Potosinas tales como

— “Piano de estudio”. *a. VII (S.L.P.), jul-ago, 1949, n. 79-80.*

— “El último sol”. *a. VII (S.L.P.), nov-dic, 1949, n. 83-84.*

— “La gloria pasó cerca”. *a. VII (S.L.P.), mayo, 1949, n. 77.*

PENSATIVA (fragmento)

Al principio no pude entender lo que oía, después dudé, hice un diluvio de preguntas y sentí a la Rumorosa valsar dentro de una girándula de fuego. El mismo padre Ledesma sonrió al ver mi frenesí.

—Sí, un triunfo completo, señor mío — me dijo en la asistencia, aceptando un vasito de tequila para quitarse el frío—. Completo y para mí poco agradable. ¡Llevarse usted a Pensativa, usted, uno de esos hombres sin partido, un tibio indigno! ¡Y ayudarlo Cornelio y yo!

—Maltráteme cuanto quiera, pero deme detalles.

—Sí, detalles — palmoteó Genoveva—. ¿Verdad que Pensativa quiere a Roberto?

—Las mujeres tienen increíbles debilidades y Pensativa tiene la de amarlo a usted — continuó el sacerdote—. Pero en fin, lo quiere y acepta ser su esposa.

—Primo, Pensativa se había dejado dominar por los escrúpulos que tú adivinabas — dijo Cornelio—. El padre se los quitó de raíz.

—No exactamente — protestó el padre—. Lo que hice fue recordarle que el pasado es santo, que todo lo

sucedido en la guerra había sido en legítima defensa. A eso llama Cornelio arrancar de raíz los escrúpulos. Ahora Pensativa no se siente obligada a expiar lo que no fue crimen sino gloria.

—No discutiré eso —repuse—. El hecho es que Pensativa retira la negativa que me había dado.

—La retira. Ahora es usted el que debe decirnos si el pasado le importa o no, si lo ocurrido en la guerra le parece deshonroso. Esta es una pregunta ridícula que sólo hago porque Pensativa me pidió que la hiciera.

—Pensativa es la más santa y la más pura de las mujeres —exclamé.

El padre Ledesma hundió en mí su mirada de acero y no supe si en ella había contento o desprecio. Por cierto que nada me importaba ya lo que él pensara. Lo que yo quería era montar a caballo y galopar al Plan de los Tordos.

—Cálmese y permanezca aquí —me dijo el padre. Su presencia en la hacienda no sería oportuna. Pensativa no es una de esas muchachas modernas que el día en que conceden su mano se van a festejarlo al cabaret. Ella es una virgen fuerte y está entregada a la oración.

Tuve que dormir en la Rumorosa, en la que mi tía, Jovita y la Chacha, habían enloquecido de alegría, pero con la alborada salí para la hacienda. Al final de la calzada oí un alegre saludo y vi a Basilio firme sobre su caballo.

—Comprendí que usted tomaría muy temprano el camino del plan, mi jefe y me vine a esperarlo.

Se lo agradecí con un apretón de manos y juntos hicimos la ruta. Entré al galope en la casona, abandoné mi caballo y volé al corredor, en el que Pensativa me esperaba, una Pensativa conmovida, casi frágil, que deseaba y no conseguía disimular su emoción.

—El padre. . . Cornelio. . . — balbucée.

No pude hablar y besé la mano que ella me tendía. Los mozos nos observaban en indiscreto y alegre grupo y en la puerta de la cocina lloraban las mujeres. Pensativa se encaminó a su pobre salita. La seguí temblando.

No me habló inmediatamente y de pie junto a los hierros de la ventana contempló la meseta, en la que se alzaba la neblina. Me aproximé a ella, pero respeté aquel silencio que sabía cargado de llanto. Y así era. Cuando Pensativa volvió sus ojos hacia mí, los ví rebotando lágrimas.

—Roberto, nunca pude esperar que un momento como este llegara para mí. No creí conocer jamás una felicidad semejante.

—¿Qué felicidad no merece usted? — pregunté, tan trastornado que ni aún pensé en tutearla.

—Antier, cuando usted se fue, y yo creí que se iba para no volver, sufrí de un modo horrible.

—Pensativa, no habrá usted sufrido más que yo. Una pálida sonrisa le iluminó el semblante.

—Usted se marchaba. Yo quedaba aquí y es peor quedarse. El pesar se redobla permaneciendo en el lugar donde se ha sufrido.

Sus palabras acabaron de trastornarme y ya no

recuerdo bien lo que siguió. Sólo hasta en la tarde, cuando Esteban nos llevó el café a la vieja glorieta, empecé a darme cuenta de mi felicidad.

— Nos casaremos sin tardanza — le dije a Pensativa.

— ¿Tanta prisa? — preguntó ella, enrojeciendo—. No, no me gustaría un casamiento precipitado. ¿No cree mejor que sigamos las viejas costumbres, que imponen un largo noviazgo?

— ¡Un largo noviazgo!

— Siquiera de unos meses.

— ¡Meses!

— Aquí es el uso.

— Los usos los vamos a olvidar un poco.

— Pero no completamente.

En aquella discusión la ví más próxima a mi corazón. Las barreras iban cayendo. Ambos cedimos algo y acordamos casarnos en noviembre, el día de San Carlos. Todo en Pensativa era grave y adquiría un significado.

— El día del santo de mi hermano — me dijo—. Así, él se unirá un poco a nuestra... a mi dicha.

Recuperó una seriedad que ya había desaparecido de su rostro, al advertirme:

— ¿Se opondría usted a que nos casáramos a lo cristero?

— ¿A lo cristero? Ignoro cómo será eso.

— Quiero casarme como se usaba cuando la persecución. De noche o a la madrugada, sin lujo, en una casa particular.

— Podemos casarnos en la Rumorosa — exclamé, entusiasmado por el romántico proyecto.

—¡Oh! Sí. Y nos casará el padre Ledesma.

—Lo encargaremos de vencer todos los obstáculos que se presenten —dije—. El matrimonio civil lo arreglaremos también sin ruido.

Ella hizo un gesto de altivez.

—¿Matrimonio civil? Jamás.

—¿Jamás? Pero si todo el mundo se casa también por lo civil. Y luego, que la ley exige al sacerdote, para celebrar el matrimonio, el certificado de haberse efectuado el civil.

—Se casará civilmente todo el mundo, menos yo —declaró fieramente Pensativa—. Roberto, esa es una condición que usted no debe querer eludir.

—Que tú —dije, recalcando el pronombre— no debes querer eludir.

Ella sonrió de nuevo.

—Que tú —asintió—. No me casaré por lo civil y no habrá quien pueda exigirle al padre Ledesma una formalidad risible.

—A mí no me parece risible —aduje—. Pero sea como tú quieras. Francamente, yo estoy seguro de que más tarde consentirás en esa formalidad que hoy te repugna. El estado civil de los hijos. . .

No continué, porque Pensativa había enrojecido y se había puesto de pie.

—Va a llover ya —me dijo.

Aceptó mi brazo y volvimos a la casona. Con pesar me ví obligado a regresar a la Rumorosa, pues la decencia me impedía permanecer ahora en la hacienda de mi prometida. Basilio me acompañó en la vuel-

ta. Desde el repecho volví la mirada y ví ahora un pañuelo blanco agitándose en el zaguán.

No sentí el aguacero que nos alcanzó en la ruta, ni me inquietó el vado y a punto fijo no sé si llovió y si pasé algún vado. Basilio me dejó en la Rumorosa y regresó prestamente a la hacienda.

¡Días de felicidad, días inolvidables, en los que el camino del Plan de los Tordos me vio pasar envuelto en mi dicha!

Nunca creí se pudiera ser tan feliz. Pensativa me descubría su alma como una rosa va desplegándose y yo encontraba en ella un inagotable encanto. Ya no era ella la mujer impenetrable, fiera, triste, que yo había conocido en la Rumorosa. Como el viento barre las nubes y deja brillando un cielo sin mácula, el amor libertaba a Pensativa de sus antiguos duelos y la dejaba, casta y serena, transformada en una mujer de la que fluía la ternura. Yo iba descubriendo su espíritu pleno de dulzura, radiante y jamás un viaje por las alturas de un espíritu ha podido ser más encantador.

Los días se llevaban hasta el recuerdo de las viejas amarguras y apenas si alguna sombra trasvolaba aquella frente. Yo callaba entonces y me limitaba a besar una mano de dedos ahusados, un pelo sedoso. La sombra se perdía y Pensativa recobraba la serenidad.

Pasaba septiembre y el buen tiempo se anunciaba. Llovía menos y pronto hubo jornadas límpidas

sobre las que el otoño lanzaba ya sus áureos reflejos. Yo había dejado todos los trámites en manos de Cornelio y del padre Ledesma. Para sorpresa mía, ninguno de los dos había pensado en marcharse. Mientras el sacerdote arreglaba los trámites en la parroquia, en la que oí leer las amonestaciones, Cornelio medía, por así decirlo, la población, deseoso de encontrar al Alacrán.

Por más que hizo no pudo dar con el mendigo, que parecía haberse desvanecido con su compañero. No por eso disminuyó Cornelio la vigilancia de la Rumorosa ni acortó Basilio la del Plan de los Tordos. Había vigilantes en la calzada y en el camino del Agua Zarca. El mismo municipio, deseoso de tener paz con gente que como mi primo seguía siendo de temer, batió el pueblo buscando al Alacrán.

A fines de octubre ya habían cesado las lluvias y me aproveché de ello para ejecutar un proyecto que me rondaba la mente y que no pensé en someter a la consideración del padre Ledesma, cuya dureza para con lo que llamaba mis sentimentalismos había concluido por amoscarme. Una mañana monté a caballo y acompañado del párroco tomé el camino de la Huerta del Conde. Nos seguían Ireneo, Fidel y dos peones, que cuidaban de unas mulas cargadas con latas de petróleo, con dinamita, con machetes, palas, hachas y zapapicos.

No volví a adentrarme en la sierra sin alguna tristeza. Y sin embargo, cuán distinto era mi estado de ánimo en esta segunda visita, al de la primera. Ahora yo sabía todo lo que antes me intrigaba y me azoraba.

Sabía por qué Pensativa se conmovía ante los ciegos hasta el punto de querer morir, y conocía el secreto de lo ocurrido en la huerta y el de la reclusión de mi prometida en la hacienda desmantelada. Ya no había más nubes que el odio del Alacrán hacia el viejo grupo cristero y hacia mí, el novio de la hermana del general Infante, y ese odio había sido neutralizado por la vigilancia establecida en la Rumorosa y en el Plan de los Toros e iba a ser transformado en inofensivo por la marcha de Pensativa hacia mi casa de México.

No era, con todo, una jornada alegre la que hacíamos en la cordillera. El párroco, disgustado por la presencia del padre Ledesma en la Rumorosa, sólo sabía hablar de su deseo de saberlo bien lejos de Santa Clara de las Rocas. Tras de nosotros los hombres callaban, vagamente amedrentados; cuando llegamos al valle, fue necesario que el sacerdote bendijera desde lejos la huerta para que se decidieran a seguirnos.

Me acerqué con emoción a las tapias derruidas y oí el murmullo de la arboleda. Por el sendero fuimos hasta la escalera tallada en la roca, en cuya grada superior quedaban los restos de los cirios encendidos por Basilio. La poza despedía rápidos centelleos. Sin detenerme, para no dar a los mozos y a los peones tiempo de reflexionar, entré a la huerta y me detuve junto a la encina.

El párroco rezó un responso y arrojó agua bendita. Yo enarbolé un hacha y dí sobre el tronco los primeros golpes. Desde entonces Fidel fue el único en temblar. Un ardor vengativo, casi una furia, dominó a

Ireneo y a los peones, que blandieron sin descanso las hachas. La huerta resonaba a cada golpe y la inquietud se esparció entre las alimañas, a las que oímos deslizarse en la maleza.

Con un crujido, la encina trágica se inclinó y se derrumbó sobre la ribera. El peso de la copa la arrastró hasta la poza, en la que se precipitó en un sordo chapuzón. Me sentí lleno de alegría.

— Padre — grité — desaparezcan así de la patria los testimonios de las guerras civiles.

— Ahora, a acabar con lo demás — exclamó el párroco, entusiasmado.

Los peones perforaron las gradas rocosas y metieron dinamita en los agujeros. Yo mismo encendí las mechas y salté de júbilo al oír las explosiones que destruían aquella escalera sangrienta. Después fuimos todos hasta el ángulo donde yacían los restos humanos y a machetazos despejamos la maleza. Los peones cavaron una fosa que bendijo el párroco y en la cual depositamos los huesos. Sobre el montón de tierra oró el sacerdote y plantamos una cruz.

— Descansen en paz, pobres hermanos desconocidos — pensé —. Ojalá y nunca tenga otro mexicano que llenar tan doloroso deber.

No nos quedó ya sino rociar con petróleo la espesura y prenderle fuego. ¡Qué placer nos invadió cuando vimos la precipitada fuga de las víboras entre las llamas! No podían escapar y lamenté no poder incendiar toda la huerta, arrasar sus tapias y meter el arado en la rica tierra.

— Pero lo haré — me prometí, volviendo a montar a caballo—. Borraré las sangrientas historias y haré un valle de paz.

Los matorrales, lozanos por las últimas lluvias, ardían difícilmente. Cuando los caballos nos llevaron de nuevo al camino de regreso, la humareda espesa y maloliente que se retorció entre las bardas nos pareció un hermoso espectáculo.

Sentimos que cerrábamos un capítulo espantoso, que habíamos puesto el sello a un pasado sangriento. Y yo me dije que había destruido la sombra que por tanto tiempo había entenebrecido la existencia de Pensativa. El porvenir quedaba abierto y conjurados los fantasmas.

Noviembre llegó y ví a Pensativa, cuando arrancó la hoja del calendario, doblarse bajo un íntimo pesar.

— No me acostumbro a la felicidad — me explicó.

Su inquietud en los tres días que precedieron a la fiesta de San Carlos, me alarmó. Llegué a creerla enferma.

— Tengo miedo — me dijo, respondiendo a mis preguntas—. Miedo al pasado. ¿Olvidarás siempre, lo perdonarás todo?

— Todo está olvidado y nada tengo que perdonar — repuse.

— Sí, sí, nada; dice el padre Ledesma y él es un santo.

Sonrió y cambió de tema. Pensándolo bien, su agitación se me presentó natural. ¿No iba Pensativa a cambiar totalmente su modo de vivir? Ya se había instalado en la Rumorosa y este no era sino el primer paso en su nuevo camino.

Yo mismo me encontraba con los nervios alterados. Tantas sacudidas no habían pasado en vano y no en balde se aproximaba tanta dicha. Viendo a Geneveva afanada en la cocina, a Jovita coser constantemente; a mi tía dirigir el severo ornato de la casa, a Cornelio vigilar los alrededores y al padre Ledesma disponer el altar, me afiebraba y no podía permanecer tranquilo.

El matrimonio debía efectuarse al amanecer del día cuatro, en la sala de respeto. El día tres, en la siesta, el cartero me entregó una carta en cuyo sobre ví el matasellos de Guadalajara. Comprendí que era la respuesta de mi amigo a la carta en la que le había pedido informes sobre la muerte de La Generala, pero me sentí incapaz de poder leerla y desprovisto absolutamente de todo interés por conocer en detalle el fin de aquella terrible mujer que había sabido seducir y capturar a Muñoz y que había permitido a un abominable verdugo dejarlo ciego. Arrojé la carta sobre mi escritorio y seguí mi vana agitación.

La Rumorosa tenía una actividad desusada. En el exterior nada delataba la proximidad de un suceso

que para nosotros era de tanta importancia. El zaguán y las ventanas permanecían cerrados y estoy convencido de que en Santa Clara de las Rocas nadie sospechaba la proximidad de lo que para todo el pueblo, ya en murmullos por la lectura de las amonestaciones, hubiera sido un acontecimiento.

No se había repartido una sola invitación, pero Cornelio había convocado a algunos de los antiguos jefes cristeros y éstos fueron llegando al atardecer del día tres, a caballo, bien armados, uno a uno. Me miraban con curiosidad y hablaban parca y cautelosamente. El ambiente de la casa se tornó de una gravedad inesperada, sobre todo cuando los "puros", abandonando el campamento de las Piedras Coloradas, llegaron a ofrecernos sus respetos.

Yo, que deseaba charlar, reír, beber algunas copitas, me sentí intimidado ante los viejos cristeros, ante aquellos hombres serios, médula de su partido y entregados a una devoción absorbente. El rosario fue rezado solemnemente. Me sentí transportado a la época de los chuanes, a las conspiraciones jacobinas en Inglaterra y lamenté que mi carácter comodín y mi afición a la broma, detonara entre la hueste puritana.

Pensativa oraba con un fervor que me turbó. Me reproché no estar a su nivel y no ver en el matrimonio, aun deseándolo de tal modo, aun habiendo puesto en él las esperanzas de ser dichoso, un acto que aportara tan suprema emoción. La ví superior a mí, ferviente, llena de una pasión cuya grandeza era la medida de su

corazón y me estremecí de placer comprendiendo que a mí iba ser dedicado tan profundo sentimiento.

Después de la cena se hizo tertulia, que más pareció ejercicio cuaresmal. Los guerrilleros callaban y sólo el padre Ledesma iba refiriendo viejas hazañas, elogiando a los muertos, poniendo de relieve el espíritu que había animado la lucha. De vez en cuando interpe-
laba a alguno de los jefes y éste respondía concisamente. Yo hubiera preferido otra víspera para la boda. Era yo el único de los concurrentes que no había participado en cualquier forma en la guerra y me veía condenado al silencio, apartado de Pensativa, rodeado de gente en la que un sentimiento fogoso se denunciaba por la tensión de los semblantes. Mí tía, Jovita y la Chacha, no eran las que oían con menor atención.

Me gustó que llegara el momento de ir a dormir. Me encerré en mi cuarto, en el que dí vueltas como animal enjaulado. Apagué la luz y abrí la ventana. El aire frío de la otoñada silbaba sobre el campo sumergido en las tinieblas. La Rumorosa dormía profundamente. La vigilancia se había retirado de los alrededores, pues Cornelio juzgaba pasado el peligro de un nuevo atentado mientras permaneciéramos todos recogidos en la finca, y Pensativa deseaba que todos sus mozos presenciaran la boda.

Pensé que yo había vencido aquella tierra. Yo había sabido conquistar a Pensativa y llevaría conmigo a olvidar en México los horrores que por tanto tiempo habían proyectado sobre su vida una sombra de pesadilla. Volveríamos a la Rumorosa sólo cuando Pensati-

va se hubiese hecho a su nueva existencia y las correrías de su hermano, los crímenes de La Generala, el suplicio de Muñoz, fuesen para ella empañadas visiones.

Como el frío me iba transiendo, cerré la ventana y encendí la luz. ¿Nunca terminaría la noche? Fumé, me acosté, me levanté, quise leer, pero no pude controlar mis nervios. De pronto me fijé en la carta que me había llegado de Guadalajara y la abrí esperando distraerme.

Mi amigo me escribía largamente. Había investigado en Zapotlán, en la misma Guadalajara, en todo Jalisco y podía asegurarme que La Generala no había muerto.

“Entrevisté a viejos cristeros que la conocieron y que hablan de ella con veneración y todos han negado la muerte de La Generala. La terrible mujer está oculta y estos fanáticos no pueden ni quieren imaginársela muerta. La adoran. Fue una mujer temeraria, dura, impávida, que apareció repentinamente en los campos de lucha y que pronto se hizo conocer como La Generala, sin otro nombre. Apenas los íntimos conocieron el nombre de esa misteriosa mujer que fue el alma de la guerra. La han comparado con Juana de Arco, pero la Doncella de Orleans no fue jamás ni tan intrépida ni tan despiadada como La Generala de los cristeros”.

Al pronto me pareció interesante la carta. Después ví que la Chacha y Basilio me habían engañado. La Generala no había muerto.

En otras circunstancias, la noticia me habría

puesto a meditar, pero esa noche de espera, de impaciencia, me dejó indiferente. ¿Qué me importaban La Generala y sus cristeros? Mi boda iba a permitirme olvidar aquellas historias y el cristerismo y sus jefes ya no me importarían.

Eché la carta en un cajón de la cómoda y me acosté. Me dormí de pronto, como si me hubiese abismado y sólo desperté cuando Basilio llamó a mi puerta.

Aún no alboreaba. Me levanté, encendí la luz y abrí la puerta. Basilio entró para ayudarme a vestir. Lo ví desconocido, remozado, lleno de regocijo que lo hacía llorar. Llegó a besarme la mano.

— Mi jefe, desde ahora . . . pues desde ahora, con que me diga usted: muérete, y me muero.

— Gracias, Basilio, pero jamás le diré eso a un amigo como usted.

Fue entonces cuando me besó la mano. Me ayudaba torpemente, como inhábil en tales menesteres. Llegó a admirarme. — ¿Quiere decirme algo? — le pregunté, viéndolo cohibirse de un modo singular.

— Sí, algo — dijo. Y después negó —: Estoy loco, mi jefe. Nada, pero nadita tengo que decirle.

Cornelio y el doctor López entraron para saludarme. La casa resonaba opacamente con una actividad turbadora. Jovita, la Chacha, los criados y los mozos, corrían con linternas en el patio, transportando mesas y flores. Cuando salí al corredor ví al padre Ledesma,

precedido de cirios, encaminarse a la sala. Los jefes y los "puros" se acercaron a saludarme.

— Vas a enamorarte todavía más de Pensativa — me dijo Genoveva, acercándose rápidamente—. Está divina. Y me ha encargado que te pregunte —añadió— si leíste la carta.

— ¿La carta? ¡Ah sí, dile que ya la leí y que su contenido no me interesó — respondí, preguntándome cómo se habría enterado Pensativa de que me había llegado carta de Guadalajara.

Genoveva se retiró. Mi tía, de mantilla, luciendo sus perlas, se acercó para abrazarme. Jovita hizo lo mismo y la felicité por su largo vestido de seda y por su mantilla sostenida con una alta peineta. Genoveva no se quedó atrás en su tocado; en un momento en que se metió a su cuarto, se puso un vestido de ancha falda crujiente y se envolvió en un rebozo de Santa María. Lloró abrazándome y a Cornelio y a mí nos costó trabajo consolarla de no sabíamos qué.

Por fin llegó el momento de dirigirnos a la sala. Dí el brazo a mi tía y anduvimos, seguidos de los jefes, hasta la puerta de la sala, en la que se agolpaban los "puros", los mozos y las criadas. Mi corazón daba las mismas vueltas que da un esquilón echado a vuelo. En la sala, cuyas ventanas estaban cerradas, ardían los cirios en un altar levantado en el testero. El padre Ledesma se erguía bajo sus suntuosas vestiduras y Fidel se pavoneaba vestido de monaguillo.

Todos mis recuerdos corren en torbellino. Entramos a la sala y nos detuvimos cerca de la cerrada puer-

ta de asistencia. Los concurrentes penetraron y se reunieron junto al altar. Esperamos unos segundos. Y ahogué un grito de admiración.

—¡Pensativa!

Ella se adelantó, del brazo de Cornelio, jamás la había visto yo vestida de blanco y un ángel volando bajo el viguerío no me habría causado tan profunda conmoción. Sobre su frente caían los encajes de Alenzón que mi madre había lucido en su boda, y temblaban los azahares. Y en sus ojos ardía la felicidad en una llama serena.

Llegó junto a mí. Respiré su perfume. En un profundo silencio avanzó el sacerdote. Ya estaba ante nosotros. Ya oíamos su voz empapada de una sutil emoción.

Y en ese instante se abrió la puerta de la asistencia y apareció el Alacrán llevando del brazo al mendigo ciego.

Fue el Alacrán el que saludó y su saludo fue el rayo:

— Buenos días, mi Generala.

XX

Un clamor de rabia estalló en la sala y los cristeros se agitaron como en una tempestad. Yo había saltado.

—¿Qué? — grité.

Mi grito dominó el tumulto. Se hizo un silencio repentino y trágico. Dí un paso.

—¿Qué hacen aquí? — pregunté a gritos.

—Venimos a la boda de La Generala —contestó el Alacrán.

—¡La Generala!

—Buenos días —dijo el ciego.

¡Qué voz irifame, endemoniada, destrozada! ¿Qué dolores no contenía aquel acento?

—¡Muñoz! gritaron los cristeros, desenfundando las pistolas.

—Sí, Gustavo Muñoz —exclamó el ciego, acercándose lentamente, extendiendo sus brazos hacia adelante—. Mi Generala, vengo a tu boda. No me has invitado, pero a la boda de La Generala no podemos faltar los que La Generala dejó ciegos.

Se me erizó el cabello. Ahora comprendía. Todo se desgarraba rugiendo.

—La Generala. . . —murmuré.

Nadie podía disparar. Todos estaban pendientes de mí. El ambiente quemaba. Muñoz seguía acercándose, sonriendo.

—Soy tu invitado de honor, mi Generala. Yo debo llevar la cola de tu traje. ¿Por qué no me mandaste invitación? ¿Me creías muerto? Morí sólo para la luz. Recuerdo tu cara de fiera. Lloré, te besé los pies, grité, grité, pero fuiste inflexible. Pudiste salvarme. Tú me habías engañado en el pueblo. Eras mi novia, Generala.

Rió brutalmente.

—Eras mi novia. La Generala fue mi novia. ¡Qué bien sabes fingir! ¿Finges ahora? Al hombre que te ha

traído al altar, ¿le finges amor? Yo me enamoré de ti. . .

— ¡Pensativa! — clamé, sintiendo a la realidad llenarme de dolor — ¿Tú eres La Generala?

— Sí, soy La Generala — dijo ella.

Me miraba fijamente, pero sin desafío. ¡Qué espantosa agonía brillaba en sus ojos!

— Fue La Generala, la reina de la muerte, la que ordenaba fusilamientos — dijo Muñoz, con una horrible mueca en su rostro devastado —. La que me enamoró, la que fue mi novia, la que me engañó y me llevó a la trampa.

— ¡Pensativa!

— La que pudo salvarme. Le besé los pies, le grité, me retorcí de miedo, pero ella dejó que me cegaran. Recuerdo aquel fierro al rojo. ¡Al rojo! Ella puede ver aún lo rojo. Y yo no, y yo no!

— Tú eres La Generala — exclamé.

— Yo soy La Generala. Y tú lo sabías ya. Te lo dije anoche, en la carta que te entregó Basilio y que a la Chacha le dijiste hace unos momentos que ya habías leído.

— Basilio no me entregó ninguna carta — protesté —. La que yo leí fue otra que recibí de Guadalajara.

Basilio se arrodilló, sollozando.

— Mi Generala, perdóname, pero no se la pude entregar. Tú lo estás viendo. Es cobarde. No pude dársela.

Pensativa lo miró con espanto. Yo retrocedí ante el vocerío que se había desatado y defendí al ciego y al

desnarigado del asalto de los cristeros.

—¡Padre! —grité—. Ayúdeme a salvarlos.

—Deben morir —dijo el terrible clérigo—. Mueran los enemigos de la fe.

Ví a la muerte a unos pasos de mí. Únicamente la intervención de Pensativa pudo detenerla.

—Guarden las armas —gritó.

Su voz los domó. Sus viejos subordinados la obedecieron temblando.

—Perdóname —me pidió, con una serenidad que ocultaba la tormenta.

—¡Tú eres La Generala! —repetí, sintiendo rondarme la locura.

—Sí, yo soy.

—Tú, Pensativa. ¡Tú! Tú eres la mujer que gritaba ¡siganme los hombres!

—Yo soy.

—Tú la que se disfrazó para engañar a Muñoz.

—Yo.

—Lo engañaste para asesinarlo.

—Lo engañé para ajusticiarlo.

—¡Tú! ¡Dios mío! ¿Cómo no me muero? Tú permitiste que dejaran ciego a este infeliz.

—Yo permití que dejaran ciego a ese traidor.

Me mordí los dedos. ¿Qué atroz sorpresa se me había dado? ¿Y qué mundo enloquecido era aquél? Pensativa era La Generala, la mujer que había inundado de sangre el Interior.

—¡Eres La Generala!

—Roberto, Roberto —gritó la Chacha—. Sólo

queríamos tu felicidad.

Abracé a Genoveva y encontré en su abrazo valor para mirar a Pensativa.

La Generala se quitó lentamente el velo y los azahares. Sus hombres lloraron a gritos y se arrodillaron ante mí.

— ¡Cásate con ella! ¡Es una santa!

— Silencio — les ordenó Pensativa y su imperio era tan grande que la obedecieron al instante. Sólo Basilio siguió llorando.

— Mi jefe, mi jefe — suplicó, de rodillas, besándome las manos—. Cásate con La Generala. ¡Te quiere, mi jefe! Es santa y gloriosa. — Me besó los zapatos, besó el suelo y se desgarró con las uñas su repugnante rostro—. ¿Quieres que me mate? Cásate y te prometo matarme. ¿Quieres que le bese los pies al Alacrán?

El Alacrán rió estridentemente. De un tirón se quitó las vendas y nos mostró su horrorosa cabeza sin nariz y sin orejas.

— ¡Desorejador! — gritó—. ¡Bésame los pies!

— Te los beso, te los beso — rugió Basilio.

¡El Desorejador! — exclamé.

— Sí, mi jefe, pero me mataré si quieres.

— ¡Ah! qué fieras salvajes hay aquí — grité, exasperado.

— Este me agarró y me cortó la nariz y las orejas — me dijo el Alacrán, poniéndome una mano sobre el hombro—. ¡Mi linda nariz picuda!

— ¡Fuera! — grité, ya sin saber a quién me dirigía.

Mi jefe, mi jefe. . .

— ¡Qué horror! — clamé—. La Generala y El Desorejador.

— ¡Muera, muera — gritaron los cristeros, amenazándome con las pistolas.

— Pensativa — dije—. No, no: Generala, tu gente va a cometer un nuevo crimen.

Ella hizo un ademán y volvieron sus gentes a callar.

— Perdóname — me pidió, con un tono de fatiga que me traspasó—. No quería causarte ningún mal. Jamás recibirás un mal de mí, ni de mi gente.

Se volvió hacia sus hombres para decirles:

— Roberto y esos dos vagabundos son sagrados.

— ¡Mueran! — dijeron sordamente los cristeros, mientras mi tía, Jovita, la Chacha y el doctor, enloquecidos, se acercaban para protegerme.

— No morirán. Yo lo ordeno. Yo, La Generala.

— Roberto — me dijo Pensativa— te juro que jamás quise engañarte. Anoche, contra la orden del Padre, te escribí diciéndote la verdad.

— Mátame, mi Generala — pidió El Desorejador.

— Cuando Genoveva me dijo que habías leído la carta, me sentí libre y dichosa para siempre.

— Mátame, mátame — rogó Basilio, arañándose la cara.

— Soy La Generala. Por eso he vivido en el Plan de los Tordos, protegiendo a mis inválidos. Pero óyeme esto: puedo arrepentirme de lo que hice porque soy mujer y mis nervios me dominan, pero en verdad, nada de lo que hice fue malo.

—¿Nada? —gritó el ciego.

—Muñoz fue castigado por sus crímenes.

No me engañó Pensativa y comprendí que su resolución actual era una máscara echada sobre su desesperación.

—Temblabas ante los ciegos —le dije.

—Temblaba. Mis emociones dominan mi razón. Pero todo lo que hice lo volvería a hacer.

—¡Bien! —gritó su gente.

—Creí poder ser feliz en el matrimonio y acepté casarme contigo. Te amo. Eres mi único amor. Jamás te causaré voluntariamente el menor daño. Voy a desaparecer de tu vida, pero no quiero irme sin tu perdón.

Me incliné, henchido de dolor. Oí pasos y pasos, cuando levanté los ojos sólo quedaba ante mí el padre Ledesma. A mi espalda se abrazaban Muñoz y el Alacrán.

—Villano cobarde —me dijo el padre Ledesma, a guisa de despedida—. Miserable que no sabe admirar las acciones sublimes: vete de una tierra que has venido a entristecer.

Mi tía y el doctor vinieron a abrazarme, llorando. Oí abrir el portón; y escuché luego pasar en tromba por la calzada, hacia el río, la cabalgata de los cristeros.

—Se fue La Generala —exclamó la Chacha,

entrando deshecha en llanto —. Roberto, Roberto ¡cuánto mal has hecho!

— Genoveva — repliqué sombríamente — creo que también yo he recibido algún daño.

— ¡Ella es una santa!

— Es La Generala.

— ¿Y esos qué hacen aquí? — gritó Jovita, entrando convertida en una furia y señalando a los dos mendigos —. ¡Fuera, fuera!

— Señor — me dijo el Alacrán — defiéndanos.

— Que los defienda el diablo — exclamé —. ¡Fuera de aquí!

— Nos matarán, señor.

— ¡Que los maten! — prorrumpieron las tres mujeres.

Hice un esfuerzo.

— ¿Cómo entraron? — pregunté.

— Por el jardincito del Calvario — dijo el Alacrán —. Usamos la llave que La Generala le dio a Gustavo cuando era su novia. ¡Que chistoso haberla usado hoy!

— ¿Y cómo pudieron llegar con tan espantosa oportunidad?

— Mucho tiempo nos estuvimos escondidos en el pueblo y después en el ladrillar y teníamos antiguos amigos, que habían sido muy maltratados por los cristeros, que nos informaban de todo. Supimos que usted se iba a casar y espiamos en la orilla del río. Cuando ví pasar a los jefes, dije: ya va a ser la boda. Y luego me imaginé: esta gente no le ha dicho al novio quién es su

prometida. El odio me hizo adivino. Y me traje a Tavo y como todos estaban listos para ver la boda, pues entramos sin muchos trabajos. Yo conocía la casa desde que viví aquí hace muchos años.

—Yo debía odiarlos —dije—. Pero no quiero más crímenes. Vengan.

Los llevé a mi cuarto, en el que me cambié la ropa y saliendo con ellos al patio ordené traer la volanta. Ireneo me obedeció sombríamente. Subí al cochecito, acomodé junto a mí a los mendigos y los conduje a Santa Clara.

—Perdóneme que quise matarlo —me pidió el Alacrán—. Pero no sabíamos que La Generala se había enamorado de usted y por poco me privo de una venganza mejor.

—Ojalá y no te hubiera fallado la puntería —le dije, deteniéndome en la plaza del pueblo, llena del nuevo sol—. No hubiera tenido que sufrir esto. Y ahora, guárdense de los cristeros.

—Vamos a pedir que nos encierren en la cárcel —exclamó el Alacrán.

—Antes explíquenme algunas cosas —pedí—. Usted, Muñoz, dígame cómo se salvó de morir en la Huerta del Conde.

—Al que me seguía en la huerta le temblaba el pulso —contestó el ciego—. Yo me desmayé del dolor que me causaban las quemaduras y mi perseguidor creyó que me había matado.

—Yo lo encontré después, en la sierra, corriendo como loco —dijo el Alacrán—. Lloraba a gritos. Y yo

iba huyendo despavorido. El Desorejador me había llevado a la huerta y me había embellecido con su cuchillo. Al principio nada más quería cortarme las orejas, pero le llamó la atención mi nariz picuda y me la rebanó. Desde entonces Gustavo y yo no nos hemos separado y siempre hemos soñado nada más con la venganza.

—¿Usted fue el que gritó en la huerta el quince de julio último? —le pregunté a Muñoz.

—Yo mismo —replicó, sonriendo espasmódicamente—. El Alacrán me había llevado a la huerta, porque siempre habíamos tenido la esperanza de vengarnos en ese lugar y por eso el quince de julio regresábamos siempre a esta comarca. Estábamos en la espesura cuando llegaron ustedes. —Grita— me dijo el Alacrán, como gritaste aquel día. Y grité. ¡Y qué susto se llevaron ustedes!

—Fue afortunado al no gritar cuando rezábamos —le dije— porque en ese momento no hubiéramos podido huir y habríamos hecho fuego.

—Por eso no grité sino hasta que llegaron ustedes a donde tenían los caballos —confesó—. No quiero morirme. ¡Cómo es bonito vivir!

Le dí un latigazo al caballito y volví raudamente a la Rumorosa, asombrándome de no ver al mundo en llamas. ¿Cómo era posible que yo sufriera tanto y que el campo siguiera su vida robusta? En el patio de la Rumorosa entregué la volanta a Ireneo y me encaminé a la alcoba de mi tía. Besé la mano de la pobre vieja y le anuncié mi marcha.

—¿Te vas? —preguntó Genoveva, ahogada en llanto.

—Sí. ¿Qué puede detenerme en este lugar al que sólo vine para sufrir?

Me encerré en mi cuarto y sentí al dolor hacerme trizas el corazón.

El sufrimiento me hizo polvo. ¡Que horrible desenlace para mi novela de amor! Pensativa era La Generala. ¿Cómo no había sabido yo comprenderlo antes? Aquel miedo a los ciegos sólo podía experimentarlo la mujer que había permitido se cegara a un hombre. Y yo había sido también un ciego.

¡La Generala! Yo no había sabido descubrirla bajo la apariencia de Pensativa. La terrible mujer que había hecho tantas veces huir a sus enemigos, la cristera, la audaz vengadora que había bajado a Santa Clara para seducir a Muñoz y conducirlo a la emboscada, la dura generala que había presenciado el suplicio del esbirro, era Pensativa. Y yo me había enamorado de ella. Había estado a punto de hacerla mi mujer, y todos, todos, mi tía, mi prima, Genoveva, Cornelio, el doctor, todos sus antiguos compañeros, habían jugado a engañarme, a endosarme aquella implacable guerrillera. ¡La Generala!

¿Pero cómo no había yo sospechado?... Dí vueltas en mi cuarto, rabioso y amargado. Había tenido la verdad ante mis ojos. ¿Cómo no me los había abierto

la carta de Guadalajara, el anuncio de que La Generala no había muerto? ¿Cómo no me había iluminado el respeto de Cornelio, la adoración de los mozos, la veneración del padre Ledesma? ¡Loco, ciego!

— Mi esposa La Generala — me dije.

— ¿Qué maldita trama había sido aquella? ¡Yo casado con una mujer de tal modo manchada! ¡Ah!, y ella que se había callado. Refugiada en el Plan de los Tordos, fugitiva de las venganzas, ensangrentada, sí, chorreando sangre, había sabido engatusarme.

Era preciso partir, alejarme de una tierra sombría y para siempre cortar con un pasado abrumador. Y yo iba a partir. Rugí de dolor. ¡Qué brusca caída en un abismo, qué inesperado hundirse en un pantano sobre el cuál se deslizaban ignominiosos fantasmas: La Generala, El Desorejador, el ciego Muñoz, el desnarigado! Huir, huir de aquella tierra, de la Huerta del Conde, del campamento de los "puros", del ladrillar, del Plan de los Tordos.

Después, perdiendo mi dolor su primer fuego, me hundí en un pesar silencioso. Ví mi desastre. El mundo caía sobre mí. La mujer amada se envolvía de súbito en lienzos ensangrentados y ya no era Pensativa, mi prometida melancólica, la mujer, gentil, fina, sino La Generala. Me grité estas palabras: La Generala, y cada vez sentía clavarse un puñal en mi pecho. Todo mi sueño se había deshojado y la realidad era hiriente.

Empecé a preparar mis maletas. ¡Huir! Amontoné los objetos, impaciente. ¡Olvidar!

Y luego, he aquí estas puñaladas. ¡Pensativa! Los

ojos se me arrasaron de lágrimas. La ví mil y mil veces en un minuto: en la huerta de su hacienda, sirviéndome el café en las tacitas de porcelana de Sajonia; en la Rumorosa, convaleciendo en el jardincito del Calvario; en su recámara, tendida en su camita de hierro; en el portón del Plan de los Tordos, diciéndome adiós.

¡Cómo la había amado! Pero las visiones seguían revoloteando. La ví en su asistencia, junto a su secreter. Y la ví vestida de blanco, lista para la boda. ¿Cuándo iba a poder olvidarla? ¿Cuándo iba a dejar de verla vestida de blanco, con los azahares ciñéndole la frente? ¡Pensativa! ¡Cómo había sonreído al entrar a la sala donde creía ser esperada por la dicha! No olvidaría yo jamás aquel brillo de dicha de su mirada. Su mirada. . . Y yo la había visto quitarse el velo y los azahares, renunciar, caer bajo el destino. Y yo vivía. El rayo había caído y yo seguía viviendo. Yo había visto brillar su sonrisa bajo el velo de encajes. Y yo vivía.

Me eché de bruces en la cama y me mordí los puños. Recordé su última mirada, cuando ya el huracán se había desatado. En el momento supremo, me había dicho: te amo. Me lo había dicho ante todos: eres mi único amor. Ella lo había dicho. Yo lo había oído. Me amaba y había creído alcanzar la dicha.

—¿Pero por qué lo había creído? — me dije—. ¿Por qué yo estaba engañado? ¿Por qué yo ignoraba que ella era La Generala?

—No, no — me respondí—. Ella, desobedeciendo el mandato del rebelde sacerdote, me lo había confe-

sado todo en una carta que Basilio no había querido entregarme.

No me había querido engañar Pensativa. Temblé y me incorporé en la cama. ¿Y qué, me dije, y qué? No había querido engañarme, pero tampoco había podido borrar el pasado. Y los fantasmas habían aparecido. Todas las confesiones no hubieran podido evitar la catástrofe, pues yo jamás me habría casado con La Generala.

Me serené o mejor dicho, domé la desesperación y pude recapacitar. Todo había terminado y ya no quedaba sino marcharme. Pensativa, arrepentida de los crímenes de la Huerta del Conde hasta el punto de residir en una hacienda ruinosa; dolorida, agobiada, perseguida por los remordimientos, era de cualquier modo La Generala y estaba prohibida para mí. Había muerto para mí. Yo solamente tenía ya una cosa que hacer: regresar a México a buscar el olvido.

— En marcha — dije.

Pero no pude irme. Del fondo de mi ser se elevaba un grito: Pensativa. Era mi alma misma la que gritaba atropellando mis escrúpulos. ¡Pensativa! Era mi amor el que clamaba, el que corría destrozando mis repugnancias y mis pensamientos. Todo mi ser clamó por ella. A mi corazón no le importaban el pasado, ni las escenas de sangre, ni los odios ni las venganzas. Yo la amaba, la seguía amando.

Quise resistir, pero mi amor galopó sobre mis ideas. ¡La amaba! La ví de nuevo en una imagen fulgurante. Ella era mía, era de mi alma, era mi alma mis-

ma. ¿Qué me importaba La Generala? ¿Qué me importaban los guerrilleros y los puritanos, los verdugos y los gritos de agonía? Yo amaba a Pensativa.

— Pero estoy loco — me dije.

Mi amor se burló de mi protesta. Yo no podía alejarme. Yo tenía que recuperar a Pensativa. Yo era su esclavo.

Me pasé la mano por la frente y huí de mi cuarto, que abrasaba como un horno.

— ¿Qué tienes? — me preguntó el doctor, corriendo al verme seguido por la Chacha.

— Que la amo todavía — repliqué.

— ¡Un caballo! — gritó el doctor.

Genoveva y mi prima corrieron con Ireneo y con Fidel a ensillar mi caballo. Mi tía lloró de dicha. Monté de un salto.

— Corre — me dijo el doctor—. Corre, que aún puedes alcanzarla.

— ¿Alcanzarla? — me pregunté, mientras lanzaba mi montura por la calzada. Era imposible que el doctor pretendiera que yo alcanzara a Pensativa en el camino del Plan de los Tordos, pues ella y su cortejo estaban seguramente ya en la vieja hacienda. ¿Qué había pues querido decir el doctor?

No bajé hasta el vado del Coyote, sino que tomé la ruta que había seguido en mi primer visita a la morada de Pensativa. La llanura ostentaba tonos dorados. Se empequeñeció a mi espalda la arboleda de la calzada y ví enfrente los pirules que se inclinaban sobre el río. Mi caballo bajó ligeramente hasta el fon-

do del cauce, por el que corría el agua entre los bancos de arena. Mientras cortaba la corriente, una evocación abrasadora cayó sobre mí. Volví a ver a Pensativa sobre su caballo encabritado, oí de nuevo el estampido de la corriente y sentí en mis brazos el peso de aquel cuerpo de mujer que yo había llevado en la loca fuga hacia la orilla.

— ¡Corre, corre! — le dije a mi caballo, empujándolo hacia la alta ribera, sofocándome bajo el recuerdo.

Alcanzado el final de la cuesta en la que Pensativa había tropezado con el indito ciego, mi cabalgadura reanudó la galopada. De los eriales se levantaban los gorriones. Los cerros nos surgían al paso con sus flancos tajados. El aire zumbaba. ¿Pero es que nunca íbamos a llegar al Plan de los Tordos?

Y al seguir un recodo, refrené mi montura y dí un grito de espanto. Ante mí, más allá del repecho desde cuya altura se había arrojado siempre una última mirada sobre la hacienda se elevaba una gruesa columna de humo.

— ¡Por Dios! — grité, aterrado.

Hundí bárbaramente las espuelas en el caballo, que salió volando. Las piedras saltaban, los pájaros chillaban sobre los cactus, el sol hacía reverberar los cerros. Desde lo alto del repecho ví abajo la meseta, por encima de la cual pasaban las escuadras de los tordos.

Era la hacienda la que estaba en llamas. Ardía el ala habitada por Pensativa y el humo se elevaba recta-

mente en el tranquilo ambiente. El ganado huía en los pastizales. Ante el zaguán, un grupo de hombres se agitaba aportando leña.

Volví a precipitar mi caballo y pronto estuve ante los hombres que incendiaban la finca. Me recibieron con gritos de rabia:

— ¡Muera, muera!

Eran los antiguos mozos de Pensativa, pero ya no se mostraban cordiales, sino que me rodeaban amenazadoramente. Las mujeres eran las más animadas contra mí y blandían hoces al acercarse corriendo. Por fortuna Esteban se encontraba ante la hacienda; se interpuso entre el grupo y yo y se hizo oír:

— ¡Acuérdense de que es sagrado!

Los inválidos se detuvieron, rugiendo.

— ¡Que se largue! ¡Fuera, fuera el cobarde!

— Mi jefe — me dijo Esteban — ¿a qué vino usted?

— Vengo a buscar a Pensativa.

Una furiosa carcajada sacudió a los inválidos.

— Muera, muera — gritó Lucía, enarbolando la hoz.

— ¡Quiere burlarse otra vez de La Generala — rugió Mariana.

Alcé las manos pidiendo silencio.

— No me burlo. Llévenme adonde está ella. Oí risas y silbidos.

— Mi jefe, La Generala se fue y no volverá — me dijo Esteban.

— ¿Se fue? ¿Adónde se fue?

— Nadie lo sabe. Se fue con los otros jefes y se despidió de nosotros para siempre.

— ¡Para siempre! — gritaron las mujeres y los inválidos, entre sollozos.

— ¿Dónde está Cornelio? — le dije a Esteban.

— Se fue a las Piedras Coloradas.

— Iré a verlo.

— No le dirá nada, mi jefe. Todos juraron, cuando se los pidió La Generala, no revelar nunca el sitio al que ella se ha encaminado.

— ¡Se fue para siempre! — gritó uno de los mozos, enloquecido—. Usted la hizo llorar.

La perdimos — voceó Mariana.

— Escúchenme — rogué—. Cometí un fatal error, del cual estoy arrepentido. Vengo a pedirle a Pensativa que me perdone.

— Ya es tarde — me dijeron, sofocados por el llanto y por el odio—. Se fue y no volverá.

Si ustedes me ayudan, la encontraré.

— No podemos ayudarle — me dijo Esteban, llorando—. Se fue. Se despidió de nosotros. No volverá y nosotros nos regresaremos a Jalisco.

— ¡Huérfanos! — clamó Lucía.

— Se fue, se fue — gritaban los hombres.

¡Muera ese canalla! — rugió Mariana.

— Es sagrado — volvió a exclamar Esteban—. ¿Ya se olvidaron del juramento? Mi jefe, pierda la esperanza. Ella nos hizo jurar que no le haríamos ningún mal a usted y se fue con los jefes y con El Desorejador.

— Buscaré a los jefes y a Basilio.

— No los encontrará y además, nada le dirán. Lo aborrecen, mi jefe. Lo odian con ganas.

— Todos lo odiamos — gritaron los inválidos.

— Váyase, mi jefe. Nosotros nos vamos. Nada tenemos que hacer aquí. Se fue La Generala y no queremos seguir en esta tierra. Vea cómo hemos quemado la hacienda.

Oí un gran estrépito y ví derrumbarse los techos de la finca. Me pareció que Pensativa perecía con la casona, que desaparecía con las habitaciones donde la había admirado.

— Adiós, mi jefe — me dijo Esteban, sollozando.

— Vámonos — gritaron todos.

Se pusieron en marcha y sentí el corazón destrozado al ver aquella tropa miserable. Los cojos iban a caballo al frente de la caravana; las mujeres cargaban las provisiones, los niños arreaban las cabras y el resto de los hombres llevaba las armas y las cobijas. Dispararon contra las vacas a las que dejaban abandonadas, contra los árboles, contra la fachada de la finca, de cuyas ventanas salían rizos de humo, y hubieran disparado contra mí si Esteban no les hubiese constantemente recordado su juramento.

Los seguí un trecho, rogándoles que me aceptaran algún dinero y sólo recibí insultos. Por último me ví precisado a apartarme de ellos y me quedé a la sombra de un árbol. Los tordos seguían pasando en bandadas y una vaca herida mugía entre los pastos. El sol caía con fuerza. La casa continuaba humeando. Los mozos iban alejándose en medio de una nubecilla de polvo y acabaron por desaparecer en las primeras estribaciones de la sierra.

Sentí la congoja oprimirme el pecho. Todo había terminado. Yo había perdido a Pensativa. Allí estaba su morada, humeando en el plan solitario, ante la cordillera. Su gente, su pobre gente, había desaparecido en la lejanía. La soledad me causó horror. El viento iba bajando de la sierra y pasaba sonoramente aca-
mando los pastos. Me sentí solo, desesperadamente solo, extraviado en la planicie.

—¡Pensativa! —grité.

El eco me respondió burlonamente. ¿Quién otro hubiera podido contestarme? Pensativa se había marchado y yo me pregunté con desesperación:

—¿Para siempre?

XXI

Fuí a las Piedras Coloradas, donde los "puros" me hicieron un frío recibimiento y quise conmover a Cornelio.

—Primo —me respondió— yo te quiero y te comprendo; por eso no te guardo rencor. Pero precisamente porque te comprendo, Pensativa no quiso que yo la acompañara, para que no supiera yo el lugar al que ha ido a refugiarse y en un momento de flaqueza te lo fuera a decir.

—Yo la encontraré —dije.

Volví a la Rumorosa, sobre la que había caído un silencio de duelo y desde ella dirigí las pesquisas, pero no pude recoger un solo indicio. Nadie sabía nada, aunque estoy convencido de que si los antiguos cristeros

hubiesen sabido algo, a ningún precio me lo hubieran dicho.

Llegó entonces la hora de regresar a México. No quise partir sin ver de nuevo el Plan de los Tordos y lo visité un día en que la neblina flotaba sobre los campos. Cruzando el río, me detuve a oír el murmullo que hacían las aguas corriendo entre los bancos de arena. Allí había tenido entre mis brazos a Pensativa. El río estaba íntimamente ligado a nuestra amarga historia; lo recordé abriéndose paso entre las montañas y deslizándose luego, en calladas pozas, ante la fatal Huerta del Conde; recordé el estampido de sus crecientes y su vado revuelto, en el que las olas amarillentas habían querido atajar mi camino. Y eternamente él seguiría corriendo entre sus abruptas riberas, sin llevarse, en su marcha hacia el mar, ni la imagen de las nubes que pasaban sobre sus aguas, ni el recuerdo de los hombres que junto a él se gastaban en dolorosa agitación.

Reanudando la marcha, ví los eriales quemados por las heladas y los torrentes en cuyo seco cauce correteaban las largartijas. Al aproximarse al último repecho, dejé a mi montura caminar al paso. Una irresistible angustia iba apretándome el pecho al acercarme a la meseta. Por fin llegué a lo alto del corto repliegue del terreno y desde allí ví el plan, cuyos pastos tiritaban bajo el viento invernal.

El caserón mostraba en su fachada las huellas del incendio. Me acerqué lentamente a su portón, esperando un prodigio, anhelando ver una figura querida, escuchar un acento inolvidable. Pero no ví sino un ga-

vilán que levantó el vuelo al oír mi llegada. Amarré mi caballo a un torniquete y penetré en la casona saltando los escombros. En el patio, el silencio pesaba como plomo. Recorrí los corredores en los que se habían consumido las plantas y me asomé a las habitaciones cuyos techos había destruido el incendio.

Sólo encontré cenizas. Un olor de muerte, de ruina eterna, brotaba de la asistencia, en la que vanamente busqué una astilla del secreter de Pensativa. En la pequeña recámara monacal pude ver bajo un montón de escombros la camita de hierro, torcida por el fuego. Las yerbas empezaban a brotar en lo alto de los paredones y un deslizarse de sedas me reveló la presencia de las víboras en los aposentos arruinados. Ellas se hospedaban ya en los sitios que Pensativa había habitado y arrastraban sus inmundos cuerpos en los sitios en los que yo había visto resplandecer una sonrisa melancólica.

La soledad, mi soledad, se me apareció en toda su dureza. Todo estaba terminado, arruinado; todo había pasado para mí. Salí aprisa y montando a caballo lo lancé al galope por el camino de regreso.

En la Rumorosa acorté los adioses y partí doblegado bajo el dolor. Amarga tierra había sido esa para mí, y ni una sola vez volví los ojos para ver entre los árboles la fachada de mi vieja residencia.

La capital se me mostró fría, indiferente. No pude volver a mis antiguos hábitos, que ni un solo momento he conseguido recobrar. La imagen de Pensativa se presenta continuamente a mi recuerdo y arranca

de mi espíritu la inclinación a los placeres. Durante dos años derramé el dinero en la búsqueda de Pensativa, pero nada conseguí saber. Fuí a Guadalajara, a Colima, recorrí el Bajío, visité Querétaro, pero no pude encontrar con una huella una nueva esperanza.

Nuevas penas cayeron sobre mí. Un telegrama me anunció la muerte de mi tía y sentí que yo era un poco culpable de esa muerte, al haber sometido a tan rudas pruebas aquel viejo corazón. El doctor López murió poco después y Cornelio pereció cuando su caballo se hundió en un precipicio.

Encargué a Jovita el cuidado de la Rumorosa, a la que nunca he vuelto y le pedí a Genoveva se viniera a vivir conmigo. La pobre Chacha aceptó y vino a México trayéndose a Fidel, al que he convertido en mi ayuda de cámara. Genoveva dirige la casa. Comprende cuánto sufro y hace lo posible por consolarme.

—Nosotras fuimos las culpables de lo que ocurrió — me dice frecuentemente —. Queríamos que te casaras con Pensativa para que ya cuando estuvieras muy unido a ella, cuando ella te hubiese dado hijos, decirte toda la verdad o por lo menos no temer que otros te la dijeran. No supimos lo que hacíamos. Pensativa quería confersártelo todo a tiempo y entre el padre Ledesma y nosotros cometimos la torpeza de impedirselo. Y cuando no pudo más y te escribió diciéndote la verdad, el pobre Basilio se guardó la carta.

Tres años después de la muerte de mi tía, la Chacha me avisó que una monja pedía verme. Su emoción me admiró. Pasé a la sala, en la que me encontré ante una de esas monjas mexicanas obligadas a no guardar la clausura, pobrísimas y a las que se encuentra siempre, vestidas de negro, a la cabecera de los enfermos. Después del saludo, la monja me indicó que me visitaba para darme un mensaje verbal de Sor Asunción de las Divinas Llagas.

Hice un gesto de ignorancia, pero me sobresalté cuando la monja continuó:

— En el siglo, Sor Asunción se llamó Gabriela Infante.

¡Pensativa! — exclamé.

— Así la llamaban — continuó la monja.

— ¡Pensativa se ha hecho monja! — dije con dolor.

— Ha profesado en Bélgica. Quería hacerlo en un convento español, pero se lo impidió el levantamiento contra la República.

— Monja — murmuré, sintiendo desvanecerse hasta la más destinada de mis esperanzas.

— Monja en el convento de Santa Walburga, cerca de Furnes.

— La he perdido para siempre.

— Cuando visité el convento para despedirme de las hermanas — reanudó mi visitante — Sor Asunción me encargó que no me olvidara del encargo que ella me había hecho desde que entró novicia. Yo vivía en Bélgica cuidando a una señora mexicana, que murió hace tres meses. Conocí a la señorita Infante en la pro-

cesión de la Penitencia y poco después, sabiendo que tarde o temprano yo tendría que regresar a México, me pidió que lo buscara a usted y que en su nombre le pidiera perdón.

—¿Perdón? —pregunté, conmovido—. Hermana, yo soy quien debo pedírselo a Pensativa.

—El Señor es el único que conoce el secreto de las acciones y de los corazones —dijo la monja—. Sor Asunción teme haberle hecho a usted mucho daño. Ella lo amaba a usted, señor. Me ha encargado que le explique a usted algunos puntos de su vida. Cuando Sor Asunción. . .

—Hermana —pedí— llámela usted Pensativa.

La monja accedió sin esfuerzo.

—Cuando Pensativa supo que su hermano se había lanzado a la guerra, lo siguió a Jalisco y como otras muchas mujeres combatió valerosamente. Pronto fue conocida como La Generala; adquirió fama de intrépida y fue obedecida ciegamente por los cristeros. Su nombre verdadero fue ocultado cuidadosamente para rodearla de los encantos del misterio.

—Muy pocos lo conocíamos —interrumpió Geneveva—. Los inválidos lo supieron después, por una indiscreción de Jovita, pero mientras duró la guerra ignoraron que Pensativa y Carlos eran hermanos.

—Ella ha visto siempre esa guerra como justa —continuó la monja—. Hubiera vivido tranquilamente después de terminada la lucha, si no hubiese sido por el recuerdo de la tortura infligida al hombre que traicionó a su hermano. Desde el quince de julio de

1928, Pensativa no encontró reposo. Los remordimientos la agobiaban y cuando concluyó la guerra se vio imposibilitada para hacer una vida normal. Por eso se refugió en la hacienda que usted conoció y que había sido por largo tiempo residencia de su familia. Cuando usted llegó a la Rumorosa, le desagradó a Pensativa con sus modales frívolos; ella lo creyó un hombre ligero, pero pronto cambió de impresión. Usted le salvó la vida cuando ella perdió la calma al encontrarse a un niño ciego y desde ese instante ella tuvo que combatir el amor que la empezaba a dominar.

— Pensativa se decía — prosiguió mi visitante — que nada firme podía haber entre usted y ella, porque usted, al que tanto disgustaban los cristeros, se habría horrorizado al saber la parte que ella había tenido en el suplicio de Muñoz. Por eso se negó a corresponderle a usted cuando se le declaró en la hacienda y no fue ella la que sufrió menos al tener que rechazarlo. Para hacerla variar fueron necesarias las instancias de Cornelio, que tenía mucha influencia sobre ella, por su vida ascética, y sobre todo las palabras del padre Ledesma, que la convenció de que podía y debía ocultarle a usted su antigua vida. Aceptó pues casarse con usted, pero en la noche que precedió al día en que la boda había de efectuarse, no pudo resolverse a seguir callando y le escribió una carta en la que revelaba su identidad.

Esa carta se la confió a Basilio, para que se la entregara a usted, pero el caporal comprendió de lo que se trataba y tuvo mucho miedo de que la boda

fuera a frustrarse. No la entregó pues, aunque a Pensativa le aseguró lo contrario. Lo que acabó de hacerla dichosa fue la respuesta que le dio usted a la señora Genoveva cuando ésta le preguntó si había leído usted la carta. Se sintió perdonada, limpia, nueva. Por eso sufrió tanto cuando usted se horrorizó al saber que ella había sido La Generala. Se tuvo como maldita. La aparición de Muñoz, al que ella creía muerto; el horror de usted, la destrozaron. Se sostuvo con una energía ficticia y cuando llegó con su gente, huyendo a la hacienda, lo único que pudo hacer fue obligar a todos a jurar que usted sería siempre sagrado y que nadie le buscaría perjuicio. Y de la hacienda se fue, con los jefes, a la sierra, donde se despidió de todos y se fue procurando que se perdiera su pista. Pasó a los Estados Unidos y de allí a Europa.

Y la perdí — dije —. La perdí.

—¿Me autoriza usted — me pidió la monja — a escribirle diciéndole que usted la ha perdonado?

—Que ella sea quien me perdone — exclamé, levantándome y saliendo precipitadamente de la sala, para que la monja y Genoveva no me vieran llorar.

LLUVIA ROJA. (Fragmento)

En la noche, al cenar, no pudo pasar bocado.

—No me quieren —se quejó a Perpetua—. ¡Dios mío! que feo es que no la quieran a una.

Perpetua quiso consolarla, pero únicamente el sueño pudo hacer olvidar a Elisa las escenas del portal. En lo sucesivo evitó la plaza cuando visitaba a Colomba. Además, como el temor al idiota le hizo intransitable la calle que pasaba frente a su casa, prefirió salir por la puertecita que se abría en la tapia posterior del jardín. Se encontraba de este modo en la orilla del arroyo grande, cuyas aguas corrían llenas de fango cuando caían fuertes lluvias, pero dejando junto a la tapia un angosto sendero en el que era preciso caminar con tiento para no sufrir un resbalón.

El nuevo trayecto fue más agradable a Elisa, que lo utilizó mientras volvía Enrique, cuya ausencia se prolongaba. Como la amistad de Colomba le era cada vez más grata fue diariamente a visitarla y pronto se habituó a las callejuelas solitarias, herbosas, por las que atajaba sin miedo. Algunas casuchas se elevaban entre los pretiles, y los niños descalzos jugaban en medio de las gallinas y de los cerdos.

Elisa empezó a llevar caramelos para los chiquillos y se los repartía al pasar; entre la monigotada, una parejita le llamó la atención. El niño tenía diez años y la niña seis; se destacaban por su piel blanquísima, por sus ojos verdes y por su pelo claro y sedoso; una innata distinción los apartaba de la turba y los hacía jugar solos en la plazuela del Sacristán, cuyo terraplén se rebajaba para formar una playeta al arroyo. Elisa se acostumbró a saludarlos y llegó a pedirles que no se expusieran a caer en la corriente.

—Soy buen nadador —dijo orgulosamente el chico.

Se negó a aceptar los dulces que le ofreció Elisa.

—Déselos a mi hermanita —dijo sin acritud.

—¡Qué orgulloso eres! —le reprochó blandamente Elisa—. No he querido ofenderte.

—No me ha ofendido —aseguró él, sonrojado, poniendo la vista en las ondas alborotadas del arroyo.

Elisa no podía resolverse a partir y permaneció en la plazuela, acariciando el pelo de la niña.

—¿Cómo te llamas, nena?

—Victoria Rivera, para servir a usted.

—Victoria, me da pena verte descalcita.

La chica sonrió, indecisa.

—No me gusta andar descalza, pero ya no tengo zapatos.

—Cállate —le ordenó su hermano.

—¿Por qué quieres que se calle? —le preguntó Elisa, admirada.

—¿Para qué cuenta esas cosas? —dijo él, con un

tono en cuya altivez había una desgarradura, como el anuncio de un todavía lejano cambio de voz—. Usted va a creer que somos limosneros.

—No tengo por qué creer eso.

El muchacho volvió a mirar la corriente, que pasaba encapirotándose de espuma.

—No somos limosneros —dijo con ese oscuro deseo de sobrenadar en la desgracia que acongoja a los niños infortunados, para los cuales el recuerdo crea el porvenir—. Nos arruinó un bandido que mató a mi padre y que nos quemó el rancho.

—¿Tenías rancho? —preguntó Elisa, deseosa de curar la úlcera que entreveía.

El hizo un gesto de rencor.

—Lo mataré.

—¿A quién? dijo Elisa, sorprendida.

En el semblante del chico se esparció un vaho de aprendida desconfianza.

—Al que nos quemó el rancho—. Hizo un ademán de sofocado.

—Mi mamá cose ajeno y mi hermana hace dulces para vender. Mi hermanita y yo no tenemos zapatos. Yo hago mandados y ayudo la misa. Pero él me la pagará.

Su voz se había ido elevando y crujía en ella el fuego de la desesperación. La niña lo abrazó.

—Luis, no te vaya a dar el ataque —suplicó.

Luis la tomó por una mano y se la llevó corriendo, sin despedirse de Elisa. La plazuela estaba desierta y el sol de la mañana sacaba las rodadas. Elisa, viendo a

los niños meterse en una casucha techada con palma, se sintió plena de compasión.

—No es hermoso el mundo —meditó mientras con la contera del paraguas trazaba líneas en la arena de la ribera.

En ese momento ansió más que nunca el retorno de Enrique, en quien veía el dique protector, el ser del que brotaban la alegría y la confianza. Como sucede siempre en las almas sensibles, en las que un pesar que sobrevive convoca tumultuosamente los pesares latentes, la suya se vio inundada por sus recientes dolores, arribados en pos del que habían provocado las palabras de Luis. Perdió hasta el deseo de llegar a la casa de Colomba y si persistió en su propósito inicial fue porque recordó a Martita y tuvo el imperioso anhelo de llevarla en brazos.

Encontró a Colomba en el corredor, donde se había instalado con doña Carmen, cerca del cochechito en el que dormía la niña. Gerardo se presentó sin tardanza.

—Mi marido tiene que hablarle muy seriamente —advirtió Colomba.

—¿Le ha pasado algo a Enrique? —preguntó Elisa.

Gerardo no se sentó, sino que permaneció de pie ante la mecedora ocupada por Elisa.

—No se inquiete —dijo, sonriendo con torpeza, sin saber dónde poner las manos—. Es una reclamación la que tengo que hacerle.

—¿Una reclamación?

—Exactamente. Me quejo de que usted no me tiene confianza. Es cierto que Enrique no me hizo el honor de encargarme de su cuidado, pero en fin... soy muy amigo de él; soy su compadre. Y luego, que no nada más yo, sino todos mis compañeros... quiero decir, los oficiales. Y más, el general...

—Te estás enredando —le anunció Colomba, viendo con afecto la figura desgarbada de su esposo.

—Díselo tú.

Colomba se volvió hacia Elisa.

—¿Por qué no nos contó que la molestaron en la plaza? —preguntó.

Elisa se llenó de rubor.

—No me han molestado —aseguró tímidamente.

—No niegue, señora —la interrumpió Gerardo, con una fuerza descompasada—. Lo sabemos todo y lo que siento es no haberme enterado a tiempo para haberle dado una paliza al sinvergüenza de don Justo.

—¡Una paliza! ¿Pero por qué?

Colomba y doña Carmen rieron con ganas.

—Una paliza bien surtida —siguió Gerardo, excitado—. En ausencia de mi compadre, sus compañeros somos los encargados de cuidar de usted. Si a tiempo lo hubiésemos sabido, don Justo no se nos habría escapado.

—¿Se escapó? —preguntó Elisa—. ¿Y por qué?

La madre de Colomba movió la cabeza.

—Mucho tiene usted que sufrir, Elisa —observó con apenada bondad—. No es sino una niña y no comprende al mundo.

—Se escapó y ya estará en Tampico —prosiguió Gerardo, cuyos nervios vibraban—. Apenas se le pasaron las copas comprendió lo que había hecho, porque montó a caballo y buscó camino. Por fortuna nos quedan don Felipe y el dependiente.

—¿Quién es don Felipe?

—El dueño de “La Tampiqueña”, la tienda donde la insultaron. Ya verá ese viejo ridículo cómo le va a ir. Mi general llega hoy de su hacienda, donde supo lo ocurrido y viene, según me han contado, echando chispas por lo que le hicieron a usted.

—Nada me hicieron —afirmó Elisa—. Lo único que me dijeron. . . Calló, herida al recordar lo sucedido en “La Tampiqueña”.

—¿Qué le dijeron? —inquirió Gerardo.

—Tonterías —dijo Elisa.

Se sintió tan desamparada, tan acosada por enemigos gesticulantes, que los ojos se le mojaron. Le hubiera gustado hallarse en su casa y en los brazos de Enrique.

—Hay gente que no me quiere —dijo en voz baja.

Colomba se sintió penetrada de simpatía hacia Elisa, cuyo espanto ante el mundo que se le revelaba comprendió por aquellas palabras. Tomó a Martita y se la puso en brazos a su amiga. Hubo un silencio. Luego, como si de la niña hubiese emanado una fuerza incontrastable, Elisa sintió que se disipaban sus pesares y se inclinó sonriendo sobre la chiquilla.

Cuando regresó a su casa se enteró de que dos veces había estado a buscarla el dueño de “La Tampiqueña”.

— Parece que trae una apuración — dijo Perpetua—. Y dejó esto — concluyó, señalando un canastón lleno de botellas, de cajas de galletas y de frascos de aceitunas.

— ¿Quién le pidió cosas? — preguntó Elisa.

El purísimo miedo que trae. Algo le pasa a ese cristiano.

Elisa volvió a preocuparse. Ordenó que no fuera tocada la canasta y pasó la tarde agobiada por un errabundo malestar. Al anochecer y apenas hubo perdido su fuerza la lluvia, Perpetua le avisó que el dueño de “La Tampiqueña” pedía verla. Antes de que el comerciante hubiese entrado a la sala, Otón se presentó y se instaló en un ángulo.

Don Felipe llegó vestido de negro, escoltado por el dependiente y quiso fingir desenvoltura.

Señora ¿son de su agrado los vinos que tuve el honor de remitirle? — preguntó a tiempo que aceptaba la silla que le ofrecía Elisa.

Antes de responder, Elisa hizo señal para que el dependiente se sentara. La voz de Otón detuvo al empleado.

Ese no se sienta en esta sala — exclamó amenazadoramente el mozo—. Es un criado como yo y yo no me siento enfrente del ama.

El dependiente no ocultó su resquemor, pero no se sentó. Su patrón rompió precipitadamente a hablar.

— Señora, vengo a ofrecerle mis respetuosas excusas por la desagradable escena ocurrida en mi tienda.

No estuvo en mi mano evitarla y me encuentro apenadísimo por ello. Créame que me siento lleno de vergüenza por las ofensas que recibió usted en mi establecimiento.

—No tiene por qué apenarse —replicó Elisa. En su tienda no me ofendieron en nada.

Don Felipe se sintió asaeteado por las sospechas.

—No vaya a suponer, señora, que mi intención sea limitarme al obsequio de esos comestibles. Al contrario, deseo rogarle se sirva aceptar algunos géneros del surtido que acabo de recibir del extranjero.

—¿Pero por qué quiere obsequiarme esas cosas? —preguntó Elisa. Don Felipe empezó a resoplar.

—También le suplico se digne aceptar una sombrilla o un paraguas, señora. Tengo una gran variedad de sombrillas francesas, recién importadas.

—No sé qué le pasa —dijo Elisa, con lentitud—. Ni usted tiene por qué hacerme esos regalos ni yo puedo aceptarlos sin permiso de mi esposo.

—Señora, no se burle de mí —exclamó el comerciante, todavía más inquieto—. Hablemos claro, por favor. Yo soy un hombre honrado y jamás me ha gustado meterme en los asuntos ajenos. Para mí no hay pintos ni colorados. Por eso me duele que en mi tienda se le haya ido la lengua a don Justo. Yo sé como es el señor general Medina y sé que viene echando lumbre contra mí, que soy perfectamente inocente de todo lo ocurrido, como usted bien recordará. A mi empleado le di ya su regañada. Ahora vengo a suplicarle que interceda usted por mí ante el general y sobre todo, ante

el señor coronel Montero. Si le he faltado, perdóneme y en prenda del perdón acepte los regalos que le he enviado.

Elisa, mientras don Felipe hablaba, se sentía poseída de tristeza, comprendiendo que en derredor de ella pasaba una corriente de bajezas.

—No acepto sus regalos —dijo sin cólera, sin levantar la voz— porque no debo aceptar regalos de ningún hombre sin permiso de mi esposo. Sin embargo —añadió con un imperceptible gesto de altivez— usted puede irse con tranquilidad, porque de mi cuenta corre que ni el general ni mi marido le hagan el menor daño.

—¿Y a mí, señora? —preguntó con audacia el dependiente—. Soy casado y tengo dos hijos.

Otón se interpuso, iracundo.

—En usted, infeliz mamarracho, no se fija mi ama ni se fijará mi jefe. Su asunto lo arreglo yo. No lo conocí hasta hoy, pero ahorita lo termino. Vámonos a la calle.

—Otón, cálese —dijo severamente Elisa—. Usted, señor no me ha ofendido y también puede irse tranquilo. Perpetua, haga que los señores se lleven la canasta.

Don Felipe se levantó balbuceando su gratitud.

—Le ruego, señora, que las provisiones se queden aquí, en testimonio de mi respeto.

—Si me respeta, debe llevárselas —replicó Elisa.

Se escuchó en esos momentos el ruido de un tropel

de caballos que fue a detenerse ante el portón. Don Felipe y el dependiente se vieron con zozobra.

—No tengan miedo — los animó Elisa.

Otón se había precipitado a abrir y pronto se vio al general entrar a la sala; llegaba vistiendo pantalón de montar, y camisola y se golpeaba las piernas con un fuate con alma de hierro.

—Ahijada, buenas noches — dijo acercándose a Elisa.

Ella descubrió inmediatamente en el rostro del general, de costumbre sonriente y burlón, la ira que se agitaba en el alma. El militar clavó en don Felipe la mirada como una daga.

—¿Ha venido a pedir perdón? — dijo secamente. Sonrió con desprecio viendo la canasta con los obsequios, llevada a la sala por las criadas — . ¿Regalos para mi ahijada?

—Señor general — tartamudeó don Felipe— yo no tuve ninguna culpa.

El general se dio un fuetazo en una bota.

—Ustedes nunca tienen la culpa de nada — exclamó—. Tiran la piedra y esconden la mano. En su indecente mercería hay tertulia de vagos que me odian, pero usted no sabe nada. Y como usted y su cuadrilla son valientes, muy valientes, sólo se enfrentan a las mujeres. Ahora la han tomado con mi ahijada.

Señor general. . .

—¿Por qué no se le enfrentan a Enrique en lugar de andar molestando a su esposa? Si lo odian, bús-

quenlo cara a cara. Todo menos eso ¿verdad? Por eso los desprecio tanto, por cobardes. Odian al coronel, pero se le arrastran temblando y prefieren insultar a una mujer. Pero yo les haré ver. . .

Elisa se interpuso con una firmeza que nadie y ella menos que nadie, le hubiera supuesto. Fue una Elisa rara, nueva, fugitiva, el penacho de espuma de una ola.

— General, he perdonado a los señores y no puedo permitir que los amenace en mi casa.

El general se pasmó. Ella se volvió hacia don Felipe.

— Puede irse tranquilo, señor. Su empleado también puede marcharse sin cuidado.

El general chascó los dedos.

— ¡Vaya con la mosquita muerta! — dijo —. Bueno, lo que mande mi ahijada.

Don Felipe y su dependiente hesitaban.

— Váyanse — dijo el general —. Si mi ahijada los ha perdonado, ya no hay delito que perseguir. Pero no se les olvide que mi paciencia tiene un límite.

Don Felipe y su empleado salieron haciendo reverencias y llevándose la canasta. El general sonrió y tomó la mano de Elisa.

— Muchacha ¡qué buena es usted! Nada más le prevengo una cosa: vine para enseñar a la gente a respetarla y si esta vez paso por lo ocurrido en la próxima nadie me obligará a perdonar.

Aceptó quedarse a cenar con sus oficiales, a los que pronto se agregó el licenciado Herváez, quien

aprobó calurosamente la actitud de Elisa. La cena fue tranquila y concluyó pronto, porque el general advirtió la fatiga de su ahijada.

Al quedar sola, Elisa se sintió saturada de melancolía. Se acostó lo más pronto que le fue posible y se sumergió en una dolorida atonía. Los ruidos de la pequeña ciudad chapoteaban junto a su lecho: un grito lejano, unos pasos, un silbido, la música rayada de un fonógrafo. Cayó una llovizna y se elevó al punto el murmullo de los techos y de los ramajes. En derredor de la ciudad, como una muralla, se sostenía el vocerío de las ranas. Elisa se removió en la cama.

— El general dijo que odian a Enrique — pensó, notándose dominada por una amargura desconocida—. ¿Por qué lo odian?

Cesó la llovizna y aumentó el coro de las ranas. Después se oyó correr en el arroyo el trueno de una creciente.

— Lo odian por mí — se dijo Elisa—. No me perdonan el no haber entrado al convento y el haberme fugado de la casa de mi tío, y envuelven a Enrique en la ira que les causo. Pero odiar a Enrique es una perversidad.

Meditó en que consecuentemente había hombres perversos, seres bajos como el dependiente o ebrios como don Justo, seres cuya existencia jamás había sospechado. El mundo no tenía simplemente habitantes como Enrique, Colomba, doña Carmen, el general, sino malévolos como los hombres que habían reído en el portal. Tuvo miedo de ellos y sintió punzante la sole-

dad. Deseó refugiarse en Enrique, ser defendida por él, verlo entre ella y los hombres pérfidos que no sabían perdonar y que destilaban maldades. Enrique era su escudo y sin él se sentía inerme y vencida.

La ciudad dormía y apenas si el viento sacudía los ramajes. Elisa oyó un susurro extraño junto a su ventana. Comprendió inmediatamente y un impulso irresistible la aproximó a los vidrios. La calle estaba casi a oscuras, pero un reflejo extraviado iluminaba al idiota, que sollozaba de rodillas en la acera, con la cabeza abatida sobre las losas.

XVI

Enrique llegó al día siguiente, sin haberse hecho anunciar, y para sorprender a Elisa desmontó lejos de la casa. Cuando apareció en el corredor, su mujer dio un grito y se precipitó en sus brazos, creyendo en un sueño. Todo se borró para ella: la ciudad y la casa, los criados, la amargura de los últimos días y no quedó sino Enrique. El la hizo sentarse, y acomodándose a su lado fue besándole los dedos, uno a uno, falange por falange. Después la contempló.

— Apenas me explico cómo he podido estar tantos días sin verte. Elisa no pudo responder, envuelta como estaba por un dorado huracán. La mañana se le huyó de las manos y cuando Enrique resolvió salir para presentarse al general, lo miró con estupor.

— ¿Te vas?

— Necesito ir a rendir el informe de mi comisión.

— Siempre necesitas muchas cosas — le reprochó Elisa, suavemente—. Yo nada más a ti te necesito.

Enrique la llevó en brazos al zaguán.

— Pero es que todo lo hago por ti y para ti — respondió deteniéndose con ella ante la gruesa puerta claveteada. Su ceño se frunció—. Vienen grandes cosas, Elisa.

— ¿Buenas para ti?

— Soberbias. Hice muy bien saliendo de gira, porque descubrí una campaña secreta que nos están desarrollando los enemigos. Quieren tomarnos desprevenidos, pero cuando menos lo esperen caeremos sobre ellos y los aplastaremos como a un montón de cucarachas.

Elisa fingió compartir su entusiasmo y lo dejó salir. Después se dedicó a enflorar la casa y a esperar con impaciencia la vuelta de Enrique. El llegó mordiéndose coléricamente los labios.

— ¿De modo qué en mi ausencia te insultaron? — exclamó con repentina rudeza.

— Nadie me ha insultado.

— Ya supe que perdonaste al bribón de don Felipe y a su empleado. Creí que aun estando yo lejos no te olvidarías de que el único que aquí puede resolver en definitiva un asunto, soy yo.

— ¿Estás enojado conmigo? — lo interrumpió Elisa, absorta.

— ¡Enojarme contigo! — exclamó Enrique, apesadado, atrayéndola—. Elisa qué tontería has dicho. No

vuelvas a decir semejante cosa. Entiéndeme: vengo loco de cólera. A ti, te insultaron. y tú los perdonaste. ¿Por qué lo hiciste?

Ella lo vio agitado, hirviente, estrujado por la ira.

—No sé que te habrán contado —dijo para calmarlo—. Todo lo que ocurrió fue que me hicieron ver cuánto los molestó mi fuga.

—No quieras torcer los hechos. Me supieron lejos y se aprovecharon para insultarte. Saben que te adoro y calcularon el golpe. Son cobardes. Me aborrecen, pero no se atreven a . . .

—No me gusta que te aborrezcan —exclamó Elisa, con un dolor tan visible que hizo enmudecer a Enrique—. No, a ti nadie puede aborrecerte. Si no te quieren es por un error. No saben quién eres y cómo eres bueno. Son tontos, pero si te conocieran como yo, te querrían como yo.

—Elisa. . . —murmuró Enrique.

Hizo una pausa, durante la cual examinó la fisonomía de su mujer.

—No son tontos ni están equivocados. Son mis enemigos y me harán todo el daño que puedan. Tú eres una niña, pero debes comprender la verdad. Tengo enemigos y me gusta tenerlos y devolverles mal por mal.

Ella sonrió.

—Tú no puedes hacer mal —dijo, besándolo.

Enrique se pasó la mano por la frente.

—A veces temo. . . —empezó a decir. Se contuvo

con un esfuerzo y varió sus pensamientos —. ¿Es cierto que te defendió Tadeo Altocampo?

— Me defendió un señor que usa un mondadien-tes de hueso.

— Es él. No me quiere, pero es todo un hombre. No se arrastra ante nadie y por eso no es capaz de molestar a una mujer.

En la semana siguiente, Elisa no se acordó sino de Enrique. Sus amistades supieron comprender y se abstuvieron de visitarla. Los aguaceros torrenciales favorecieron la dedicación de Elisa a su marido, envolviendo la ciudad de una luz taciturna, penetrándola de una humedad que vaciaba las calles y confinaba a los habitantes en sus casas. Elisa y Enrique disfrutaron de una segunda luna de miel.

Por fin comenzó a levantar el tiempo y la tierra, puesta a orear, humeó bajo los dispersos rayos de sol. Los pájaros pasaron en bandadas y se esparció el olor de la hojarasca hacinada en los huertos. Un ímpetu de actividad acometió la villa; los viajes se reanudaron y Enrique, como quien despierta, volvió a pensar en la política y en sus ambiciones. Como Elisa lo había enterado de su amistad con Colomba y Gerardo, resolvió invitarlos a una cena a la que después convidó también al general y a la oficialidad.

Iremos los dos a hacer las invitaciones — le dijo a Elisa —. ¿Te parece bien que vayamos esta tarde a la casa de Gerardo?

— Y le llevaremos regalos a Martita — aplaudió Elisa.

Se sonrojó cuando Enrique la miró con curiosidad.

—¿Te gustan los niños, Elisa?

Ella escapó a la sala. Allí la vio después su marido, quien se asombró de encontrarla con un comerciante sirio-libanés, que había extendido sus mercaderías en la alfombra.

—¿Desde cuándo eres cliente del señor Assad?

—preguntó suspicazmente.

Elisa se aturdió.

—Te da miedo ir a las tiendas ¿no? —exclamó Enrique—. Por eso prefieres hacer venir al señor.

—Yo también tengo buenas cosas que vender, mi coronel —arguyó Assad.

—Lo sé y mi esposa le va a comprar lo mejor que traiga —dijo Enrique.

Casi desvalijó al comerciante, le pagó con esplendor y antes de dejarlo salir lo hizo beber una copa de vino generoso.

—Arréglate —le ordenó a Elisa—. Vamos a las tiendas.

—¿Ya para qué? —protestó ella.

—Arréglate.

Elisa lo obedeció en silencio y se dejó conducir a la plaza de Armas, que le pareció ruidosa y disgustante. Enrique, llevándola del brazo, la guió a los portales y se sintió lleno de desprecio al ver los sombrerazos con que eran saludados y a los que apenas si respondió con un esbozo de ademán.

—Ahora son corteses —le dijo a Elisa—. Vas a ver cómo no hay ninguno para mirarte de frente.

Hizo entrar a su esposa a “La Tampiqueña” y gozó de la inquietud de don Felipe, quien se lanzó a atenderlos y a cuyo saludo no se dignó contestar. Elisa temblaba y balbuceó al pedir que se le mostraran los juguetes.

—¿Te gustan esas porquerías? Le preguntó Enrique, cuando don Felipe y el dependiente amontonaron las cajas en el mostrador.

Elisa se acordó milagrosamente de otras compras que deseaba hacer.

—Quiero zapatos para una niña de seis años, que tiene un pie muy chiquito —pidió en voz involuntariamente baja.

—¿Qué niña es esa? —preguntó Enrique.

Elisa le explicó que se trataba de una huérfana muy pobre y su marido le sugirió que comprara también algunos vestidos.

—¿Ves como eres muy bueno? —exclamó Elisa, radiante. El miró torvamente al dueño de la tienda.

—No soy bueno sino para ti, Elisa —aclaró—. El que te ofenda, que sepa que no descansaré hasta no hacerlo llorar sangre.

Elisa volvió a aturdirse y aceleró la compra. No respiró sino hasta que estuvo en casa de Colomba, donde bajo los ojos de Enrique no se atrevió a levantar en brazos a Martita.

Un día después, Elisa tomó los zapatos y los vestidos que había comprado para Victoria, los reunió en un envoltorio y saliendo por la puertecita del arroyo se dirigió a la plazuela del Sacristán. La tierra estaba se-

ca y firme y el sol reverberaba en el descampado. Elisa se acercó a Victoria, que la esperó sonriendo junto al arroyo y le entregó el paquete, al que agregó un cucurucho del papel de estraza lleno de caramelos. La alegría de la niña completó la suya. Luis se mantuvo orgullosamente apartado y Elisa se vio precisada a llamarlo.

— Luisito, si te pido un favor ¿me lo haces? — inquirió.

— Diga usted, señora.

— ¿Me dejas regalarte unos zapatos?

— No.

El chico había levantado la cabeza.

No quiero ofenderte Luis y no debes ser tan orgulloso. Soy tu amiga.

No sabía qué agregar. Luis la miró con desdén.

— Luisito no debes andar con esos chicos — pudo añadir Elisa, señalando a los chiquillos morenos que jugaban a las canicas en el barro seco —. Tu eras rico antes.

Se detuvo como quien ve que torpemente ha tocado una herida superficialmente cicatrizada. Luis se había estremecido.

— Sí era rico — exclamó —. Pero ahora soy pobre. Mi mamá cose ajeno y yo me quiero morir. Me quiero morir. Me dan ataques. Duermo en el suelo, en un petate. Ahora vivimos en un jacal, pero teníamos en el camino de Guerrero el rancho del Pioche. Nos lo quemaron. Mataron a mi padre. Me quiero morir y voy a morir. No quiero limosnas. No quiero que usted me quiera, que nadie me quiera. ¿Sabe, señora?

Desapareció a todo correr en una callejuela. Victoria lloró muy bajito.

—No llores —le pidió Elisa, llena de pena—. Yo haré que Luis se cure.

—Adiós, señora —dijo la niña.

Elisa volvió a su casa con el corazón dolorido y en todo el día no pudo arrancar de su memoria la imagen de Luis. En la noche, sentada junto a Enrique, comentó con amargura:

—Nunca creí que hubiese gente perversa. En San Martín y en el rancho jamás oí que hubiera malvados, pero aquí en unos días he comprendido cosas horribles. Me daría miedo la gente, pero por fortuna tú estás conmigo, Enrique, tú que eres incapaz de hacerle daño a nadie.

Enrique la oyó y se preocupó. Estuvo a punto de hablar, pero lo detuvo el candor pintado en el semblante de Elisa.

XVII

Colomba, previendo las dificultades con las que había de tropezar Elisa para disponer la primera cena formal que ofrecía, se encargó de ayudarla y en realidad lo dirigió todo. Los preparativos dejaron de asustar a la anfitriona y el aspecto de la mesa la llenó de júbilo.

—Soy tan inútil —le explicó a Colomba— que sin ti no hubiera salido del paso.

Colomba movió la cabeza, negando.

—No dices verdad —replicó—. Eres una excelente cocinera y has preparado soberbios platillos.

Los invitados pensaron como Colomba y con sus elogios hicieron ruborizarse a Elisa. Todos se encontraban contentos en el anchuroso comedor y a los postres escucharon con placer el discurso del licenciado Herváez. Cuando él habló largamente sobre las virtudes de Elisa, sobre las dulzuras del matrimonio, el único que tuvo que fingir interés fue Enrique, quien no empezó a prestar atención sino cuando el orador insinuó que el inmediato porvenir traería de seguro nuevas dichas sobre los Montero; predijo que en los próximos acontecimientos la fidelidad y el valor del joven coronel tendrían nueva oportunidad de lucirse y pasó a vaticinar que estaba a punto de descender sobre el general Medina.

Enrique agradeció y aplaudió por cortesía, pero su sonrisa descubrió cuán vagas y redundantes encontraba las palabras de Herváez. Se levantó tranquilamente, luciendo el vigor de su cuerpo atlético y habló sin prisa, casi con indolencia, paseando la mirada sobre la platería del aparador, sobre los bodegones pendientes de los muros. Sus palabras tenían un fuego apenas encubierto, la resonancia de la resaca lejana y hacían vibrar en los oficiales fibras sobre las que Herváez no había hecho sino arrojar un soplo. Se fue enardecido sin aparentarlo.

—Viene un nueva época de acción, en la que serán inútiles las frases por más hermosas que sean. Volveremos a los bellos días de la lucha contra Huerta y

contra Villa, a los días en que nos envolvió un torbellino maravilloso. La vida vale por la acción y la acción vale por el entusiasmo. La paz es como un charco donde el agua se corrompe. La paz trae discusiones de los emboscados, las intrigas de los cobardes, el éxito de los serviles. La paz afloja y pervierte al hombre, lo extravía en contemplaciones, lo neutraliza en el juego de los escrúpulos, lo vuelve estéril por la bajeza de las chicanas y acaba por afeminarlo introduciendo en su corazón la piedad. Y la piedad es cualidad de impotentes. Un hombre fuerte conoce el amor, el valor y la lealtad, pero aborrece la piedad que desintegra los caracteres, desvía los caminos y paraliza al mundo para que no queden rezagados los tullidos. Por eso la paz hace la fortuna de los hombres a medias y por eso aborrezco la paz y espero con ansiedad el instante en que siguiendo a nuestro glorioso general Medina, volvamos a empuñar las armas para barrer de la tierra la escoria de los viles sentimientos.

Los oficiales se levantaron, exaltados y elevaron las copas. El general reía, emocionado.

— ¡Eres grande, Enrique! gritó Gerardo.

Colomba hizo sentar a su marido y le reprochó por lo bajo:

— ¿Desde cuándo estás contra la paz y la piedad? Gerardo se sobresaltó.

— Enrique me hace ver negro lo blanco — murmuró.

— Tú y Elisa son dos niños — concluyó Colomba.

Elisa había escuchado con arrobó la voz de Enri-

que, sin fijarse en las palabras, sin siquiera pretender entenderlas, feliz al verlo dominar y entusiasmar a sus camaradas. Cuando la cena terminó y los invitados se hubieron retirado, corrió a abrazar a su marido, quien la elevó triunfalmente en brazos.

— Tú eres mi Dios — exclamó él.

— No, no digas eso protestó Elisa, asustada — . No me gusta que digas eso.

Enrique sonrió.

— Bien: eres mi estrella. ¿Conformes?

— ¡Sí! — exclamó Elisa, feliz.

En la mañana no había perdido aún su alegría y tan pronto como Enrique hubo salido a la calle, y mientras vigilaba el trabajo de las criadas, sentía que nada podía herirla, que estaba por encima de las maldades, que sus pesares habían sido soñados y que teniendo a Enrique a su lado, los hombres malévolos, si los había en realidad, no eran más temibles que las descargas eléctricas cuando se tiene sobre la casa un pararrayos.

— Está muy contenta hoy, señora — observó Perpetua.

— Y quiero que todos lo estén — . La detuvo el recuerdo de los niños de la plazuela del Sacristán — . Sí, me gustaría que todos fueran dichosos como yo.

Eran las once. Se quitó el delantal, tomó su portamonedas y atravesando el jardín salió por la puertecita que daba al arroyo. Iba resuelta a buscar la familia de los chicos y a ofrecerle su ayuda.

Desde lejos vio a Victoria, quien se arrojó a abra-

zarla, feliz de mostrársele calzada y luciendo ya uno de los vestidos que Elisa le había dado.

—¿Y Luis? —preguntó Elisa.

Victoria le señaló la orilla del arroyo, en la que se veía la fina silueta del chiquillo. Luis estaba visiblemente preocupado y saludó con embarazo.

—Tu hermanita se ve muy guapa —le hizo observar Elisa.

El puso en Victoria una mirada complacida.

—Sí, señora. Usted es muy buena —murmuró.

—Mi mamá le manda dar las gracias —anunció Victoria. Elisa vaciló.

—Quisiera hablar con tu mamá, nena.

—¡No la dejaré que hable con ella! —protestó Luis—. Vivimos en una casa muy fea.

—Eso no me interesa, Luisito. Yo no quiero ver la casa, sino a tu mamá.

—¿Quiere darle limosna? —dijo el chico, en un principio de rebeldía—. No quiero que le dé limosnas a mi mamá—. Contempló la otra orilla del arroyo, en la que corrían unos potros—. Y mamá sería capaz de... y yo me mataría.

—¡Luis! —exclamó Elisa.

Victoria intervino oportunamente para avisar:

—Allí vienen mi mamá y mi hermana Cristina, con mi tía Margarita.

Elisa volteó tímidamente hacia las tres mujeres, en cuyos pobres vestidos negros se denunciaba la miseria. La madre de los niños, la señora Rivera, había sido una belleza, pero se hallaba horriblemente maltra-

tada y hasta envejecida. Cristina, muy blanca y espigada, mostraba en sus ojos verdes una fatiga desencantada, que contrastaba extrañamente con sus dieciséis años. La tía Margarita, alta y delgada, de nariz en gancho, era visiblemente la más fuerte de las tres mujeres; se envolvía en una desgarrada manteleta de madroños y pisaba firmemente, con energía algo vulgar.

— Señora ¿usted le obsequió el vestido y los zapatos a Victoria? — preguntó amablemente la viuda—. Queremos darle las gracias por su bondad, tan rara en estos tiempos.

— Y sobre todo, en esta ciudad — añadió Cristina.

Elisa no hallaba las palabras. Después pudo balbucear:

— No, no me den las gracias. Quiero mucho a Victoria y a Luis. Son preciosos los dos y no me gusta verlos mal vestidos.

Sentía clavada en ella la vista de la tía Margarita, como si aquella mujer silenciosa hubiese querido reconocerla y tuvo que hacer un esfuerzo para continuar:

— Precisamente. . . No me gustaría ofenderlas, pero es que quiero mucho. . . Se detuvo, roja y sonrió penosamente—. ¿Me permitirían ustedes ayudarlas?

Antes de que una de las tres mujeres hubiese podido responder, Luis gritó:

— ¡No la dejen que nos ayudel

— ¡Luisito! — exclamó su madre.

El la abrazó convulsivamente.

— ¡No, no, mamacita, no dejes que nos ayude! No dejes. ¡No quiero que te den limosnas!

— No serían limosnas — arguyó Elisa.

La tía se le acercó.

— Estoy segura de conocerla, señora. ¿Quién es usted, si no soy indiscreta?

Elisa se puso encarnada.

— ¿Para qué quiere saberlo? — murmuró.

Luis gritaba:

— Dime que no vas a recibirle nada. Nada, nada. Yo no quería que Victoria se pusiera los zapatos y el vestido. ¡No somos limosneros, dile que no somos limosneros!

Como su madre lo acariciara, la miró con rencor.

— ¡Vas a aceptar!

— Luisito — intervino Elisa — yo no hago limosnas, pero todos debemos ayudarnos mutuamente.

— Yo la conozco, la conozco — afirmó la tía —. Es seguro que la conozco, porque tengo años de vivir en esta ciudad. Usted no es de aquí ¿verdad?

Elisa se sintió molesta.

— Señora, déjeme ayudarla — imploró a la viuda.

— Dí que no, mamá — pidió Luis.

— Dí que sí, mamacita — dijo Victoria —. No me gusta comer nada más frijoles y dormir en el suelo.

Fue como si la señora Rivera hubiese recibido un balazo.

— Señora, Victoria ha decidido el asunto — le dijo a Elisa —. Puesto que usted es tan buena, todo lo que pueda hacer por nosotros lo recibiremos con gratitud.

Luis gritó. En ese punto, la tía Margarita se irguió como quien ve cerca una víbora.

— ¡Ya sé quien es usted! — exclamó, con la faz descompuesta por la ira.

Estaba tan terrible, que Elisa retrocedió un paso. La tía rompió a tirones el vestido de Victoria, en un furioso intento de quitárselo.

— ¡Arránquenle el vestido y los zapatos a esta criatura! — gritó—. ¡Arránquenselos! ¿No saben quién se los ha dado? ¿No la reconocen? ¡Es la mujer de Enrique Montero!

Una triple exclamación resonó junto a ella. Sólo Victoria, zarandeada, lloraba con susto.

— ¡La mujer de Montero!

Elisa no comprendía. La tía Margarita le manoteó en la cara.

— ¿Hasta esto tenemos que aguantar? ¿No es suficiente lo que hemos padecido, para que usted todavía venga a burlarse de nosotros?

— Yo no me burlo de nadie — dijo Elisa, aterrada.

— ¿No se burla? ¿Cómo que no se burla? ¿No le dio zapatos y vestidos a mi sobrina? ¡Quítenle a la niña esas prendas que le van a quemar la carne!

Luis, pálido hasta asustar, se enfrentó a Elisa.

— ¿Usted es la mujer del que mató a mi madre?

— ¡No, no! — gritó Elisa.

La tía Margarita acabó de despedazar el vestido de Victoria.

¡Hasta esto nos has mandado, señor Dios!
— clamó.

Cristina miró altivamente a Elisa.

— Señora, ¿su marido es Enrique Montero?

— Sí.

— Es usted tan perversa como él, puesto que ha venido a ofendernos en nuestra miseria.

Elisa palideció horrorosamente.

— Enrique no es perverso — dijo, ronca.

— ¡Que no es perverso! — exclamó la tía —. ¿La oyen? ¿La están oyendo? ¿Qué no es perverso el hombre que mató a mi hermano y que nos quemó el rancho?

— ¡Enrique no hizo eso! — protestó Elisa.

— ¿Cómo que no lo hizo? ¿Ahora va a negarlo? ¿Quiere negarlo, infame muchacha? Luis, ¿quién mató a tu padre?

Luis temblaba, aferrado a su madre.

— Enrique Montero.

Elisa lo miró con terror.

— Victoria — dijo la tía — ¿quién nos quemó el rancho?

— Enrique Montero — sollozó la niña.

— ¿Ya oyó? — preguntó la tía —. ¿Ya oyó? ¡Si hasta la tierra lo gritaría! Y usted viene a negarlo. Viene a querer tapar el sol con un dedo.

— Enrique no hizo esas cosas — dijo Elisa. Su voz estaba llena de ráfagas.

— ¿Lo niega todavía? ¿Pero por qué lo niega? ¿Por qué sale con eso? Bribona, canalla que viene a completar la obra de su marido. El que nos ha arruinado, nos ha enlutado y usted viene a burlarse de nosotros. ¿No

le tiene miedo a Dios? Se atreve a darnos limosnas, se atreve a vestir a la niña a la que hizo huérfana Enrique Montero, y luego quiere esconder la verdad. ¡Sucial!

Elisa estuvo a punto de desplomarse. ¿Se acababa el mundo? Pero el rostro de Enrique, surgiendo en su memoria, la hizo reaccionar.

—Miente usted —dijo con una morbosa energía—. Usted es mala como todo el mundo y quiere atormentarme. Enrique es el mejor de los hombres.

La tía levantó la mano y le dio una bofetada.

—Bribona, sucia bribona —exclamó al mismo tiempo.

Elisa la vio con un espanto infantil. La tía quiso repetir el manazo, pero su cuñada la detuvo. Los ojos de la señora Rivera lucían un atisbo de compasión.

—Señora —dijo en voz baja— no es posible que usted ignore que su marido es el más sanguinario asesino de la Huasteca.

Elisa sólo respondió con sonidos inarticulados.

—Hable —le pidió la viuda, con la compasión creciendo en su mirada—. Es demasiado joven para inventar la maldad de venir a burlarse de nosotros. ¿No sabía usted que su marido asesinó al mío?

—Por la Virgen Santísima —sollozó Elisa— eso no es cierto.

La viuda miró a su cuñada.

—No vino a burlarse —le dijo.

Elisa se ahogaba.

—¡No es cierto eso! —protestó, deshecha en llanto—. No es cierto. Enrique es el mejor de los hombres.

—Hija, me da mucha pena esto —dijo la viuda—. Vámonos —agregó, dirigiéndose a su familia.

Elisa no la dejó retirarse; la tomó convulsivamente por un brazo y le imploró, ahogándose:

—Usted sabe que eso no es cierto. Usted no me quiere. El mundo es malo y todos quieren torturarme y por eso inventan cosas contra Enrique.

La viuda la miró fijamente.

—En verdad que es mejor que usted lo sepa todo —consintió—. Me da mucha pena decírselo, pero tarde o temprano tendrá que enterarse. Yo adoro a mis hijos: pues sobre la vida de ellos le juro que Enrique Montero asesinó a balazos a mi esposo, después de habernos incendiado el rancho.

Elisa dejó de respirar.

—¿Enrique?

Vio con horror a Victoria y a Luis.

—¿Enrique? —Las palabras de la viuda la azotaban—. ¿Enrique?

La tía la miró con sospecha.

—¿Será posible tanta ignorancia? —preguntó.

Todos quedaron en silencio. Una nube tapizó la plazuela con una sombra ligera, flordelisada de toques dorados. La tía se alisó el pelo y miró a Elisa con dura piedad.

—¡Pobre muchacha!

Elisa se estrujaba las manos.

—No es cierto —murmuró, bañada en un llanto abrasador—. Enrique no mató al padre de Luisito.

— Lo mató Enrique Montero — dijo Luis.

— No.

— Lo mató Enrique Montero.

— ¡Por Dios! ¡No!

— Lo mató Enrique Montero.

La tía se adelantó y puso sus manos en los hombros de Elisa.

— Pobre de usted, pero todo lo que le hemos dicho es cierto. ¿Cómo es posible que usted ignore que su marido es un monstruo? — Reflexionó brevemente —. ¿Usted es la muchacha que iba a entrar monja?

Elisa sólo pudo responder con la cabeza.

— Infeliz ¡cómo la castiga Dios! Abandonó a su padre sin remordimientos y se casó con el tigre de la Huasteca.

— ¡No!

La tía ablandó su acento.

— Es inútil que proteste: su marido chorrea sangre. ¿Le duele saberlo? Pero es la verdad: Enrique Montero chorrea sangre. Lo que él ha hecho nadie lo hizo antes ni nadie lo hará. Ha arruinado a los Lima, a los Acosta, a los Espinosa. Ha matado a todos los hombres de las familias enemigas suyas. No conoce la compasión. Para él nada hay sagrado. Todo el mundo lo aborrece.

— ¡No, no! ¡Miente usted! — dijo Elisa, debatiéndose.

La tía la miró penetrantemente.

— Dígame ¿ha visto a un idiota que va a llorar en la acera de su casa?

Elisa tembló como el viajero que en la montaña oye acercarse el estruendo de un alud. No respondió. Sus ojos se clavaron en los de la mujer.

— Pues se llama Enrique Altamira — dijo la tía —. Enrique Montero se robó la casa que usted ocupa y mató en la acera a los dos dueños, que eran los hermanos mayores de Enrique Altamira.

Oyó el grito de Elisa y terminó:

— Desde ese día, Enrique Altamira está idiota.

Se volvió hacia sus parientes y les dijo:

— Vámonos.

Todos le dieron en silencio la espalda a Elisa. Victoria iba sollozando, descalza, con el vestido desgarrado.

Elisa los vio alejarse. Todo rugía en derredor. De pronto, corrió.

— ¡Luis!

Ellos se volvieron a verla. Elisa los alcanzó y miró al chico del modo que hubiera visto a la cabeza de Medusa.

— Luis ¡no creas eso! Todo es mentira. Enrique no ha matado a nadie.

Luis tiritaba. La fiebre le enrojecía el rostro.

— Enrique Montero mató a mi padre — dijo con una voz tasajada por el exceso de dolor — y yo lo mataré a él.

Elisa se cubrió la boca, y luego, con un gesto brusco, tomó precipitadamente el camino de su casa.

XVIII

Resbaló en la orilla del arroyo y estuvo a punto de rodar en el talud, pero con un esfuerzo supremo se mantuvo en el sendero y pudo seguir andando. Sabía que todo era mentira, que las tres mujeres enlutadas no eran sino las enviadas del mundo perverso y agresivo del que formaban parte los hombres del portal, que nadie quería otra cosa que lastimarla y abatirla, pero así como las enfermedades se ensañan en el cuerpo sin consentimiento del hombre, así en su razón se extendía una quemadura insoportable: la aterraban las palabras de Luis. No por la amenaza que encerraban, sino porque revelaban en un niño, en un ser que por no guardar como ella misma otra cosa que sentimientos se le aparecía igualmente sincero, una convicción tan deslumbradora como lo es un relámpago en una noche tenebrosa.

Apresuró el paso hasta ponerse a correr y alcanzando la puertecita reluchó para abrirla. Cruzó el jardín ansiando ver a Enrique, una de cuyas palabras hubiera aniquilado todas las voces del mundo. Otón, que tomaba el sol en el patio, se alarmó al verla llegar tan aprisa.

—¿Qué le pasa, señora? —preguntó, corriendo hacia ella.

—¿Dónde está mi marido? —gritó Elisa.

—En el palacio.

Elisa se retorció las manos. ¡Tendría que esperar más aún!

—Corre —ordenó— y dile que venga.

Otón echó a correr, pero el temor de inquietar a Enrique señoreó a Elisa.

—No corras —le recomendó al mozo—. No lo alarmes.

Entró en la casa y se refugió en la sala, donde quiso sentarse, pero sintió que el asiento la rechazaba y dejándolo se puso a dar vueltas en la pieza, admirándose de ver cuántos dolores puede contener un segundo. Salió al corredor, ansiando instintivamente un aire más libre y recorrió varias veces el piso teselado.

—¿Está enferma, señora? —le preguntaron sus criadas.

Elisa volvió a la sala. Por fin oyó abrirse el portón. Se sintió tan postrada, tan asustada por una amenaza íntima que corría con el impulso de la ola que más parece huir ante la inundación que ser la vanguardia de la misma, que esperó en el centro de la estancia, apoyándose en la mesita de estorbo, cuyos vasos tintinearón. Pero cuando Enrique apareció bajo el dintel, corrió gimiendo a su encuentro.

—No es cierto ¿verdad? —imploró, abrazándolo.

El recuerdo de Luis había de tal modo labrado en ella, que la hizo exclamar:

—¡Dime que no es cierto!

Enrique la abrazó y la miró fijamente. Luego, cerrando tras de sí la puerta y dejando caer las pesadas cortinas, llevó a Elisa hasta la ventana.

—¿Qué es lo que no es cierto, Elisa?

Ella se oprimió las manos.

—¡Tú no lo mataste!

Enrique levantó ligeramente la cabeza.

—¿A quién? —preguntó con dulzura.

—Al padre de Luis.

—Elisa —dijo Enrique, suave, como se le habla a un enfermo cuyo padecimiento se teme aumentar—: ¿qué te han contado?

Ella se desbordó:

—No quiero decírtelo. Enrique, Enrique, ¡todos son malos! Vámonos de aquí, donde todos me hacen sufrir. Yo nunca creí que hubiera gente perversa.

La llamarada de rabia que vio alzarse en los ojos de su marido, la detuvo en seco.

—¿Qué te han dicho? —preguntó él, tomándola por los hombros—. ¿Han vuelto a insultarte?

—No, no, no me han insultado —exclamó Elisa—. No me han insultado. Te lo juro. Pero me dijeron. . .

—¡Habla!

—Qué tú lo mataste, que mataste al padre de Luisito y que le quemaste el rancho. Y eso no es cierto, ¡no es cierto! ¿Verdad que no es cierto?

—Elisa, no sé quién es ese Luisito.

Ella no entendía. Lo miró con azoro.

—Es el hermano de Victoria. Andan descalzos los dos.

—¿Pero cómo se apellidan?

—¿Cómo se apellidan? —balbuceó Elisa, restregándose las manos—. Rivera. Eso es: se apellidan Rivera.

Enrique hizo como si hubiese querido silbar.

— Rivera — dijo, despejando de todo matiz su voz —. ¿Viven en la plazuela del Sacristán?

Elisa esperaba, tensa.

— ¿Un niño te ha insultado? — preguntó Enrique.

— No me ha insultado — replicó Elisa, en voz baja y rápida.

— Pero te dijo. . .

— El no me dijo nada — aseguró Elisa, temerosa no supo de qué —. Encontré a su mamá y a su tía. Y a su hermana mayor. No quisieron aceptar los regalos. Dijeron. . .

Calló, aterrorizada por el recuerdo.

— Te dijeron que maté a don José María y que incendié el rancho del Pioche. ¿Y de casualidad, Elisa, no te contaron que don José María me vació encima su pistola?

Ella hubiera jurado que sus pies no se asentaban en la tarima sino en una nube fuliginosa.

— El viejo era un peleador — continuó Enrique —. Había sido villista y cuando se amnistió empezó con jactancias y con insultos: que habíamos triunfado gracias a los americanos, que un villista hacía correr a diez carrancistas, que yo era un pillo, que yo era un cobarde, que no me atrevería a pasar frente a su rancho. No sólo pasé, sino que entré y quemé hasta las trojes. El viejo huyó al monte y desde ese día he mandado meter la caballada en los pastos y he publicado que quien desee comprar el rancho se compre al mismo tiempo la mortaja. Un día me topé con don José

María en el camino de San Vicente y acabó los cartuchos de su pistola, pero no hizo sino matarme el caballo. Yo no disparé sino un tiro, pero siempre he apuntado muy bien.

Sonrió imperceptiblemente.

—¿Verdad que eso no te lo contaron?

Elisa se daba ligeras mordidas en el labio inferior, extendido y tembloroso.

— Enrique . . .

— Vamos ¡pero estás llorando!

— Enrique ¡mataste al padre de Luis!

— El padre de Luis quería matarme.

— Lo mataste . . . — Los ojos se le llenaban de lágrimas, pero el llanto no llegaba a brotar en abundancia y no alcanzaba a bajar a las mejillas—. Tú has matado.

Enrique volvió a querer silbar.

—¿Te extraña que un militar haya matado?

Elisa demostró un candor tan herido, que lo sobresaltó.

— Me estás asustando —le dijo, con voz ligeramente destemplada—. Yo he tenido que matar. En la revolución al que no mata, lo matan. Y tú sabes que en la Huasteca la guerra no ha terminado y no terminará en no sé cuánto tiempo.

Calló al comprender que Elisa no lo atendía y la vio tratar de poner orden en sus pensamientos. El silencio acabó por inquietarlo.

— Elisa —preguntó bruscamente— ¿me oíste que el padre de ese Luisito quiso matarme?

Ella asintió con la cabeza, pero con un aire perdido.

— ¿Ves que lo maté en mi defensa?

— Sí. . .

— Entonces ¿qué?

— Pero me dijeron. . .

— Acaba. ¿Qué te dijeron?

Ella hizo un gesto de miedo.

— Que chorreas sangre.

Enrique dio un paso y se encaró a la ventana. Hubo otra pausa y se oyó un pregón lejano.

Supieron asustarte — dijo Enrique, volviéndose hacia su mujer y hablándole ásperamente —. ahora tú vas a ver que chorreo sangre. Vas a verme ensangrentado y vas a oír que goteo sangre. ¿Ya la oyes gotear, Elisa?

La vio tan maltratada, tan golpeada, que trocó su cólera en humildad.

— No me mires así, mi muchachita.

Ella preguntó en un soplo:

— ¿Por qué dijeron eso?

— Porque son bribones. Saben cómo te quiero y cómo eres inocente, y buscan mortificarnos.

— Que tú eres el tigre de la Huasteca.

Enrique volvió a rehacerse. Se irguió. Meditó rápidamente y la resolución que adoptó endureció su semblante.

— No sé si soy un tigre y si soy el único tigre de la Huasteca — dijo fríamente, pero sin que en su frialdad hubiese habido un átomo de enemigo—. Lo que sé.

Elisa, es que he luchado por una causa, que he aprendido que el enemigo muerto es el mejor enemigo y que no he permitido ni permitiré que nadie se atraviese en mi camino. Yo no me pongo en el camino de nadie ni a nadie le busco querella, pero ni me detengo ni permito que me busque inútilmente. Si por eso me dicen el tigre, bien: pues soy el tigre.

Encendió un cigarro, pero lo arrojó al punto.

Te han asustado —exclamó con un lampo de desesperación en la voz—. ¿Qué más te han dicho? ¿Todavía te han dicho más cosas?

La escrutó. Ella temblaba.

—Un tigre —murmuró.

—Eso es —dijo él, con amargura—. Saben hablar. Primero te dijeron que chorreo sangre y luego que soy un tigre. Ahora no vas a poder verme sino como a un tigre ensangrentado—. Le sobrevino una alegría tormentosa, iracunda—. Vas a verme a cuatro patas, con una piel manchada, con una cola muy larga, con unos colmillos muy grandes y rojos. Y voy a oler a sangre.

—¡Enrique!

El guardó silencio.

—¡Te odian! —gritó Elisa.

—¿Eso te asusta?

Ella abría mucho los ojos.

—Por eso...

—¿Por eso qué?

—Por eso, en el portal...

—Sí, por eso te molestaron en el portal. Me odian

y como no se atreven a decírmelo, te ofenden cuando yo no estoy. Son cobardes y cada día los detesto más. Son viles, todos y no valen un centavo. Por eso los aplasto y los humillo y los seguiré aplastando y humillando.

Elisa lo interrumpió con un grito:

—¿Y el idiota?

—¿El idiota? ¿Qué tiene?

—¿Por eso te preguntaron en el portal? . . .

Ella se retorció las manos. Sabía que Enrique no diría sino la verdad, y la doblegaba el miedo. Cuando habló fue como si hubiese hablado para sí misma.

—Por eso llora junto a la ventana. Por eso ve sangre en la banquetta.

—¿Enrique Altamira?

—¿Mataste a sus hermanos?

Enrique metió los pulgares en las bolsas del pantalón.

—Los maté, Elisa.

Creyó que ella iba a hablar, pero viendo que no hacía sino empequeñecerse, quiso explicarle:

—Deseaba comprar esta casa y se negaron a vendérmela. Insistí y volvieron a negarse. Después dijeron en la plaza que antes la incendiarían que vendérmela. Eran templados los dos mayores. Mi tocayo, en cambio, fue siempre medio marica y lo único que hizo fue parodiar a sus hermanos. Yo, cuando supe lo que había dicho, armé a mis mozos, me vine a la casa, la ocupé, me instalé y eché a mi tocayo, que estaba haciendo versos en el corredor. Les fue con el chisme a

sus hermanos, que se encontraban en su rancho, ocupados en la molienda de la caña. Dejaron todo y vinieron a buscarme. Salí a su encuentro. Ramón me dio un balazo en el hombro, pero acabé con él y con Isidoro. Mi tocayo se me arrodilló y lo dejé largarse. Desde ese día anda con lo de: hoy, día tantos, san fulano y santa zutana.

Elisa retrocedió hasta apoyar la espalda en la pared. Su mirada, huyendo de Enrique, recorrió la sala, como reconociéndola. Tuvo un miedo tan violento, que tiritó.

Elisa — Exclamó Enrique, queriendo acercarse. Ella levantó bruscamente la cabeza. Enrique se detuvo y sonrió amargamente.

— Me he lucido — dijo —. Chorreo sangre ¿verdad?

Elisa habló precipitadamente.

— Por eso gritó: ¡no me mates, tocayito!

— ¿Quién?

El idiota.

Anda siempre con su cantinela. El cobarde, que en vez de disparar sobre mí tiró la pistola, se arrodilló y hasta se acordó de que somos tocayos.

— ¡Por Dios! — exclamó Elisa —. ¡Tú has hecho tantas cosas!

¡Sí, Elisa. Tantas y más.

— ¿Y más?

— Calcula cuántas cosas más habré hecho.

Ella dio una palmada y enclavijó sus dedos.

— Puesto que ya te abrieron los ojos — continuó

él— más vale que te enteres de todo. He hecho más cosas. Y hay algo que de una vez debes saber: que no me arrepiento.

Elisa se apartó y alcanzó el centro de la sala, en una retirada violenta. Allí la venció el llanto. Enrique la oyó sollozar, la vio estremecerse, sacudirse y no se atrevió a aproximarse aunque todo su cuerpo vibraba; tecléo en la pared, encendió otro cigarrillo, lo botó, se mordió los labios. Elisa se desplomó en un sillón.

— Elisa — dijo Enrique, después de unos largos minutos, con una timidez ignorada que sin embargo no lo admiró— : me duele verte sufrir.

Reflexionó antes de continuar:

— Pero la verdad es que de nada me arrepiento. No veo de qué tendría que arrepentirme. Tú sufres porque eres mujer y porque te asusta el odio que me tienen. Yo sufro porque tú sufres, pero no por lo que he hecho. La vida es dura. Hay que matar, porque al que no mata, lo matan. Me gusta que me quieran matar y me gusta ganarles la mano.

Volvió a callar. Después se acercó a Elisa y le dijo dulcemente:

— Mira: te adoro. Me haces temblar. Ahora veo con claridad el mal que he hecho callando, permitiendo que sean mis enemigos los que te descubran mis acciones. Pero me daba miedo decirte la verdad. Eres tan buena, que temía herirte contándote mi vida. He tenido miedo de perderte y por eso he callado. Te adoro, Elisa. ¡Cómo me duele que sufras! Creo que si te pierdo me quedaré ciego y manco y sordo... Pero

si. . . — Se arrodilló y la obligó a dejarle ver su cara — : Elisa, si te causo horror. . . si quieres irte. . . Pues si quieres irte o si quieres que yo me vaya, dímelo y te mandaré a Tampico, o me iré al rancho y no volverás a verme.

Ella fue comprendiendo lentamente.

— ¿No volveré a verte? — preguntó con voz apenas audible.

— Si te horrorizo. . .

— ¿No volveré a verte? — Lo miró. Sentía los dedos de él en las mejillas, las palmas en el mentón. El estaba junto a ella; él, Enrique.

— ¿Es que quieres que me vaya? — preguntó Enrique, creyendo que la perdía y desesperado ya.

Se sintió abrazado con frenesí, besado mil veces. Se levantó, levantándola, triunfante, ebrio de un deseo que lo calcinaba.

— ¡Enrique! — exclamó Elisa—. ¡No, no, no quiero perderte! ¡No quiero perderte!

Lo besó, infatigable, vibrante, sintiendo que la impulsaba una corriente arrebatada.

— Te amo, Enrique. Te amo. ¡Por Dios! Cómo es terrible amarte así.

XIX

Enrique llegó a temer verla caer enferma. Elisa pasó el día en la agitación del pájaro recién apresado, que se estrella sin reposo en los alambres de la jaula. En la alcoba conyugal la rechazaba la ventana junto a

la cual había oído llorar al idiota; la finca entera la quemaba, la azogaba, la colmaba de mil pequeñas repugnancias.

—¿No podemos cambiarnos de casa? —preguntó acicateada por la vergüenza y por inescrutable temor.

—No podemos —replicó Enrique—. Mientras vivamos en la ciudad estaremos clavados a esta casa. Si nos cambiáramos, la gente pensaría que me arrepiento y dejaría de respetarme.

Le propuso llevarla al rancho, pero cuando la enteró de que él tendría que seguir habitando en la ciudad y de que por consiguiente apenas podrían verse, Elisa rechazó la propuesta.

—No quiero separarme de ti. Ni un día ni una hora.

Salió al corredor, fue al jardín, pero la vista de la puertecita que daba al arroyo la asqueó recordándole el camino a la plazuela y la agonía frente a los niños descalzos. En la tarde, en el llamado de las campanas se concentró para ella la vida de la ciudad y se doblgó bajo el odio que ahora sabía palpitaba en cada alma contra su marido.

—Lo odian —pensó—. Todos lo odian. Ha matado y quemado. Esta casa no es suya. ¿Cuántas cosas habrá hecho que yo ignoro? ¿Cuántas Victorias, cuántos Luisitos habrá en la ciudad, en la comarca? Lo ven chorreando sangre. Le dicen el tigre.

El aire llegaba cargado de odio; su murmullo en los ramajes era el murmullo del odio. De las calles y de las campiñas se levantaba el odio, se arremolinaba

sobre los techos, se agrupaba en nubes tan gruesas como las que pasaban dando al sol sus abismos y sus cúspides.

Me da miedo verte así —le dijo Enrique, deteniéndola en la sala.

Ella descansó brevemente en sus brazos.

—A mí me da miedo que te odien —dijo en un soplo.

—¿Qué importa que me odien? Lo natural es ser odiado.

—¡Pero yo te querría adorado de todos! —Lo miró, lo escrutó, investigó en su semblante tostado por la intemperie, persiguió en su piel el rastro de sus besos—. Yo no sabía —se quejó—. No creí que existiera el mal. Para mí el mal ha tenido cuernos y garras y al diablo se le aleja haciéndole la señal de la cruz.

Házmela —dijo él, queriendo sonreír, pero estrujado hasta en el fondo de su alma.

—No digas eso. No debes burlarte, porque sufro horriblemente. Bésame. Es espantoso saber que el mal no es un sueño, que el diablo entra a todos los lugares. Ha entrado en tu corazón y tú has hecho daños y hay gente que te aborrece. ¡Me desespera saber que te aborrecen!

—Cálmate, Elisa.

—Bésame —pidió ella, deseando fundirse con Enrique y desaparecer en él.

Mil imágenes fulguraban en su mente, confundidas, retorcidas: su padre, el rancho paterno, los niños descalzos, el idiota, Cristina y Colomba, el portal, el

río de Las Garzas, Martita. No quiso comer ni cenar y su marido, que la hizo acostarse, veló junto a ella, temeroso de verla enfermar. Elisa adivinó sus temores.

—Sería bueno que me enfermara —dijo débilmente.

—¿Quieres hacerme sufrir? —preguntó él, inclinando sobre el lecho.

—No, nunca, Enrique. Acuéstate tú también. No quiero que pases incomodidades por mí. Sus ojos se fijaron con amor en los suyos—. Esto, como que va a unirme más a ti.

—¿Sí, Elisa?

—Sí —meditó—. Es raro, pero...

Enrique aguardó.

—No sé, no puedo ver bien esto —dijo Elisa un poco después—. Tengo algo extraño en mí, algo desconocido. Oyeme: es como si hasta hoy no te hubiese querido sino con egoísmo.

Calló unos segundos. En este intervalo, Enrique espío con inquietud la faz pensativa que tenía ojos.

—Ahora sí voy a darte algo mío —reanudó Elisa— Te quiero como siempre, pero ahora no soy una mujer, sino tu mujer.

—No te entiendo —confesó Enrique.

En la mañana empezó a comprender. El había conseguido unas horas de sueño, pero Elisa había velado toda la noche, que le había parecido invadida por un resplandor opalino, surcada por reflejos sin origen y batida por rachas silenciosas. Los actos y las palabras del día pasado se despojaron de sus vestiduras y de sus

fuegos y quedaron fijos, inertes y tangibles. Todo era real y cierto. Enrique era odiado; había hecho daños, había sido implacable y férreo. Y ella lo amaba.

—Lo amo —se dijo, sintiéndolo tendido en el mismo lecho, bajo el mismo techo.

Era él quien respiraba calmadamente sobre la misma almohada.

—Lo llaman el tigre, y yo lo amo. Chorrea sangre, pero yo lo amo. Quizá sea el peor de los hombres, pero lo amo. No huiré, no me alejaré. Me gustaría saberlo amado de todos, pero acepto ser la única en amarlo.

Al alba oyó el paso de unas recuas en la calle. Un pájaro pió en los barrotes de la ventana.

—Porque lo odian, me odian —reflexionó Elisa—. Yo, yo que he sido una muchacha ignorante, ahora conozco el mal y sé lo que es estar envuelta por un sentimiento atroz. Soy odiada puesto que a él lo odian. Y bien, aunque me duela, este aborrecimiento me une más a Enrique. Soy más suya y él es más mío.

Enrique, en el comedor, se admiró del cambio sufrido por su mujer.

—Sufres mucho —murmuró.

—Horriblemente —contestó Elisa, dándole un beso lento.

Enrique la llevó a la plena luz y se maravilló de verla en su repentina madurez, que le ponía en el rostro un gesto grave. Era una Elisa nueva, como si la tempestad de la víspera se hubiera llevado todo lo que había conservado ella de infantil. No había ya ningún

candor en la boca, cuyos labios se unían con firmeza; el amor que brillaba en sus ojos había perdido su arrebatado de adolescente y se mostraba sereno como un perfil grabado en una medalla. Todos los gestos de Elisa, a pesar de que en ella se presentía una vibración dolorosa y contenida, eran tranquilos y parecían medidos; se hubiera dicho que la maternidad la había afirmado, si esta maternidad moral no hubiese adelgazado y afinado los rasgos, en lugar de redondearlos.

—Por primera vez —dijo Enrique— no me atrevería a llevarte en brazos.

Ella no le habría pedido que la llevara en brazos. Su amor temía las risas y las bromas de lo que tan bruscamente podía ser llamado antaño, las efusiones de los días pasados y perdidos. El conocer lo que se pensaba y se decía de Enrique, ahogaba los pensamientos dichosos.

La preocupaba, además, lo que debía hacer. No que tratara de restituir, pues bien sabía que toda restitución Enrique la haría imposible. Lo que en primer término la atosigaba era su actitud externa. ¿Con qué semblante debía mostrarse a la ciudad? ¿Debía enclaustrarse para no ver ni al general o sería preferible demostrar que sabiéndolo todo lo aceptaba todo? Se preguntó si le sería lícito ver de frente a las personas, dirigir aún a su familia las cartas que no conseguían respuesta, caminar en la calle con la frente alta, entrar a la parroquia y oír la misa.

Temió que la creyeran avergonzada de su marido y el domingo varió sus costumbres y en lugar de ir a la

misa de seis fue a la de once. Perpetua llevó la silla de tijero y Elisa, envuelta en una mantilla negra, se arrodilló ante el presbiterio. Sentía que por verla nadie atendía al sacerdote y se dijo en su corazón:

—¡Oh! Enrique, Enrique. . .

Que todos vieran cómo ella no se avergonzaba de su marido, que vieran cómo sabía llevar con altivez su nombre. Luego oyendo al monaguillo agitar la campanita para la Elevación, tembló. ¿Era justo desafiar al mundo que odiaba con justicia al coronel? ¿No era su deber esconderse, perderse, humillarse?

—¡Pero yo lo amo, lo amo y no quiero que nadie piense que me avergüenzo de él!

Dio una rica limosna al sacristán que paseaba la bandeja petitoria, pero en el atrio no se atrevió a repartir nada entre los mendigos. El sol doraba las antiguas piedras, las torres, las cruces; la multitud miraba sin recato a Elisa. Ella pasó muy erguida, sin prisa, sin desafío, pero sin ver sino sombras ni oír sino zumbidos.

A Colomba, que fue a visitarla, le referió sus pesares.

—Únicamente la muerte podría volverme la paz — se quejó melancólicamente.

—¿La muerte? — dijo Colomba, atenaceada por la vista de aquel dolor —. Toma a Martita. Tómala. Y dime: ¿por qué no un hijo? Elisa movió la cabeza.

—¿Un hijo? ¿Para que se le infamara llamándolo el hijo del tigre?

—¡Elisa! — exclamó Colomba —. Criatura, has hecho que el corazón me dé un vuelco. ¿Pero es que te

sientes infamada? ¡Infamada! No, no, Elisa, no pronuncies esa horrible palabra.

— La dije sin meditar — dijo Elisa —, pero siento que interpreta mis pensamientos. Sí, Colomba: adoro a Enrique, pero no dejo de comprender lo que ha venido sobre mí.

Devolvió a Martita como si hubiese temido profanarla y miró con melancolía el jardín en el que volaban los tordos.

— Morir — dijo sordamente—. Mira: es como si desde los primeros días de mi matrimonio la muerte hubiese planeado sobre mi amor, como si una voz secreta me hubiese prevenido que habría de anhelarla.

Refirió el deseo de morir que la había asaltado cuando concluida la luna de miel volvía con Enrique por el camino de Arroyo Verde; evocó las ceibas alineadas junto al camino, la lluvia resonaba en el bosque, el arroyo bramando entre las altas riberas.

— Le dije a Enrique: morir contigo, ahora mismo. Y no anhelé sino lo que debo anhelar: morir.

Colomba dejó a su hija en el cochecito de mimbre y se acercó a Elisa para tomarle las manos.

— No morir — dijo suavemente— sino expiar.

— ¿Expiar?

— Sí, Elisa.

— ¿Debo expiación por mi amor?

Colomba negó con la cabeza.

— Debes expiar las faltas de Enrique, rescatarlas con tu bondad, con tu caridad, con tu sacrificio. No debes mostrarte avergonzada ante el mundo, no, pero

la simple aceptación del dolor, la simple disposición a recibir los pesares que puedan venir, aligerará tu corazón.

Elisa reflexionó.

—¿Los dolores que puedan venir? —dijo muy quedo—. Di más bien: los terribles dolores que habrán de venir.

Colomba se conmovió al ver en los ojos de Elisa la sombra de un porvenir funesto.

Días y días se lapidó Elisa con la palabra que había dejado caer Colomba: expiación. Sus pensamientos se arremolinaban y sus impulsos se contradecían. Deseaba seguir los consejos de su amiga y rescatar con su caridad de las culpas de Enrique, pero la detenía el saber a la ciudad vigilando sus actos.

—Creería la gente que me avergüenzo de mi marido —se dijo, sublevada ya al imaginarse que alguien dudaba de su amor para Enrique—. Creería que deseo dar excusas, que busco disculpar a mi esposo, que él me hace infeliz. Quizá llegaría a suponer que deseo hacer mi paz por separado para que si algo le ocurre a Enrique yo quede a salvo.

El suponer que alguien pudiera pensar que ella se horrorizaba de Enrique y que este hacía de ella una nueva víctima, la embargó de tal modo que la decidió a volver a la plazuela del Sacristán.

—Fuí torpe al no dominarme cuando las Rivera me revelaron la vida de Enrique —se dijo mientras atravesaba nerviosamente el jardín y abría la puertecita posterior—. El golpe me cegó y quizá eso quiera de-

cir que no amo lo bastante a mi marido para seguirlo de rodillas, con los ojos cerrados.

Se detuvo en el sendero, viendo correr las aguas del arroyo bajo los ramajes encorvados.

—¿No lo amaré bastante? — se preguntó, desesperada.

Deseó tener que atravesar una cortina de fuego, tener que enfrentarse a una jauría rabiosa, ser sometida, en fin, a una prueba salvaje en la que podría demostrar su pasión. Al acercarse a la plazuela se interrogaba con angustia qué habrían pensado las Rivera de su terror, y si la ciudad se habría enterado de que ella, Elisa, se había asustado al conocer las acciones de Enrique.

—Quizá estén compadeciéndome — se reprochó—. Dirán: pobre mujer. Creerán que lo veo con horror, que padezco porque le estoy sometida. Dirán nuevamente: castigo de Dios. Y no comprenderán que el castigo consiste en que temo por Enrique, en que me duele saberlo odiado, pero nunca en ser su esclava. Que no me compadezcan si se imaginan que lo amo un ápice menos.

La plazuela estaba desierta y soleada. Elisa la atravesó con lentitud, aparentando indiferencia. Su corazón se sacudió cuando Victoria, descalza y mal vestida, apareció en la esquina llevando en la mano un plato con manteca.

—¡Dios Mío! — agonizó Elisa, refrenándose para no llorar.

Pasó junto a Victoria fingiendo no verla, admi-

rándose de que la chica no oyera el gran retumbar de su corazón. Después se dijo:

—¡Pero soy una malvada!

¿Era justo pasar al lado de la niña dejada huérfana por Enrique? ¿No era insultar tanta miseria?

—¡Descalza! —se dijo, adelantándose por una callejuela—. La he oído quejarse de la mala nutrición. Esa niña sufre. Luisito padece ataques. Todos sufren por culpa de mi marido y yo he venido a insultarlos con mi fingida indiferencia. He podido pasar junto a Victoria aparentando no verla, yo que la desaría de rodillas.

Anheló morir y levantó los ojos al cielo. Entonces oyó voces asustadas y vio correr hacia ella un toro furioso, seguido por un ansioso jinete. La escapatoria era imposible en la callejuela, pero Elisa ni siquiera pensó en buscarla; creyó en un favor que le hacía Dios y gritó dentro de sí:

—¡Voy a morir!

Cerró los ojos para no ver a la fiera, pero esperó vanamente la acometida, pues el jinete alcanzó al toro, lo lazó y lo detuvo. Elisa continuó su camino, sin asombrarse, sin hacer reproches, sin dar las gracias, más asustada de vivir que de haber sentido cerca el aliento de la bestia. Su palidez asustó a Colomba.

—¿Se sufrirá así en el infierno? —preguntó Elisa—. No, no me enseñe a Martita. No debo tocarla. No sé si soy una malvada. No sé sino que sufro y que no quiero que se sepa cuánto sufro.

—Elisa . . .

— También sé otra cosa: que amo a Enrique. Que lo amo desesperadamente y que no puedo ni habituarme a la idea de que debo esperar nuevos dolores, porque temo que él llegue a compartírselos. No quiero que él padezca. No quiero eso, Colomba. Quiero padecer solamente yo y soy capaz de ambicionar la felicidad, de buscar la dicha aun entre las peores infamias, si consigo de ese modo que Enrique no tenga que sufrir.

Miró a Colomba entre un velo de lágrimas y añadió ahogadamente:

— Tú eres dichosa. Puedes amar tranquilamente a Gerardo. ¿Pero yo? Colomba, ¿hay algo más espantoso que amar de tal modo a un hombre tan odiado?

El regreso a su casa lo hizo por el camino de la plazuela y sintió un alivio desmesurado al no encontrar a los huérfanos entre los chicos que jugaban en la orilla del arroyo. En el patio, Perpetua la enteró de que Enrique llegaría tarde, pues el general había convocado en su casa a sus principales partidarios. Elisa sintió casi rencor contra el general.

— Retiene a Enrique en un momento en que ansío verlo junto a mí — se dijo.

Hasta que anocheció estuvo cosiendo en el corredor; al llegar las tinieblas se refugió en su alcoba, donde no quiso encender sino la lamparilla del buró. Se acomodó en un sillón y vio perderse los muebles en la dorada semisombra; los espejos parecían empañados; en el tocador, la caja de porcelana y esmalte en que depositaba las horquillas, tenía una veta carnosa, una estría que imitaba una pupila diabólica fija en una

adusta meditación. El ruido del relojito de oro depositado en una mesita, crecía, provisto de una amenazadora vitalidad; llenaba la habitación con un ritmo despiadado, machacón, y súbitamente aminoraba, se huía como el agua en la arena, desaparecía en el horizonte de un silencio petrificado.

Elisa respiraba con fatiga. La abrumaba la conciencia de existir, de ser ella, ella misma y de estar impotente para apartar de Enrique el fardo de odio que le arrojaba la comarca.

— Ya no seré feliz — murmuró.

La fascinó el zumbido de un mosquito que empezó a girar por encima de su cabeza, como si aquel canto monótono hubiese sido la voz misma de un destino aún lejano pero tan inevitable como cruel. Luego, la sobresaltó un rumor que conocía y que la amedrentaba.

— El idiota — pensó, oyendo un frotamiento en la pared.

Un brusco remordimiento la hizo rectificar:

— Enrique Altamira.

Se levantó y se aproximó a la ventana, en cuyos vidrios apoyó la frente. El idiota estaba de rodillas en la acera y pasaba las manos en el muro blanqueado; después besó las losas y sollozó.

Elisa sintió una lanzada en el pecho y anheló mitigar el dolor del idiota y conjurar así un maleficio. Abrió sin ruido la ventana. Un soplo fresco se metió a la habitación. Elisa quedó de pie, sin saber qué decir, oyendo al llanto desnivelado resonar junto a la reja.

El idiota levantó bruscamente su cabeza rapada y miró a Elisa; su rostro se alteró, perdiendo sin transición su aire bobo y crispándose como si ante él se hubiese levantado un espectro. Estaba horrible, surcado por las lágrimas, convulsionado por un pensamiento que trataba de rasgar su envoltura y que hacía temblar la piel y clavarse los ojos.

— ¡Tú! — exclamó —. ¡Volviste!

Elisa retrocedió un paso y vio al idiota ponerse de pie, estrellarse contra la reja y pasar entre ésta sus manos que azotaban al aire.

— Volviste — jadeó el idiota —. ¡Mamá!

Sacudió los hierros.

— Mamá. Ya volviste, mamá.

Golpeó la reja con la cara, la mordió, la babeó, dejó en ella la piel de sus labios. Su cuerpo encorvado pugnaba por meterse entre los hierros; sus pies sonaban en las losas de la acera.

— ¡Mamá!

Elisa tuvo un miedo atroz.

— No, no — exclamó apoderándose de la lámpara del buró y acercándosela a la cara.

El idiota la vio surgir en una aurora amarillenta y dio un chillido.

— ¡Sangre!

Huyó, volvió aún, como una flecha, manoteó y volvió a huir gritando:

— ¡Sangre!

Elisa no podía moverse. Conservó largo rato la lámpara en la mano, frente a la ventana abierta, de-

jando entrar una tromba de mosquitos que silbaron girando en derredor de la llama. Enrique, cuando llegó, la encontró tendida en la cama y fría como un trozo de hielo.

— ¿Estás enferma? — preguntó con alarma.

Ella le estrechó ansiosamente las manos.

— No te inquietes — le pidió—. No quiero que te inquietes.

¿Qué ha pasado? ¿Han vuelto a ofenderte?

Oyéndolo levantar la voz, quiso calmarlo.

— Nadie me ha ofendido. Me he sentido mal esperándote.

El la besó delicadamente y después de cerrar la ventana y de correr las cortinas, encendió la araña.

— ¿Para qué tanta luz? — protestó Elisa.

Enrique se le acercó sonriendo.

— Quiero ver la alegría que va a darte la noticia que traigo — dijo. Se sentó en el borde de la cama y tomó las manos de su mujer—. ¿Qué dirías de viajar?

— ¿Viajar?

— Un viaje de dos a tres semanas.

Ella se incorporó un poco.

— ¿Sola? — preguntó con desconfianza.

— Sola... con tu marido.

— ¡Oh! Sí, sí, Enrique — exclamó Elisa, con el tono del ser al que se pregunta si quiere sea suspendida la tortura que se le aplica—. ¿Vamos a viajar?

— El general me manda a México por unos días.

— A México o a donde sea — dijo Elisa—. Pero salir, salir de aquí, salir contigo.

A Enrique lo impresionó aquella emoción.

— Elisa, me da miedo verte sufrir así — murmuró.

XXI

El viaje anunciado por Enrique había sido dispuesto por el general, quien sentía la necesidad de recibir de México un informe fiel de la situación. La renuncia del Secretario de Hacienda no había hecho sino aumentar la confusión y el país se preguntaba si finalmente De la Huerta se animaría a presentarse como candidato a la presidencia. Al aproximarse el momento en que la rebelión se haría inaplazable, el general Medina se notaba invadido por una vaga aprensión. Se decía que no iba a ser fácil medirse con un caudillo tan temible como lo era el vencedor de Celaya y veía en la irresolución de De la Huerta la amenaza, para la próxima revuelta, de un sangriento fracaso. Tenía urgencia de noticias fidedignas que le permitieran rechazar o aceptar los halagos del centro o las insinuaciones de los jefes comprometidos y resolvió que Enrique visitara la capital de la República.

Elisa terminó en un día los preparativos del viaje. Los hubiera concluido en una hora si hubiese sido preciso, a tal punto la quemaba el ambiente de la pequeña ciudad. Se despidió con rapidez de la tía Mónica, llegada para encargarse de la casa en la ausencia de los dueños y abrazó a Colomba, que había ido a presenciar la partida. Después montó a caballo.

Al salir de la ciudad recuperó la alegría y Enrique

gozó viéndola reír en el camino. Viajaban seguidos por Otón, Prisco y Ramiro, quienes habían de escoltarlos hasta la vía férrea. El día era caluroso y algunas nubes dormían en el horizonte. Como la ruta estaba seca, Elisa pudo lanzar su caballo al gran trote.

—¿Tienes prisa en alejarte de la ciudad? —le preguntó Enrique.

—Mucha prisa —respondió ella, feliz de sentir el viento removerle el velillo que le protegía la cara—. No quisiera volver nunca.

Aspiraba con deleite el aroma de la campiña en la que el maíz elevaba sus cañas. El sol, subiendo en un cielo brillante, hacía humear las balsas de agua y desmechaba de plata los canjilones de una noria. A veces un sople de viento hacía resonar secamente las palmas que empezaban a alinearse en las cunetas. Enrique desenfundó la pistola y apuntó a las perdices que se alzaban de los campos.

—No las mates —le rogó Elisa.

Enrique sonrió.

—No las mataré si tú disparas un solo tiro —replicó alargándole el arma.

Elisa detuvo su caballo y tendió la mano para tomar la pistola. El frío del nácar de la culata la hizo estremecer.

—No, no, guárdala —pidió.

La hipnotizaban la vista del acero, la curva del gatillo, la crestecita de la mira.

—Guárdala —insistió casi con angustia—. No la quiero ver.

Enrique se ensombreció y sin decir una palabra enfundó la pistola. Desaparecieron los sembrados y no se vio ya sino el palmar extendiendo su columnata polvorienta. El sol comenzó a fatigar; el cielo, despintado en los bordes, donde se elevaba una orla caliginosa, dañaba la vista. De pronto surgió un claro cubierto de pastos y defendido por una alambrada enrojecida por el tiempo. Una casa con el techo desplomado mostraba en su puerta y en sus ventanas las señales del fuego.

—¿Qué rancho es ése? — preguntó Elisa.

Enrique quiso responder, cuando vio que un bulto se lanzaba al camino y se le ponía al paso.

—¡Luis! — gritó Elisa.

Luis levantó una pistola y apuntó con ella hacia Enrique; su rostro se contrajo con el esfuerzo, pero el mecanismo del arma no funcionó. Elisa vio en un torbellino a su marido que de un fuetazo desarmaba al chiquillo.

—¡No lo mates! — exclamó interponiéndose.

Enrique lanzó a los pastos una mirada furiosa. Los mozos llegaron al galope. A mitad del camino, Luis, sin llorar, se metía entre las piernas y en los sobacos las manos en las que el fuetazo había trazado un surco escarlata. Elisa pretendió desmontar.

—Quieta — le ordenó su marido.

—Déjame bajar — imploró Elisa—. Lo has lastimado.

—¿Ese es tu Luisito? — preguntó Enrique. No esperó la respuesta y ordenó a sus mozos—: Vean si hay gente en el rancho.

Prisco hizo que su caballo saltara la alambrada y lo dirigió hacia las ruinas de la casa.

— Quieta — repitió Enrique, reteniendo a Elisa en la silla.

— ¡Por Dios! lo has lastimado — exclamó Elisa, viendo a Luis apretar los dientes.

— Creo que quiso matarme ¿no? — preguntó sarcásticamente Enrique.

Ramiro, que se había inclinado para tomar la pistola dejada caer por Luis, se puso a reír.

— Esta porquería no mata ni a una pulga — exclamó.

Enrique examinó a su vez el arma, que era una vieja Star española, con el cilindro tomado de orín. Tampoco él pudo retener la risa.

— Monigote ridículo — le dijo a Luis — ¿en qué agujero la encontraste?

Luis puso en él una mirada llena de odio.

— Me la robé para matarte — replicó.

En su voz contrastaron extrañamente los matices infantiles con el oscuro rencor. Enrique lo escrutó.

— Pues todavía no sirves para ratero ni para matón — dijo, sonriendo.

Prisco volvió al galope.

— No hay un alma en el rancho — anunció al salir al camino.

— Puede haberse escondido la gente — insinuó Ramiro.

Luis levantó con orgullo la cabeza.

— No tengan miedo — dijo—. Estoy solo.

— Estalló y se encaró con Enrique —. Supe que tenían que pasar por aquí y me escapé de mi casa. Me traje la pistola que estaba en el baúl de mi tía Margarita. Me vine a mi rancho para matarte donde mataste a mi padre.

Enrique sonrió.

— No lo maté aquí — dijo —. Fue más adelantito.

— ¡Oh! Enrique, Enrique — gimió Elisa.

— Lo maté en el camino del rancho del Palmito — prosiguió Enrique —. ¿Ves cómo ni siquiera eso sabes?

Luis miró en derredor, como un gozquecillo rabioso.

— Yo te mataré — exclamó —. ¡Te mataré!

Enrique y sus hombres reían con ganas.

— ¿Con una pistolita de agua? — preguntó el coronel.

Las risas redoblaron. Elisa se abrazó a su marido.

— Por lo que más quieras — suplicó — no te burles de ese inocente. Por la Santísima Virgen ¡no te burles de Luis!

— Tú eres lo que más quiero — replicó Enrique.

— Por mí, pues, por mí, déjalo. Compadécete de él, que sufre tanto.

Enrique vio fríamente a Luis.

— Lárgate — le ordenó.

Luis temblaba de cólera.

— Me iré cuando me dé la gana — respondió —. Ese es mi rancho y nadie puede correrme de aquí. Ni tú, asesino, asesino, asesino.

Ramiro lo remedó.

Asesino, asesino, asesino — dijo en falsete.

Mientras todos reían, Elisa se retorció las manos.

— Vámonos — suplicó.

Luis puso en ella sus ojos resplandecientes de un odio súbitamente impregnado de malicia.

— ¿Esa señora es tu esposa? — le preguntó a Enrique, apuntando a Elisa con el dedo pulgar.

Enrique dejó de reír.

— Cuidado — previno.

Luis tuvo una risa perversa.

— Parece una mula vieja — dijo con lentitud.

Enrique levantó el fuste, pero Elisa lo detuvo desesperadamente.

— No le hagas caso — pidió —. ¡Enrique! no le hagas caso. Es un niño. Quiere hacerte enojar. Por mí, no le hagas caso.

La risa de Luis resonaba agudamente.

— ¿Dónde te la encontraste? — preguntó —. ¿En la basura?

— Vámonos — dijo Enrique, temblando de ira.

Los caballos se pusieron en marcha. Luis corrió ansiosamente junto a ellos, gritando. Por último dio con el insulto que buscaba y se lo lanzó a Elisa como una piedra.

Enrique rugió y deteniendo su caballo lo hizo encabritarse y lo arrojó sobre el chico. Se apoderó brutalmente de Luis y lo depositó sobre la cabeza de la silla.

— Voy a enseñarte. . . — dijo roncamente.

Lo contuvo el brillo de placer que apareció en los ojos del chico.

—¿Querías hacerme saltar las trancas? le preguntó. Reflexionó unos segundos y la risa le volvió—. Don Luis Rivera, un mocoso como tú no puede hacer enojar a un hombre. Tú quieres que yo haga una barbaridad, pero a los niñitos malcriados no se les mata: se les hace esto.

Antes de que Elisa hubiese podido impedirlo, Enrique, manejando a Luis como a un muñeco, lo volteó sobre el cuello del caballo y le dio un par de manazos. Después lo botó al suelo, a la yerba que crecía junto a los alambres.

—Ahora sí, vámonos —exclamó mientras sus mocos se retorcían de risa.

Luis dio un grito agudo. Elisa lo vio correr junto a los caballos, gritando:

—Mátame, mátame.

—Déjame bajar a verlo —pedía Elisa.

Enrique le tomó las riendas del caballo y la comitiva continuó su camino. Los gritos de Luis se rezagaron. Elisa, al voltear por última vez, vio al chiquillo meterse entre los pastos y dirigirse corriendo al edificio incendiado.

—¿Qué va a hacer ese niño? —preguntó con angustia—. Enrique, vamos a verlo. Déjame ir a verlo.

—Enrique desoyó las súplicas, sonriendo fríamente y Elisa se sintió invadida por la desesperación.

CUANDO SE DESVANECE EL ARCOIRIS
(Fragmento)

1

La señora Rivas habita en Coyoacán la casa construida por Cristóbal de Olid. El edificio presenta un paramento adusto, como si al echar los cimientos, el maestro de campo de Cortés hubiese presentado el caldoso de Naco. Las ventanas están enrejadas y el adorno consiste en un nicho abierto en la esquina, en que se guarece un San Cristóbal que lleva en hombros al Niño Jesús. La actual propietaria ha hecho famosa su residencia, al reunir en las estancias las colecciones formadas por su bisabuelo, que fue de su Alteza Serenísima.

El jueves es día de recibo; cuando el tiempo es bueno se sirve el té en el jardín, trazado a la antigua. Desde la glorieta ochavada en que se acomodan los visitantes, se divisa un trozo del pedregal de San Angel, de cuyas canteras llega el martilleo de los picapedreros. A uno de los tés asistió un novelista cuyas obras no son conocidas sino de un pequeño grupo y cuya presencia causó alguna sensación, porque la escatima has-

ta parecer hurraño. Como esa tarde se habló de los escasos días de verdadera dicha que se encuentran en la vida, alguien le preguntó al literato cuál había sido su época más feliz.

Respondió que contrariamente a lo que se podía esperar de un escritor, sus mejores horas no habían sido aquellas en que logró con sus páginas una conquista femenina e hizo el relato de unas vacaciones que a los trece años pasó en Tampico. Cuando empezó a hablar, las mujeres expresaron su desaprobación, pues habían esperado la crónica de una aventura audaz, pero acabaron por interesarse al oír la confesión de un afecto perdurable. Luis Cisneros refirió cómo en los meses de julio y agosto de 192., se hospedó en la casa que sus tíos paternos poseían en la colonia Guadalupe.

—Era una colonia en formación, en cuya lomerío apenas sí se desperdigaban algunos chalets habitados casi en su totalidad por extranjeros. Los solares vacíos rodeaban las residencias y se extendían hasta las arboladas colinas donde se asienta el sanatorio español. A escasa distancia y en el fondo de salvajes barrancos, se encontraba una laguna llamada el Chairel, cuyas márgenes se hallaban por esos años absolutamente desiertas. En las noches la calma de tal modo compacta, que al soplar un viento fuerte llegaba hasta las tranquilas residencias el retumbar del golfo. Acompañado de mis nuevos amigos cacé urracas en los bosques y vi los crepúsculos enrojecer a El Chairel, donde bajo la brisa temblaban las espadañas. Explorábamos las abandonadas trincheras en que el ejército federal se defendió

en 1914: pequeñas veredas torrenciales nos dejaban ante oscuros camarotes de los que salían mohosas tufaradas.

La baby Dier, nuestra compañera de excursiones, era vigilada por su aya, que nos aterraba en el camino con espantosas historias. Cuando al dejar a nuestra espalda la terminal del tranvía, subíamos una cuesta encajonada entre taludes selváticos, la niñera señalaba un gigantesco cedro de cuyas ramas vio colgar en la revolución a los militares vencidos. Apresurábamos el paso y no respirábamos sino hasta vernos, al otro lado de las colinas, en las tierras bajas y monótonas que se extienden hacia el viejo Tancol. De regreso, ya atardecido, temblábamos pensando en que nos sería indispensable ver de nuevo al cedro siniestro y bastaba a sobresaltarnos el ruido de las iguanas en la espesura. De mi brazo se prendía una niña de mi edad, americana de Connecticut, que desde cinco años atrás residía con sus padres en Tampico y que con la baby Dier y la niñera formaba el contingente femenino de nuestro grupo. Se llamaba Elena Dudley y al buscar ánimo en mi persona hacía nacer en mí confusas sensaciones en las que el placer se agudizaba hasta el dolor.

Al decir esto, Luis Cisneros no advirtió la mirada de extrañeza que la señora Rivas paseó desde él hasta mistress Howard, una deliciosa norteamericana que oía el relato junto a la fuente en cuyo borde lobulado se asentaban idolillos encontrados en el pedregal. Mistress Howard cuya belleza había emocionado inmediatamente al novelista, escuchaba con creciente

atención y dejaba asomar a sus labios una sonrisa donde se mezclaban el contento y una nueva ironía. Sus ojos, que un mal observador hubiera creído alegres, no se apartaban de Cisneros, quien siguió refiriendo sus recuerdos:

—Una tarde en que recorríamos la orilla de El Chairel, Elena y yo nos retrasamos con esa falta de voluntad que es una de las tretas jugadas a los impúberes por la adolescencia próxima. El agua estaba rizada y enrojecida. Oíamos leves chapoteos, el lejano silbato de un barco que se alejaba en el Pánuco y las misteriosas voces del viento en el bosque. Sobre nosotros se alzaban las colinas solitarias y ante nuestros pies la senda polvorienta corría entre juncos y matorrales. Tuvi- mos un miedo exquisito y no sabíamos qué; conocía- mos la existencia de un remolino en la laguna y se hu- biera dicho que esperábamos ver a los ahogados salir de entre las cañas. Elena me abrazó y la retuve fuerte- mente contra mi pecho. Después, sin meditarlo, sin dese- arlo conscientemente, la besé en la boca. Ese pri- mer beso fue seguido por otros, todos lancinantes, que nos dimos esa tarde y los días siguientes. Nos buscá- bamos sin ponernos de acuerdo, huyendo de nuestros amigos y corriendo a lo largo de los cercos para refu- giarnos en los terrenos incultos, donde la agreste vege- tación nos rodeaba y protegía. He encontrado en mi carrera, como todos los hombres, las mujeres que nos son necesarias para olvidar la futilidad de la vida, pero ningún amor me ha otorgado la quemante felicidad que me dio aquel amor incompleto. Ese verano grabó

en mí su recuerdo como el de una hermosa aurora y al cerrar los ojos vuelvo a encontrar en mi mente la figura de mi pequeña amada y siento en mi corazón levantarse un pesar irredimible.

2

Al escuchar las últimas palabras de Cisneros, la señora Rivas quiso saber si el novelista no había vuelto a ver a Elena Dudley, Cisneros advirtió en la voz de la señora algo como una amable burla y sin saber a qué atribuirlo replicó que ignoraba la suerte que había corrido su amiguita.

—Supe que unos meses después de mi partida —informó—, Elena y sus padres marcharon a los Estados Unidos y esa fue la postrer noticia que tuve de mi gentil compañera.

La señora Rivas sonrió francamente, pues le agradaban las situaciones románticas e insinuó que quizá mistress Howard podría dar al novelista algunas nuevas sobre el objeto de su primer amor. Todos fijaron la mirada en mistress Howard, quien no pudo ocultar turbación. Su voz, sobre la que se hubiera dicho que se extendía el impalpable velo de un pesar valerosamente soportado, se elevó casi temblorosa:

—Debiera callar para conservarle al señor Cisneros intacta la imagen que retiene de su infantil amiga —dijo en un español exquisitamente matizado por leve dejo sajón.

Cisneros sintió una emoción punzante al escuchar

este acento que removi6 todas las fibras de su ser. Al experimentar una curiosidad violenta pidi6 ansiosamente los informes que se vacilaba en proporcionarle.

— De soltera me llam6 Elena Dudley — dijo mistress Howard, enrojando ligeramente.

La sorpresa de los circunstantes no pudo rivalizar con la de Luis Cisneros, en cuyo semblante se persiguieron la palidez y el exceso de sangre. El escritor se vio precisado a dejar su taza en una mesita, pues la agitaci6n de su alma se transmiti6 a sus manos.

— ¿Tiene en sus novelas un episodio que sea m6s rom6ntico? — le pregunt6 la se1ora Rivas.

El no la oy6 y permaneci6 mudo ante mistress Howard, sintiendo en su esp6ritu revolverse un infinito de pensamientos que llegaban casi a trocarse en sensaciones: a tal punto eran vigorosos y violentos. Aunque ligeramente cohibida, mistress Howard a1adi6 que desde el instante en que le fue presentado Cisneros, hab6a comprendido que se hallaba ante su amigo de la infancia.

¿Por qu6 llamarlo sencillamente amigo? — pregunt6 la se1ora Rivas, feliz de ser indiscreta a escaso costo.

Mistress Howard acept6 la sugesti6n sin alterarse y repuso que ciertamente pod6a llamar el se1or Cisneros su primer amor, ya que ambos ten6an la edad suficiente para conservar del pasado su inmarcesible encanto sin por eso, coment6 sonriendo, comprometerse. Aun se anim6 a agregar que para ella el verano vivido en Tampico y en la compa1a de Luis Cisneros, era un

hermoso e imborrable recuerdo. En este punto el novelista la interrumpió de un modo que causó en los asistentes a la escena singular efecto:

— ¡Pero se casó usted!

Mistress Howard se desconcertó y no pudo replicar. Cisneros se dio cuenta del alcance de sus palabras y repugnando a su ánimo exhibir su agitación, procuró rehacerse y en parte lo consiguió. No intentó disimular el encanto que hallaba en verse ante Elena Dudley, pero pudo o creyó poder ocultar que su antiguo amor no sólo no había muerto, sino que había tomado súbitamente renovado y poderoso impulso. Durante largos años había supuesto que su infantil aventura no saldría jamás de su candoroso marco y al conmovearse recordando los besos dados y recibidos en la senda polvorienta, había creído en un sentimentalismo intrascendente. Lejos de esperar ver de nuevo a Elena Dudley, hubiera temido al encontrarla, descubrirla adocenada y envejecida. Se dijo que mistress Howard no era vulgar y descubrió en ella un atractivo irresistible que hizo a su corazón palpar como en la adolescencia.

Se preguntó si ella podría no ser algo suya y su ser reclamó un derecho no prescrito. Hacía entretanto preguntas que no eran sino el disfraz de sus verdaderos pensamientos. Supo que Elena había pasado algunos años en los Estados Unidos, donde sus padres habían muerto; en Wallingford, una deliciosa y pequeña ciudad de Connecticut, se había casado con Alberto Howard, mexicano nieto de ingleses, en cuya compa-

ña retornó a México. Esta historia la hacía ajena a Cisneros, quien saboreó una amargura imprevista. Elena no sólo había vivido episodios desconocidos para él, sino que tenía un marido, quizá tenía hijos y sin duda no consideraba a Cisneros sino como a un indiferente.

Sintió inundarle el pecho una fría congoja y dejó a la charla derivar sin intervenir en ella en otra forma que en la de banales comentarios. No dejaba de acercar discretamente el rostro de Elena y de aquellos rasgos que le parecían tan propios y al par tan ajenos, extraña turbia desesperación.

En esto el aire empezó a refrescar y se vio por entre los árboles ascender una onda amatista en la falda del Ajusco. No llegaba del pedregal sino el zumbido del viento. Los invitados fueron desertando y mistress Howard se levantó para despedirse. La señora Rivas adivinaba la tortura de Cisneros y quiso aliviarla en la forma en que lo hacen los terceros cuyo corazón sensible no sabe dictarles sino remedios contraproducentes; en los asuntos de amor, como en todos los que se plantean a los humanos, la sensibilidad conduce a desfiladeros peligrosos. La señora Rivas anheló hacer feliz por unos momentos al novelista y le propuso llevara hasta la capital a mistress Howard.

Cisneros se llenó de placer y vio casi con súplica a mistress Howard, temeroso de verla rechazar la propuesta. Ella sonrió agradablemente y acabando de darle un beso a la señora Rivas se dirigió al zaguán. Cisneros la acompañó sin poder hablar. En el portón

encontraron a una señora que aparentaba cuarenta y cinco años, alta y muy delgada, vestida de gris y sin la menor elegancia, en cuyo rostro huesudo se esparcía un vaho de bondad; entraba llevando en la mano un ramo de violetas. Mistress Howard la saludó con marcado afecto y llamó a Luis Cisneros para presentarlo.

La recién llegada era la señorita Marcela Ruiz: prima política de Elena, vivía en la actualidad con la señora Rivas. Sus ojos examinaron afablemente a Cisneros, quien sintió para ella viva simpatía, la cual se aumentó al oír las alabanzas que mistress Howard hacía de la solterona.

—Elena es demasiado amable —protestó suavemente la señorita Marcela.

Mistress Howard movió la cabeza.

—Ha sido usted un ángel para mí —afirmó al despedirse de aquella mujer de apariencia insignificante, que llevaba en la mano algo como su propio símbolo.

En la calle el viento golpeaba con ala rápida y Cisneros se apresuró a abrir la portezuela de su automóvil para que Elena pudiera penetrar al vehículo. Se acomodó junto a ella y guió hacia la ciudad.

3

Elena quiso decir algo sobre lo mucho que le gustaba Coyoacán y Cisneros deseó hablar de lo feliz que lo hacía el llevarla junto a sí, pero no encontraron las palabras convenientes y recorrieron buen trecho sin

mover los labios. El aire silbaba y se veía a los volcanes elevar sus níveas cumbres por encima del violeta de sus flancos. Por fin Elena pudo decir alguna cosa acerca del crepúsculo otoñal. Cisneros no respondió a las frases de su amiga, sino a su propio pensamiento:

— ¿No es maravilloso haberla hallado, Elena? Jamás quise buscarla porque siempre temí encontrarla desprendida de la imagen atesorada por mi corazón, desgajada del encanto que me hizo estremecer en las márgenes de El Chairel. ¿Recuerda, en verdad recuerda? Nos besábamos junto al agua empurpurada por el ocaso y creíamos oír brotar del remolino angustiosos lamentos. Corríamos entre los cercos y nos deteníamos en los claros, al pie de un naranjo de cuya copa salían volando los pájaros. ¿Recuerda? Era usted misma, Elena, la que me besaba y hoy que ya no me besa es usted, sin embargo, la misma mujercita que corría conmigo por los senderos donde giraba el polvo.

Ella preguntó: — ¿Cree usted? — y su voz apareció trémula. El automóvil bajaba por la avenida de Los Insurgentes, atravesando el valle en que empezaba a flotar la neblina. Cisneros creyó descubrir en el acento de su amiga un dolor refrenado. Se preguntó si Elena sufría y si hubiese dudado de que la amaba se hubiera convencido de su amor al sentir un pesar tan grande con sólo imaginarla poseída por una pena. No se atrevió a interrogarla y no pudo hablar ya, porque sus ideas se atumultuaban.

Como mistress Howard vivía en la calle de Venecia, el automóvil dio vuelta en la de Liverpool. La

calle de Venecia consta de una sola cuadra. Además de corta y angosta es tranquila, pues en ella no hay comercios. Cuando Cisneros detuvo al coche, se admiró de ver que su amiga había trocado por un departamento el palacete que habitaba en Tampico. Al bajar, se angustiaba diciéndose que quizá Elena estuviera arruinada y se figuró que tal era la causa del pesar adivinado en ella.

No había esperado Elena a que el escritor llegara a abrir la portezuela del lado derecho y Cisneros la encontró de pie en la acera. El novelista vaciló, herido por mil cuchillos, al sentir el momento de la despedida.

Mistress Howard también parecía vacilante como si le hubiese pesado no invitar a su antiguo compañero a penetrar en la casa. Acabó por tender su diestra, de la que había desprendido el guante y sonrió al decir adiós.

— Creí que nos diríamos: hasta la vista — murmuró Cisneros.

— Sí, hasta la vista — acercándose a la puerta de su casa.

De su bolso extrajo un llavín, con él abrió una hoja sobre cuyo cristal opaco se trezaba un arabesco férreo.

— Hasta luego — anunció.

Cisneros se inclinó y al verla desaparecer tras de la puerta dio un vistazo a la fachada, que elevaba sobre el respiradero del sótano la única y ancha ventana de la planta baja; en el primer piso se abrían dos balcon-

cillos con simple barandal de hierro; en el parapeto superior reposaban cuatro esferas de piedra.

Regresó al automóvil para guiarlo sin prisa hasta salir a la calle de Marsella. La noche había cerrado y los troenos de las aceras estaban todos negros. Cisneros no quiso alejarse mucho de la calle de Venecia y después de estacionar su coche a unos pasos de la embajada americana, entró al *Bottoms'up* a beber un whisky. El local estaba concurrido. Cisneros bebió con lentitud y al advertir las parejas que ocupaban las mesas se sintió desesperadamente solo. Nunca había temido a la soledad, pero esa noche se notó inerme y extraviado.

—Elena —murmuró. El nombre era una compañía, pero también doloroso aguijón.

Un hombre se instaló ante el piano y ejecutó una melodía que conmovió a Cisneros, quien reconoció un viejo vals, de moda cuando él corría con Elena a lo largo de los cercos; su amiga había cantado "Las Tres de la Mañana" bajo los laureles de su palacete de Tampico. Cisneros se dijo que todo giraba en derredor de ella, que hacia ella lo impulsaba todo y al salir a la calle creía en el destino y en que este usaría de ignorados medios para llevarlo a los brazos de Elena.

4

Durmió mal y al despertar en la mañana meditó en que no le sería posible estar sin noticias de su amiga, sin conocer cómo vivía y cuál era el pesar que le ensombrecía la voz. No encontró procedimiento mejor

que regresar a Coyoacán y en la tarde sorprendió con su visita a la señora Rivas. Aunque pretextó irresistible curiosidad por las colecciones albergadas en la casona, le fue imposible evitar que la señora trasluciera la causa de su presencia. Mientras acompañaba al escritor por los aposentos quiso facilitarle las confidencias, pues el desarrollo de la pequeña intriga sentimental la interesaba prodigiosamente. Cisneros se inclinaba mecánicamente sobre las vitrinas, examinaba torpemente los cuadros y formulaba ociosas preguntas. La señora Rivas acabó por sonreír viéndolo abstraerse falsamente en la contemplación de unos marfiles.

—La vida está llena de imprevistos —dijo al desgaire—. Todavía no puedo olvidar el encuentro de mistress Howard y de usted. Dos niños viven su pequeña novela de amor; se apartan de los lugares que los vieron dichosos, crecen ignorándose mutuamente, viajan, viven su vida y de repente, cuando ya no piensan volver a verse, cuando uno se acuerda del otro como de una sombra, donde menos lo esperan se hallan frente a frente.

Cisneros acogió con satisfacción las palabras de la señora Rivas, pero intentó no demostrar sino un interés limitado y con una maniobra que juzgó hábil quiso saber cuántos hijos tenía Elena. En venganza de tanto disimulo, la señora Rivas escatimó los informes, gozando con mezclarlos a banalidades.

—Vea esta cajita de rapé —indicó a tiempo que ponía en las manos de Cisneros una joya de oro y perlas—. Fue regalo del conde de Santiago de Calima-

ya al virrey Bucareli. ¿Pero qué preguntaba usted?
¿Los hijos de Elena?

Cisneros abrió la cajita, la volvió a cerrar, le dio vueltas entre los dedos y balbuceó:

—Creí oír anoche, en la casa de mistress Howard, una voz de niño.

La señora Rivas le mostró un abanico en cuyo país se veía un paisaje a la Boucher.

—La emperatriz doña Ana se lo obsequió a mi bisabuela cuando ésta la visitó en Filadelfia.

—¿En Filadelfia? —preguntó Cisneros, intentando reaccionar, pero viendo sus ideas confundidas y encrespadas—. ¿Quiere decir: en Laeken?

La señora rió suavemente y tomando a Cisneros por un brazo lo llevó a una sala amueblada a la moderna, en la que flotaba un perfume de tabaco.

—No disimulemos por más tiempo —exclamó al sentarse y al ofrecer al visitante un profundo sillón—. A usted le interesan tan poco en estos momentos mis colecciones, que confunde a la esposa del Libertador con la de Maximiliano. Hábleme con franqueza, pues ya he comprendido el objeto de su visita. Usted busca informes sobre mistress Howard y yo quiero brindarle cuanto poseo.

Cisneros se sintió aliviado y daba calurosamente las gracias cuando lo interrumpió la entrada de la señorita Marcela. Lo tranquilizó la señora Rivas con asegurarle que Marcela se interesaba grandemente en la felicidad de mistress Howard, por lo que ante ella podía hablar sin miedo. La solterona tomó asiento

muy cerca de Cisneros y se inclinó hacia él con ademán de ansiosa cordialidad.

—No se imagina cuánto quiero a Elena —dijo mientras se oprimía las manos—. Sé que usted fue su amigo de la infancia y espero que nos ayudará a endulzar la vida de esa desdichada mujer.

—¿Desdichada? —exclamó Cisneros.

Oyó en silencio el relato que le hicieron las dos mujeres y que puede ser resumido así: al casarse con Alberto Howard Elena era dueña de saneado capital que parecía asegurarle un porvenir tranquilo. Como la familia Howard estaba radicada en Tampico, la pareja se instaló en el puerto. Elena fue dichosa en los dos primeros años de matrimonio. En el tercero, la muerte de la madre de Alberto ensombreció los días. Howard senior se encontró desorientado y perdió el interés que le había inspirado su negocio; era suya la joyería más famosa de Tampico, la elegante “Versailles” de la plaza de Armas. Entregó a su único hijo la dirección de sus asuntos y se encerró en su casa, donde su nuera trató vanamente de confortarlo y donde murió bien pronto.

Alberto continuó por algún tiempo al frente de la joyería y sólo muy poco a poco Elena advirtió en él una variación que aportó fatales consecuencias. El cambio que se efectuaba en Alberto lo notó primeramente Marcela Ruiz, prima lejana de los Howard. Marcela vivía de una exigua pensión que le pasaba el gobierno; Alberto se había compadecido del aislamiento y la penuria en que se debatía su parienta y de acuerdo con

Elena la invitó a vivir con ellos. Diez años mayor que Elena, Marcela no quiso ser inútil a sus parientes y se transformó en ama de llaves, en señorita de compañía, en consejera y en observadora. Vio lo que de raro tenía el hecho de que su primo no quisiera deshacerse de las mejores alhajas que las transacciones llevaban a sus manos; le costaba trabajo separarse de las pedrerías y fue almacenando un número cada vez mayor de gemas. Elena tardó en inquietarse y ciertamente su preocupación nunca pudo ser muy grande. Si la joyería declinaba, el capital seguía intacto.

El amor de Alberto a las piedras preciosas se convirtió en manía. El negocio resultó afectado; requirió una inyección de fondos y Alberto consiguió que su mujer invirtiera en él una parte de su fortuna. bien pronto esta parte quedó transformada en gemas que fueron a reunirse al depósito anterior. Elena hubo de reconocer que su marido estaba incapacitado para seguir al frente de la joyería y lo convenció de la necesidad de venderla. Alberto se deshizo sin pesar de su establecimiento; hasta se hubiera dicho que al traspasarlo rompía una cadena. Nunca le agradó encerrarse en el fastuoso local; había soñado con ser gran inventor y su padre debió tratarlo con rudeza para obligarlo a permanecer junto a las resplandecientes vitrinas. Lo volvió pues maniático de las joyas el miedo que con frecuencia domina a los inadaptados, de encontrarse inerme ante un imprevisto. Podía asegurarse también que un golpe recibido, de muchacho, jugando *football*, había afectado su organismo hasta el punto de

que bajo su apariencia robusta guardaba en incubación el germen de una enfermedad mental.

Elena dejó la casa al cuidado de Marcela y llevó a su marido a México y después a los Estados Unidos; quería distraerlo, pero se dio cuenta de que en Howard se desarrollaba una melancolía invencible. El buscaba los sitios solitarios. Amaba a su mujer, pero sentía desplegarse entre ambos gases que lentamente iban dificultando la visión. Al no poder resistir estar alejado de las joyas, manifestó el deseo de volver a Tampico, a donde Elena lo siguió dócilmente. Ella mantenía el hogar con sus propios fondos y a veces proporcionaba pequeñas cantidades para que su marido adquiriera nuevas piedras.

Se asustó cuando supo que Alberto guardaba las gemas en el palacete de la colonia Guadalupe. Ya no podía separarse de su tesoro: encerraba las pedrerías en una cajita de metal que depositaba simplemente en un ropero. Elena y Marcela pasaron noches inquietas diciéndose que tener un millón en gemas almacenado en la residencia, era provocar a los ladrones. Alberto permaneció firme ante los intentos que se hicieron para decidirlo a volver las joyas a la caja del banco; menos permitió que se aumentara la servidumbre del palacete, pues ya no soportaba caras desconocidas. Su melancolía se acentuaba y no le dejaba otras distracciones que las salidas al jardín de la casa y los paseos nocturnos a Miramar.

La vida de Elena en esa época no pudo ser sino sombría. La lealtad le vedaba separarse de un marido huraño y maniático, pero no le inyectaba fuerzas a un amor que ya sólo merecía ser llamado compasión. Marcela comprendió el infortunio de su prima y se sintió más unida a ella.

En el otoño de 193., Marcela pasó varias noches fuera del palacete; una arruinada amiga de su juventud agonizaba lentamente en una casucha de la colonia Altamira y Marcela se turnaba con una monja en su cuidado. En tales ocasiones Elena hacía al mozo dormir en el *hall* y vigilaba que puertas y ventanas quedaran cerradas. Una noche en que Marcela debía marcharse, Alberto manifestó el deseo de ir a Miramar. Elena hubo de acompañarlo y ella misma piloteó el automóvil.

Dejaron a Marcela ante la casa que ocupaba la enferma y siguieron hacia el mar. Una tempestad había terminado en la mañana y la costa estaba cubierta de algas y de troncos. Dejaron el automóvil ante los restaurantes y Alberto guió a Elena hacia el norte. Grandes nubes pasaban frente a la luna; el mar a veces despedía reflejos plateados y a veces desaparecía en las tinieblas y no se denunciaba sino por horribles clamores. A cierta distancia detuvo Alberto sus pasos y se volvió para mirar las luces del faro. La marea alcanzaba las dunas, por las que trepaban los cangrejos.

Regresaron a su casa después de la media noche.

Se hubiera dicho que Alberto no quería volver. Obligó a su esposa a conducir muy despacio y contempló ansiosamente los fuegos reflejados en el río. Los remolcadores y los chalanes dormían a lo largo de los campos sembrados de tanques panzudos; las refinerías humeaban bajo el cielo apenas estrellado y el viento se encargaba de romper y disipar las volutas. En ocasiones un vaporcito que marchaba hacia Pueblo Viejo se denunciaba con silbidos roncós. A la derecha brilló turbiamente la placa rizada de la laguna del Carpintero y Tampico apareció chisporroteando en las colinas.

Los Howard encontraron fracturada la puerta de la casa; el mozo estaba ebrio y tirado en el jardín. Un saqueo rápido había sido efectuado en las habitaciones, pero los bandidos habían dejado en la sala una maleta conteniendo los objetos más estorbosos del botín. Al encontrar la caja con las joyas se habían conformado con éstas y desdeñaron cargar con objetos embarazosos y de menos valor. La policía no dio con los ladrones, que no habían dejado otra huella que la de un zapatón cuya puntera estaba protegida por dos estoperoles. El mozo confesó que al quedar solo se había embriagado y salido luego para entrevistarse con una criada de la cercañía; al regresar no había podido hacer más que tenderse en el jardín. Fue imposible comprobarle alguna complicidad y ni siquiera se llegó a sospechar de la cocinera y de la recamarera, que dormían en aislado pabellón.

Los Howard quedaban sin lo mejor de su fortuna y atenidos a la ya muy disminuida de Elena; además,

por una fatalidad, Alberto había conseguido días antes que su mujer guardara sus propias alhajas con las que él atesoraba y con las cuales desaparecieron.

Lo peor no consistió en la pérdida de las joyas, sino en la desesperación de Alberto. Cayó éste en una atonía cortada por accesos de silencioso furor. Su razón acabó de naufragar, pero como esos buques que al zozobrar en aguas no profundas conservan sus puentes sobre la superficie, no se extinguió del todo. Alberto Howard no quedó en loco peligroso ni mucho menos, sino en hombre taciturno, casi tímido.

Elena afrontó valerosamente la situación. Vendió la casa y despidiéndose de Marcela se trasladó con su esposo a México, donde gastó su fortuna intentando la curación de Alberto. Acabó de arruinarse y en la actualidad vivía de los productos de una florería instalada en el vestíbulo de un gran hotel.

— No ha querido divorciarse — dijo suavemente la señora Rivas, al terminar—. Muchos se admiran de que una norteamericana no recurra al divorcio para librarse de un marido desequilibrado. Sucede que su reputación de frivolidad y de egoísmo, no la merecen más las norteamericanas que la de libertinaje las francesas. Por debajo de una clase desarraigada o viciosa que con sus escándalos y extravagancias imanta la atención, en los Estados Unidos existe un inmenso número de familias honorables y austeras. La virtud reina y miles de hogares donde la esposa comparte con el marido las fatigas y las penas. Elena es una típica

norteamericana que no considera leal abandonar en la desgracia al compañero.

Luis Cisneros había escuchado con emoción el relato. Supo que Alberto Howard pasaba el tiempo encerrado en el departamento de la calle de Venecia, donde se entregaba a una curiosa faena de inventor. Estaba seguro de llegar a descubrir lo que llamaba "el rayo de la vida": una atmósfera vibrante que destruiría los aeroplanos y los proyectiles que pasaran por ella. Marcela le daba a ocultas pequeñas sumas para la compra de materiales. La prima había recibido una corta herencia que le permitía ayudar a Elena en los momentos difíciles. Para no ser gravosa a sus parientes vivía con la señora Rivas, su compañera de colegio. Sus ojos se posaron suplicantes en Cisneros.

—Usted que quiso a Elena —dijo tomando la mano del novelista— ayúdenos a darle alguna dicha.

El lo prometió. Su amor se había acrecentado con la admiración y la piedad.

6

Sin embargo, no se dio prisa en buscar a mistress Howard. Se complacía en llamarla así para mejor comprender cómo ella era de otro. Dejó pasar unos días, durante los cuales procuró trabajar en una novela iniciada cinco meses antes, pero no consiguió escribir una página aceptable. Su casa jamás se le había mostrado tan vacía. Habitaba en Tacubaya la residencia que desde hacía cien años era propiedad de su fa-

milia. La pequeña ciudad estaba convertida en un barrio de la capital y las antiguas quintas habían desaparecido en su mayor parte. La finca de los Cisneros corría sus elevadas tapias entre un hacinamiento de casitas modernas. La arboleda encerraba al edificio, construido a la italiana, en espesa cortina que ahora está gris y destramada por el otoño.

En las callecillas, de las que había prohibido barrer la hojarasca, Cisneros intentó resistir la atracción que brotaba de su amiga. Se dijo que el amor podía comprometer su independencia y tornar imposible su trabajo; creyó irrazonable empeñarse en la conquista de una mujer como Elena, tan leal a un esposo demente y que opondría el deber a la pasión. Pero múltiples ondas lo cercaban y lo turbaban; la soledad lo amenazaba como jamás lo hubiera esperado. Bajo los fresnos desnudos y escuchando el rumor de la cercana plaza de Cartagena, advirtió su jardín ocupado por amarga melancolía; en la casa faltaba el revuelo de una falda. Y todo su ser tendía hacia Elena.

Notaba en sí extraña condensación. Hasta entonces le había parecido que sus años se desgranaban y se esparcían en etapas diferentes. Había sido niño, muchacho, joven; había pasado la segunda juventud y veía aproximarse la madurez. Al pensar hoy en Elena, los períodos de su existencia se confundían y creaban un hombre extrañamente compacto. Sentía nostalgias vitales y anhelos agudos. Llegaba a creerse nuevamente junto a El Chairel y a veces se veía corriendo entre los cercos enrojecidos por el sol.

Sobrevino un momento en que no pudo resistir. Fue un atardecer a la avenida Madero y entró como al descuido en el hotel en cuyo vestíbulo se encontraba la florería de Elena. Bajo las luces terciopeladas se erguían en un ángulo gladiolos rojos sostenidos por esbeltos vasos. Elena se hallaba ausente; atendía en su lugar una empleada. Cisneros entró al bar y se acomodó ante una mesa desde la que veía, a través de los grandes cristales del vestíbulo, un mazo de violetas al pie de una estatuilla de Venus Anadyomena. El bar estaba concurrido. Cisneros bebió un *high-ball* y esperó sin hacer mucho caso de las mujeres que fumaban en los divanes.

— Es una locura haber venido — meditó mientras respondía al saludo de Jorge Adalberto Vázquez.

El poeta, con su bondad característica, se interesó en los asuntos del novelista.

— Tiene cara de enamorado — le dijo sonriendo —. Está en grave riesgo de perder su talento.

Se marchó y Cisneros reflexionó en que el ilustre artista no tenía sino demasiada razón, pues el hecho de hallarse esperando a una mujer inasequible, era la demostración de que se agrietaba el talento del novelista. Por fin apareció Elena; vestía un traje sastre, oscuro y su semblante lucía con encantadora gravedad bajo el ala del sombrerito, en que se clavaba el extremo de una pluma corta, negra y reluciente. Elena sonrió al verlo acercarse a saludarla. Luis Cisneros pretendió al principio hacer pasar el encuentro por una coincidencia, pero ante la mirada firme de Elena desechó tal

idea y confesó la verdad. Invitó a su amiga a tomar un coctel y ella aceptó a condición de que fuera en otro sitio.

Dio instrucciones a su empleada y salió con Cisneros. La avenida estaba llena del zumbido de los automóviles. Una noche áspera vigilaba desde los techos. Fueron al Ritz y se instalaron en un rincón, cerca del cuadro donde Ruano Llopis ha representado a un torero, El Soldado, señoreando en la arena. Cisneros ya no quería razonar. Por otra parte, su cerebro no habría funcionando. Lo invadía tumultuosa dicha y no ansiaba sino que Elena permaneciera junto a él eternamente, mostrándole en tres cuartos su rostro que el viento de la calle había sonrosado. Conversaron de cosas indiferentes. Después, en impulso irrefrenable, Cisneros confesó cómo había luchado para no buscar a Elena.

—¡Pero me da tanto gusto verlo! —exclamó ella.

Sin aceptar fijar en la oleada de sangre que coloreó el semblante de su amigo, añadió que Marcela y la señora Rivas le habían anunciado que él la visitaría. No quiso ocultar que la molestó un poco enterarse de que le habían referido su vida y su situación.

—¿Por qué la molestó? —preguntó Cisneros.

Ella asintió:

—Sí, en verdad ¿por qué?

Comprendía que lo mejor era no tener secretos con su antiguo compañero, cuyo encuentro en el jardín de la señora Rivas le había causado tanto placer. Su franqueza agradó a Cisneros, quien sin embar-

go atisbó en la misma el indicio de una íntima rectitud que podría detenerlo en cualquier intento de verdadera aproximación. Halló a Elena defendida por su lealtad y de lo hondo de su ser ascendió mordiente pesar.

— Es raro que no se acuerde usted de mi esposo — exclamó Elena —. Era aquel muchacho muy decidido y alborotador, que nos propuso navegar en El Chairel en un gran cajón cuyas junturas había empastado con chapopote.

Cisneros no recordaba y Elena prometió enseñarle unas fotografías que sin duda él desconocía; las había tomado el señor Kaare Kaasen, el noruego que los llevó de paseo por el Pánuco en la lancha automóvil y representaban a la jovial banda cazadora de urracas. Cisneros aprovechó la ocasión y preguntó a Elena si le sería dado visitarla. Ella vaciló unos segundos. Puso después en Cisneros una mirada profunda. Manifestó francamente que no recibía visitas.

— No me gusta que me desprecien a Alberto — dijo suavemente — ni que lo vean con piedad.

No había sentido jamás por Howard intenso amor, pero lo había querido sinceramente. Alberto había sido bueno y amable y aún ahora trataba a su esposa con tímido respeto. Huía de la gente y casi nunca dejaba el primer piso; lo ayudaba en sus trabajos un viejo señor, antiguo empleado de la joyería "Versailles". Cisneros se dolió de que Elena lo creyera capaz de cometer una indelicadeza. Ella apagó su cigarrillo en el cenicero de Puebla y aseguró que no podía imaginarse al novelista faltando a la discreción.

— Y conste — añadió con malicia — que jamás me ha sido dado leer sus obras.

Cisneros se disculpó arguyendo que sus libros aparecían en ediciones limitadas, numeradas y fuera de comercio, pero ofreció obsequiarle ejemplares de cada una de sus novelas. Mientras volvía a enguantarse, ella manifestó jovialmente que eso era ponerse en razón y que si él llevaba los libros, accedería a brindarle en el departamento de la calle de Venecia una taza de té.

Cisneros la condujo en su automóvil hasta la puerta del departamento. Al despedirse, la soledad no lo impresionó. Volvió a Tacubaya y se puso al trabajo, pero su obra se le figuró rara y desforzada. Era como si una sutil embriaguez le hubiese hecho estimar endeble y trivial el oficio de escritor. Las ideas y las imágenes puras manejadas hasta ese día y que le ganaron fama de refinado, se le deshicieron en las manos. Acostumbrado a no extrañarse ante sus propias reacciones, lo que hubiera causado su desesperación diez años antes hoy le interesó prodigiosamente. Adivinó un cambio para un porvenir cercano y decidió aguardar. Una desconocida confianza en sí mismo le impidió cualquier desánimo.

7

La mañana se le hizo insoportable, a tal punto lo dominaba el deseo de ver a Elena. Para distraerse dio unos pasos por la vieja ciudad. El aspecto de Tacubaya

había cambiado rudamente desde que él nació en la umbrosa quinta y había llegado a serle disgustante. Pero este día anduvo sin prisa y sin sombrero por las callejuelas empedradas. Las opulentas fincas casi habían desaparecido y hacia Mixcoac pasaba una corriente de automóviles por las avenidas ensanchadas.

La población retenía su viejo aire entre Cartagena y la Casa Amarilla. Las misceláneas exhibían en sus mostradores desbarnizados un surtido de dulces morelianos y de títeres con trajes de comedia de capa y espada; una recua bajaba la cuesta junto al parque Lira, entre tapiales ruinosos; los puestos de fruta obstruían las aceras. En una callecita hormigueaban los oficiales ante el Centro de Instrucción Militar y a dos pasos la roja torre de un hospital se coronaba de gárgolas. Se abría alguna puerta y quedaba visible un patiecito florido, donde en filas de jaulas cantaban los pájaros.

Cisneros disfrutó de curiosa alegría al examinar la muchedumbre. Nunca se había sentido a gusto en medio de la multitud, pero hoy se dirigió a la plaza de Cartagena, complacido de oír los pregones. Rumoreaba el mercado. Las almuercerías tendían bajo manteados sus mesas de pino, sus bancos amarillos y hacían humear las enormes cazuelas donde el mole se adornaba con burbujas. En la plaza irregular y rugiente se sucedían los eléctricos y desfilaron unas góndolas cargadas de piedra. En el portal hacía frío; los evangelistas tecleaban en las máquinas de escribir, los pilletes

voceaban los diarios y un chino ebrio sonreía bobamente, apoyado en un pilar. De la cantina salió un olor picante y se oyó el entrechocarse de las bolas en las mesas de billar.

—¿Cómo no he pensado nunca en describir esto?
—se preguntó Cisneros.

Reflexionó en que había evitado reflejar la inmediata realidad y se notó impulsado a pintar también lo recogido visualmente. Volvió a su casa pasado el mediodía y poco antes de las cinco se presentó en el departamento de los Howard.

Una criadita cuyo pelo lacio se dividía en dos trenzas cortas adornadas con cintas moradas, le abrió la puerta y lo condujo a la sala. Desde el momento en que pisó el entarimado, se sintió sujeto por misteriosa turbación. Flotaba entre las paredes suave hechizo. La ancha ventana estaba velada por cortinas venecianas. Cisneros dejó en una mesita, tras una fotografía, el paquete de los libros y examinó el decorado. Los muebles eran bajos y estaban tapizados en colores oscuros; un velador *Chippendale* sostenía una lámpara; los libros se alineaban en esquineros sobre cuya madera más alta reposaban cajitas y ceniceros de cobre. Apartado de la chimenea dormía un piano de media cola. Un magnífico Zalce, "El acueducto de los Remedios", envolvía las torres indias en claridades de final de lluvia; colgado encima del velador, un cuadro de Rufino Tamayo alineaba fichas de dominó junto a un reloj de cuya carátula sin manecillas se desprendía el terror de un tiempo inerte.

Los pasos de Elena sonaron apenas en la alfombra de la escalera. Cisneros la vio aparecer, sonriente y alargándole una mano que estrechó con emoción. Tomaron asiento y conversaron. Una felicidad desconocida invadía al novelista, quien aspiró con placer el aroma de iris exhalado por su amiga. De la calle no llegaban ruidos y en el resto de la casa no se oía sino de vez en cuando el trajinar de la criadita, que se presentó luego con el servicio. Mil veces había visto Cisneros alargarse hacia él una mano de mujer ofreciéndole una taza de té, pero creyó que jamás había admirado gesto de mayor elegancia que el de Elena; entre los dedos de ella, finos husos en que azuleaban las venas, el cuenco de porcelana semejava una corola.

Se preguntó si sería conveniente aludir a Howard, pero resolvió no hacerlo. También dudó en hablar de Tampico y fue Elena quien hizo memoria del puerto.

— Me daba miedo molestarla con mis recuerdos — confesó Cisneros.

Ella sonrió y se levantó para tomar un álbum. Cisneros sintió un vuelco en el corazón al ojear las fotografías que lo representaban en el río y en las orillas de El Chairel, junto a la niña que hoy era mistress Howard. Elena aparecía cruzando su brazo con el de Cisneros: así lo retrató el bondadoso noruego en medio del Pánuco atestado de navíos y en las colinas boscosas. El mismo Kaare Kaasen surgió en una cartulina, risueño entre la turba de sus pequeños amigos.

— Este chico de cara traviesa es Alberto — dijo Elena, poniendo su uña pintada y finamente abomba-

da, sobre un rostro de muchacho, coronado de rizos claros.

Cisneros recordó y pudo explicar que precisamente Alberto le había dado, en el viejo Tancol, su primer cigarrillo. Elena cerró el álbum.

—Nadie hubiera podido imaginarse que aquel chico vivaracho llegara a sufrir tan gran infortunio —dijo suavemente.

Cisneros advirtió en ella el recrudescimiento de un pesar y a su vez padeció imaginando una renovación del amor de Elena para Howard.

—¿Puedo hablar del placer que me causa el estar ante usted, Elena? —preguntó con voz ensordecida.

Lo impulsaba el oscuro deseo de interponerse entre ella y Alberto y este deseo no le pareció desleal: a tal punto el escritor pierde su lucidez cuando su corazón entra en el juego del amor. Sólo hasta después analizaría su acto, iluminaría el motivo y se avergonzaría.

EL JARDIN IMPOSIBLE. (Fragmento)

EL HOMBRE DE CAYENA

El doctor se acercó a la orilla, y contempló al *Delcassé*, que bajaba por el río. En la proa, unos niños con gorritas de lienzo se inclinaban para ver la quilla rompiendo el agua; los marineros corrían por la cubierta, con las blusas infladas por el viento. De los pasajeros que iban a popa, algunos se despidieron flameando sus pañuelos.

Claret les devolvió el adiós, agitando también un trozo de tela. *El Delcassé* siguió su marcha; dejando atrás las escolleras, se metió en un mar color del pensamiento donde el clamoreo de las grandes olas ahogaba a su silbato. Ya el navío era en el horizonte un bajel de juguete, y Claret le seguía enviando adioses.

Después, arrojando el pañuelo, corrió ciegamente por la playa, enredándose en la yerba que revestía las dunas. Trotó hasta cansarse. Cuando se detuvo, fue para dejarse desplomar en la arena.

— Lo merezco por necio — meditó, resoplando, afanándose en encender un cigarro —. Hace tiempo que sé el daño que me causa verlos irse.

El aire le apagó los últimos fósforos; con la cajita vacía entre los dedos, el doctor se quedó ojeando el golfo, donde unos leños recamados de algas luchaban entre la espuma por venir a varar. Claret se sonrió burlonamente.

—Un esfuerzo más —les dijo—. ¡Upa! Ya están ustedes en la costa: lo difícil será volver al mar.

Se olvidó de los troncos, y clavó su vista en el sitio por donde se había marchado el *Delcassé*; unas nubes oscuras se arrastraban sobre el oleaje, como los torcos heridos que caminan en las tierras de labor. Claret, inmóvil, vio elevarse ante aquel telón de fondo, las paredes blancas y las persianas verdes de su casita de la Rochela.

Suspiró, y se pasó la mano por la cara, pero no pudo contener sus recuerdos. La linda señora La Tour surgió sonriendo de las ondas; después aparecieron la montaña de Santa Genoveva, las torres de San Sulpicio, la calle de Fromentel, y al final las soledades de la *Grande Brière*. Veía de nuevo a las vacas ramoneando en las islas, y a los nenúfares abriéndose sobre las aguas sombrías.

—¡Nenúfares!— . . . murmuró.

En su memoria se mezclaban las corolas blancas con el rostro de la señora La Tour. Las flores eran las que él acariciaba de niño, al pasar en la barquilla de su padre; y la señora La Tour, era la mujer que lo empujó a . . .

Se tapó la boca para no gritar, y lloró a sacudidas, dando con el bastón sobre la arena. Así estuvo

una hora. Al fatigarse oyó a la brisa pasar zumbando sobre las dunas; las nubes y la bocana empezaban a arder; el hombre del faro subía ya en su torre, y los últimos paseantes se retiraban con lentitud, recogiendo a las estrellas marinas para dejar a obscuras la noche del océano.

También Claret se fue. Regresó subiendo por la orilla del río; sonaban las cañas, y los patos huían volando sobre el agua empurpurada; en la corriente los delfines saltaban entre las manchas de aceite; las luces del puerto brillaban a través de las chimeneas humeantes y de los mástiles desnudos.

Cuando Claret llegó a su calle, la luz zodiacal espolvoreaba el horizonte; en un cafetín un muchacho descalzo tocaba el acordeón; pasaban mujercuelas, marineros, pescadores, y comerciantes que habían bajado de la Huasteca en las grandes piraguas. Claret vio entornada la puerta de su casa, y a la gruesa Lulú que lo esperaba fumando.

—¡Buenas noches, mi bravo! —le saludó cuando lo vio acercarse.

El doctor entró sin responderle, y fue a desplomarse en una mecedora. Lulú lo siguió lánguidamente.

¿Vienes de mal humor? lo interpeló dándose aire con un abanico de palma—. ¿Has ido a la playa y has visto irse otro barco francés? Yo que tú no iría más. ¿Qué urgencia sientes de sufrir? Olvida a la Francia como ella nos ha olvidado.

Iba y venía sin prisa, disponiendo la mesa, can-

turreando. El doctor la observaba. Tenía cinco años de vivir con ella, y ni un solo momento había dejado de verla repugnante. Lulú había rodado de puerto en puerto; envejecía cuando la encontró Claret, y se unió a él poniendo sus economías en la bolsa común; no por eso había dejado sus negocios; tenía parte en el contrabando de drogas, y concertaba citas.

—A cenar, viejo mío — exclamó Lulú sirviendo el café.

Claret la rechazó con dureza. Sentía asco de ir a sentarse frente a ella, y prefirió quedarse en el sillón, donde consumió los cigarros. En la pared veía de nuevo aparecérselle la señora La Tour, y a los cálices blancos erguirse en los canales turbios.

—¡Nenúfares! — dijo, extendiendo el brazo como si fuera a acariciarlos.

Se perdió en sus recuerdos, desatendiendo a Lulú. Ella hacía solitarios, tomaba sorbitos de aguardiente, y encendía cigarrillos; de vez en cuando dejaba las cartas y acechaba la calle, a cuyo término silbaban las locomotoras. Se oía el mugido de los remolcadores, y el ruido de las paletas golpeando el agua; en las aceras los chiquillos perseguían a las luciérnagas, y las niñas alborotaban en ronda. Después la ciudad comenzó a dormir; se percibió entonces el susurro del río, que descendía balanceando a las filas de barcas.

Lulú empezaba a cabecear, cuando oyó que llamaban en la puerta. Tuvo un sobresalto. ¿La policía? Se repuso, fue a abrir, y encontró a tres marineros que buscaban al doctor. Como Lulú vacilara en franquear

arles la entrada, ellos la empujaron y se metieron a la sala.

—¿El doctor? — preguntaron, señalando a Claret, que los veía lleno de cólera—. ¡Pronto, señor! Cure usted a Jules.

El tercero de ellos era un mozalbete que temblaba sosteniendo sobre su brazo derecho un gran pañuelo rojo. Había reñido en el barrio alegre, y se había ganado una puñalada.

—Jules tiene que embarcarse mañana — explicaron muy aprisa—, y no conviene que se sepa que está herido. ¿El doctor puede curarlo?

Claret se levantó con rabia.

—¿Franceses? ¿Eh? ¿Franceses? ¡Fuera!

Ellos lo miraron llenos de estupor.

—¿Qué diablos? — exclamó el mayor de los tres— ¿No quiere a los franceses?

—El doctor es de Francia — intervino Lulú con apresuramiento—. Yo también soy de allá. Los franceses nos han hecho sufrir mucho. ¡Oh! mucho, mi pequeño. ¿Traes dinero para pagar la curación, hermoso mío?

—Traigo. Ea, doctor: a curar al muchacho. Claret lo miró con odio.

—He dicho ¡fuera! — repitió. Abrió la puerta y señaló la calle—. ¡Fuera!

Ellos le hubieran pegado; apretaban ya los puños, y juraban. El doctor volvió a gritar:

—¡Fuera!

—La mala víbora. . . —dijo el marino—. Vámonos, Jules.

El muchacho iba a obedecerle, cuando se desmayó; su chaqueta se manchó de sangre.

—¡Se muere! —gritó Lulú—. Llévenselo, que nos va a comprometer.

Claret estaba petrificado. El muchacho iba a morir, y moriría ante él, ante el doctor Emile Claret, el antiguo interno del Hotel Dieu, que ahora se negaba a moverse para salvarlo. ¿Qué hubieran dicho, unos años antes, en la Rochela? ¿Qué hubieran pensado de aquel Claret, si hubiese echado de su casa a un grumetillo ensangrentado? ¡Se moría! ¿Iba a dejarlo así? ¿Todo se había perdido en el amigo de Lulú de Marsella?

Se abalanzó al grupo, tomó en brazos a Jules, y lo trasladó a la alcoba. Allí lo examinó.

—¡Oh! el muñeco —dijo corriendo a buscar su maletín—. ¡El pobre muchacho! ¡Si apenas tiene algo! ¡El pequeño francés! Yo lo curaré aprisa, muy aprisa. Desinfección, y un buen vendaje: eso es todo.

Se agitaba, azorando a Lulú, que lo veía desconocido. Sudaba purificando las pinzas, preparando el apósito, limpiando la herida; para estar más a gusto se arrancó la americana, y como a su camisa le faltaban botones, quedó visible el pecho velludo y tatuado.

—¡Oh! el alegre Jules —apostrofó al muchacho, que había vuelto en sí—. ¿Te has asustado de tu propia sangre? ¡Qué vergüenza para un lobo de mar!

El muchacho y sus compañeros se reían a carcaja-

das. Lulú los imitó, y hasta entregó su pañoleta para formar el cabestrillo.

— Listo — anunció Claret, enjugándose la frente.

— Paga, Marcelo — dijo Jules abandonando la cama.

Marcelo le dio unos billetes a Lulú, y tendió su mano al doctor. Pero cuando Claret se la iba a estrechar, la retiró con presteza.

— ¿Qué es eso? — preguntó, abriendo bien la camisa del doctor, y señalando un tatuaje. Luego, escupió —: ¡Cayenal Con razón no te gusta curar franceses. ¡Cochinol!

Empujó a Jules para que no diera las gracias, y los tres salieron de la casa. Lulú contaba el dinero. Claret permaneció largo rato en pie.

— ¡Son generosos! — exclamó Lulú —: Han pagado hasta el pañolón—. Advirtiendo el silencio del doctor, añadió: — ¿Qué tienes ahora? ¿Es por lo que te dijo el marino? ¡Pero si pagaron, mi bravo!

Claret la calló con un gesto, y se aplanó en una silla. Las palabras de Marcelo lo habían vuelto a arrojar al abismo. ¡Cayenal!

— Sí, Cayena — se dijo, poniendo la cabeza entre las manos —. Cayena...

En el hule de la mesa tornó a aparecérselle la casita de la Rochela. La placa dorada que lo anunciaba en la puerta, atrajo un día a la señora La Tour, esposa de un castellano del contorno. Así empezó la amistad entre Aurora y Claret. Él, hijo de la *Grande Brière*, se sentía deslumbrado por aquella mujer llena de elegancia.

cias; y ella . . . ella quería lo que quería, y lo consiguió. De su amigo el doctor, hubiera podido obtenerlo todo; si se lo hubiese pedido, Claret mismo le hubiera dado el veneno al marido.

¿Dónde estaba hoy la señora La Tour? ¿En qué presidio esperaba la muerte limpiando los suelos? Su amigo del corazón, el amante predilecto, el que en la tisana había puesto los polvos entregados por Claret, fue a la guillotina. Y Claret. . . ¡qué emoción en la Rochela! El cielo se había desplomado cuando el doctor subió el barco. ¡A Cayena! El navío se apartaba de los muelles. ¡A Cayena! La costa palidecía; aquella tierra que se hacía pequeña, era la de Francia; allá quedaban los nenúfares, las persianas verdes, el honor, la fama, la vida.

¡No volvería! Cayena es eterna. Es un pulpo que no suelta a sus víctimas, que las succiona, que las marca, que las hace eso: los hombres de Cayena. Claret era de ellos. ¿De qué le servía, luego de sufrir años enteros entre la bazofia de sus camaradas, él mismo haciéndose bazofia, haber escapado mar adentro? El océano sin velas, el sol ecuatorial, el hambre, la sed, el terror, y después de todo eso, luego de Curacao, donde se les despedía con amenazas, la vida errante. Lustros huyendo de sí mismo, trabajando de merolico en los pueblos sin médico, ¡él que había poseído un título de la Facultad de París! Alcohol y vergüenza. . . Por fin, el país del que su abuelo, soldado de Bazaine, le dijera historia, *le Mexique merveilleux*. Por cierto que entre las maravillas que se encontró, estuvo Lulú de Mar-

sella. Lulú que lo hacía curar contrabandistas, celadores vendidos, muchachas locas de su cuerpo. Y marineros como Marcelo, que a la hora de darle la mano, gritaban: ¡Cochino!

Claret era el que gritaba ahora:

— ¡Dame el aguardiente!

Lulú le acercó la botella. Bebiendo, Claret daba puñadas en la mesa. ¡Sí, marinos como Marcelo, que escupían al ver los tatuajes! ¡Como Jules, que ni daba las gracias! La ignominia acechaba por todas partes al hombre de Cayena.

Bebía con furor, deseoso de golpear, tiritando de vergüenza. Se injurió recordando la emoción que le producían los barcos franceses. ¡Ojalá se hundieran todos! Con la tripulación entera, con la Francia misma.

Después se aplacó un poco, y apuró en silencio los vasitos de alcohol. Quería embrutecerse. Ya la mirada se le enturbiaba, cuando alguien, en la puerta, llamó tímidamente. El doctor fue el que abrió. Era Jules.

— Buenas noches — dijo el muchacho, observando con recelo en su derredor. Estrujaba la gorra y procuraba sonreír.

— ¿Qué buscas tú? — lo increpó Claret —. Lárgate.

Venía a darles las gracias — repuso Jules —. Le estoy agradecido, doctor.

Y le tendió la mano libre. Claret lo miró con sorna.

— Bueno — le dijo —. Has venido a dar las gracias. Ya las diste. Lárgate.

Pero el marinero no se iba. Como viera que Claret hacía a cerrar, se lo impidió y le habló muy aprisa:

—Un momento, señor, Quiero preguntarle. . .

Dudaba. Claret se impacientó.

—¿Qué? —le gritó, y Jules recobró el habla:

—Usted no puede regresar a Francia?

Claret le acercó un puño a la cara.

—Vete, pequeño perro. ¿Vienes a burlarte de mí? ¿No sabes que a los hombres de Cayena nos está prohibida la entrada a tu país? ¡El canallita!

Jules había dado un paso atrás. Vaciló un segundo. Luego, adelantando la mano, le entregó al doctor una bolsita de seda blanca.

—Tierra de Francia —dijo.

Se marchó rápidamente, Claret quedó solo: le parecía haber recibido un golpe de martillo.

Cuando pudo moverse, cerró la hoja y volvió a su asiento. Sentía en el cerebro una tempestad. Dejando la bolsita sobre la mesa, la vio fascinado, sin osar a tocarla. Le asestaban puñetazos en el pecho.

Después, con dulzura, aflojó los cordones del cierre. La bolsa quedó abierta; unos granos de tierra rodaron sobre el tapete de hule.

Claret se ahogaba. Manoteaba en el espacio, donde veía de nuevo los marjales de *La Grande Brière*. Luego venían las paredes blancas, las persianas verdes; torres y campiñas, viejas calles estrechadas, voces, rostros; todo surgía y danzaba en redondo de Claret. Se levantó con estrépito, derribando la silla.

—¡Emile! —gritó Lulú.

El no la oía, y precipitándose a la puerta, dejó la casa. Corría torpemente, hundiéndose en los hoyancos, tropezando en los rieles; cayó, pero volvió a levantarse, y prosiguió su fuga. Iba al fondo de la calle, al río que sonaba lamiendo los pilotes, meciendo los lampazos que las linternas rojas de unos lanchones ponían en su corriente.

— ¡Emile! — lo llamaba Lulú —. ¡Emile!

Después cerró bruscamente, y se dijo con espanto:

— Va a tirarse al agua.

Poniéndose las manos en las orejas, se apartó de la puerta. Ya no tenía más sueño.

— Se ha vuelto loco — murmuró, levantando la silla que había tirado Claret, y sentándose en ella —. ¡Los hombres! . . .

Los hombres son raros, y Lulú guardaba razones para verlos con desconfianza. Precisamente ella había tenido que aparecer en los diarios, porque uno de sus amigos de juventud, el más flemático de los ingleses, quiso saber cómo se ahogaban las mujeres, y la arrojó por la borda del vapor. Todos son lunáticos. El más cuerdo, como Claret, por haber visto un poco de tierra, galopaba hacia el río.

— Locos . . . suspiró Lulú, jugando con la bolsa de Jules.

La acabó de vaciar, y miró con curiosidad el montoncito de terrones; una hojita seca venía entre ellos. Lulú la tomó.

Recordó de repente lo que siempre había querido olvidar. De pequeña, su padre la había llevado de pa-

seo; Lulú no sabía a dónde, pero volvía a ver los bosques espesos, los caminos ondulantes; caminando, pisaban hojas amarillentas, grandes espátulas que crujían; ella se había entusiasmado y había corrido aplastándolas, reuniéndolas en montañas para luego hundirlas con su paso. Su padre se carcajeaba, y tomándola en brazos, exclamaba: ¡Niña mía!

Ahora era Lulú la que lloraba. Tenía un dolor agudo, una angustia lacerante. Por primera vez en su vida. Lulú de Marsella se dijo que había cosas peores que la muerte.

UN FANTASMA. Y OTROS CUENTOS.
(Fragmento)

EL BUSTO DEL JEFE SUPREMO

Cuando el escultor entregó su obra, el Jefe Supremo fingió hallarse complacido. En realidad, el busto, en mármol, le fue desagradable.

— Ese picapedrero me dio aspecto de viejo y hasta de muy viejo — meditó —. Ignora que un Jefe Supremo está obligado a mostrarse cada día más augustamente joven, so pena de que se le alborote la caballada.

Hubo de ocultar su desagrado, porque los críticos se mostraron unánimes en sus elogios; unanimidad que a los diputados, a los senadores, a los ministros que formaban el círculo íntimo, aconsejó extasiarse ante el busto, colocado provisionalmente en el fumador de la mansión. Afirmaron los políticos que la enérgica fisonomía del Jefe, del terror del clero y de la reacción había sido admirablemente reproducida en la piedra. El general Hernández, vencedor en Sombrerete, aseguró que si el busto hubiese tenido color, él lo habría saludado, tomándolo por el original. El general Martínez, vencedor en Bacatete, afirmó que al busto

nada más le faltaba hablar. El ingeniero Insula, ministro de agricultura, permaneció diez minutos mudo frente al mármol y al recobrar el habla confesó, con lujo de tecnicismos, que el busto parecía salido del cincel de Carpeaux, aunque por su elan — y al no explicar el significado de la palabra, arrojó en tinieblas el círculo íntimo— se le hubiera creído obra de Bourdelle. Al punto el gobernador provisional de Guerrero, coronel bajito, huesudo, con dedo y medio de frente, manifestó:

— El suscrito que habla, no está de acuerdo con la conceptuosa afirmación de que el busto lo hicieron en un burdel. En cambio, dejando a un lado falsas modestias, opina que nuestro glorioso Jefe está de cuerpo entero en ese busto.

Sabía el Jefe Supremo cuán rápidamente se vuelven clásicas ciertas frases y se resistió a figurar en los anecdotarios al lado de Chenchá. Por cierto que no tenía por qué mostrarse amable con aquel gobernador, al que podía arrumbar cuando se le antojara.

— ¡Ah! cómo es usted inteligente — rugió—. Con razón en Guerrero le dicen “El Burro Maravilloso”. Sólo a un burro se le ocurriría que puedo estar de cuerpo entero en un busto.

Resolvió deshacerse diplomáticamente de la obra de arte. Hubiera sido tontería obsequiársela a un político, porque el agraciado habría corrido a instalarla en un pedestal frente al que se declamaría sin parar. Hurgó entre sus admiradores de categoría menor y hasta ínfima, en la morralla de oficiosos, de novatos,

de sonreidores y en esta cáfila que echaba raíces junto a la reja del parque, descubrió al hombre necesario.

El seleccionado se llamaba Tito Livio Sánchez; era un muchacho güerejo, poeta, orador, enamorado eterno, violinista que tocaba de oído, exaltado partidario del Jefe Supremo, al que había dedicado versos aparecidos en "La Sombra de Eufemio Zapata" y en el "Ariel Agrícola y Proletario". Ambicionaba un empleo en cualquier parte y estaba decidido a publicar, dedicándolo al Jefe, un libro que se titularía "Estro Libertario".

Se emocionó hasta desfallecer cuando uno de los ayudantes del Jefe lo llamó, lo hizo entrar en el parque, luego en la mansión y por último en el fumador, donde el Jefe se le apareció nimbado por el círculo íntimo. El Gran Hombre lo recibió con afecto y explicó a sus amigos que el joven Sánchez era brillante promesa en los campos del arte revolucionario.

La joven promesa enrojeció, tartamudeó. El Jefe lo invitó a recitar sus versos. Tito Livio, estremecido, declamó sonetos, poemas y un "Himno al Jefe Supremo", que el homenajeadó escuchó atentamente y que el círculo íntimo escuchó más atentamente aún.

—No sólo es buen poeta —dictaminó el Jefe, con acento conmovido—: hasta es gran poeta. Nunca me habían dedicado versos tan sentidos. Esas estrofas me han entusiasmado y a su autor quiero hacerle un regalo significativo... un obsequio especial...

—¡Ah! ¡Oh! --dijo Tito Livio, mientras el círculo íntimo le atizaba palmadas en la espalda.

El Jefe meditó antes de anunciar:

— Le obsequiaré una obra de arte, estimadísima por mí: ese busto.

— ¡Ah! Jefe. ¡Qué dicha!, mi Jefe.

La envidia convirtió el círculo íntimo en círculo amarillo.

— ¡Cómo es generoso nuestro Jefe Supremo!
— bramaron los vencedores de Bacatete y de Sombrete.

— El Maestro de la Nación me permitirá una osadía — exclamó el Ministro de Agricultura —. Seré franco. Ese muchacho es pobre; el dinero le hará menos áspera la ascensión al Parnaso: le ofrezco veinte mil pesos a cambio del busto.

— Yo le ofrezco veinticinco mil, perdonando mi Jefe el atrevimiento — anunció un senador.

— Yo doy veinticinco mil cinco — intercaló el gobernador provisional de Guerrero.

— Treinta mil — intervino el de Sinaloa.

— Treinta mil cinco — insistió el de Guerrero.

— Déjenle el busto a mi poeta — pidió el Jefe Supremo, ocultando mal su inquietud —. Yo haré que no le falte dinero.

— Perdón, mi Jefe Supremo — rogó el gobernador de San Luis Potosí —. Ese busto lo necesita urgentemente mi estado. De una vez, van cincuenta mil pesos.

— Yucatán sube a los setenta mil — informó cierto caballero macrocefálico.

— Jalisco nunca pierde — anunció otro caballero en cuyos dedos ardían las gemas —. Salen cien mil pe-

sos por el busto del Timonel de la República.

—Ni por cien mil millones —afirmó Tito Livio, radiante.

—Déjenlo —pidió nuevamente el Jefe—. Ese busto es digno de que lo guarde un poeta. ¡Huesos! —le gritó a uno de sus guardaespaldas—, ayuda a ese muchacho a llevarse a su casa esa obra de arte.

Tito Livio dictaminó que su porvenir estaba empedrado de diamantes. Se despidió excitadamente, subió a la camioneta en que había sido depositado el mármol y en veinte minutos se halló en su domicilio, en la calle de San Antonio Tomatlán, segundo patio, interior 23.

La noticia de que el Jefe Supremo estimaba en mucho a Tito Livio Sánchez, atrajo a los conterráneos del poeta, quienes trepidaron al examinar el busto, asentado primero sobre la cómoda e instalado luego en un altarcito fabricado con mesa y cajón, forrado con una cortina de cretona y engalanado con la bandera nacional y con ramos de flores de papel.

—Eso sí que no me gusta —afirmó doña Latona Sánchez, tía del poeta y su compañera de vivienda y de apuros—. En el altar debía estar el Sagrado Corazón y no ese viejo calvo.

—Cállese, tía —se impacientó Tito Livio—. No sea reaccionaria. Mejor póngase a terminar esos sombreros, que ya son los últimos que va a fabricar. Dentro de poco vamos a ser ricos.

Mientras doña Latona se dedicaba a concluir los sombreros femeninos que luego vendía a un comer-

ciante de la calle de Honduras, Tito Livio se hacía retratar junto al ara. Sus paisanos lo abrumaron con invitaciones, seguros de que en poco tiempo llegaría a una gubernatura y quizá hasta a un ministerio. Aunque no volvió a entrar en la casa ni en el parque del Jefe Supremo, conversaba y fumaba con los guardaespaldas del gran hombre, a los que había desorientado la importancia del obsequio hecho al poeta. Desde el interior de sus grandes automóviles, los miembros del círculo íntimo le dirigían amistosas señales.

Estas muestras de favor hicieron que a Tito Livio le pareciera ridícula patraña la noticia de que el Jefe Supremo había sido expulsado del poder y del país. Doña Latona lo pellizó para convencerlo de que no soñaba y de que era realidad la catástrofe padecida por el Timonel de la República. El destronamiento del Maestro de la Nación ocurrió en menos de doce horas. El gran Hombre cayó tan bajo, que ni sus mejores amigos juzgaron necesario fusilarlo.

En su caída arrastró al gobernador provisional de Guerrero, a quien los vencedores echaron de la gubernatura, del estado y del ejército. Tito Livio topó con él, una semana después del gran desastre, en la calle de Belisario Domínguez y lo saludó respetuosamente. El caído mandatario estatal no reconoció al poeta, pero como ya nadie lo saludaba, ni siquiera irrespetuosamente, agradeció la atención y convidó a Tito Livio a entrar a una cantina.

De pie junto a la barra, el autor del inédito "Estro Libertario", que imaginaba pasajero el derrumbe del

Jefe, se enteró de la extensión del infortunio.

— No se haga ilusiones — le aconsejó el guerrerense —. El Jefe está más muerto que los charales que nos dieron de botana. Sus lambiscones de antes ya cambiaron chaqueta y ora andan de alcahuetes del nuevo mandón. Yo soy el único que le sigo fiel al Jefe. ¡Oígalo bien! Soy el único que le sigo fiel al Jefe. ¡Oígalo bien! Soy el único que le sigo fiel al Jefe. Esas mulas que lo traicionaron, no me invitaron a tomar parte en la jugada, me dejaron de a loco y en lugar de mandarles un telegrama de simpatía y de respaldo al triunfador, se lo fui mandando al Jefe. Ya les llegará su hora y conocerán lo sabroso que es equivocarse en la ideología de saber quién va ganando.

Pagó el consumo y en la calle se despidió del poeta, cuyo porvenir se presentó enlutado. Siguió doña Latona fabricando sombreros y Tito Livio Sánchez vendió corbatas en las cantinas, tocó el violín en orquestitas especializadas en amenizar la apertura de carnicerías y se endrogó con el casero y con los abarroteros.

— ¡Si tú gobernaras todavía! — suspiraba frente al busto del Jefe Supremo.

— Lo que te ha pasado es castigo de Dios — le notificó cualquier día doña Latona —. Nunca debiste haber puesto a ese calvo en un altar. Quítalo para que yo ponga allí mis santos.

— ¡Quitar el busto del Jefe! ¡Destronar una obra de arte, por la que me han ofrecido hasta cien mil pesos!

— ¡Cien mil pesos! ¿Pues qué esperas para vender esa piedrota, hijo de mi alma?

Tito Livio se encrespó, sollozó, juró que jamás vendería el busto y en consecuencia al día siguiente se dirigió a entrevistarse con el comprador calificado como el más conveniente. Este comprador había sido gobernador de Jalisco y en la actualidad ocupaba la Secretaría de Comunicaciones. Tito Livio se consoló, en los quince días que duró la antesala, imaginando el placer que al ministro le causaría el hacerse dueño del busto del Jefe.

— Me ofreció cien mil pesos — reflexionó — y a lo mejor hoy me da más, porque es un alma grande y querrá demostrar que su antiguo y vivísimo afecto personal hacia el Jefe, ha sobrevivido a la unión política. O a la desunión. El fue quien inventó para el Jefe el título de Timonel de la República. Es hombre ferviente y sincero; algunas discrepancias relativas a la táctica a emplear contra los curas y los banqueros, pueden haberlo hecho separarse del Jefe, pero jamás podrán matar su ardiente afecto y su magnífico apego al gran hombre al que veneró largos años.

Cuando entró en el despacho ministerial, se inclinó con amistosa sonrisa ante el antiguo miembro del círculo íntimo. El ministro no sonrió y tomó en silencio la fotografía que le alargó Tito Livio.

— ¿Qué significa esto? — exclamó al medio ver la cartulina.

— Es la fotografía de aquel famoso busto del Jefe Supremo, del Timonel de la República, señor mi-

nistro. Usted, señor ministro, seguro que se acuerda de la obra de arte que enfrentito de usted me regaló nuestro Jefe y que usted, señor ministro, me quiso comprar en cien mil pesos. Unicamente la cruel situación en que me encuentro, ha podido obligarme a venir para decirle, señor ministro, que no tengo más remedio que vender el glorioso busto, aunque me consuelo sabiendo que el mármol pasará a las manos de un ferviente admirador del Jefe, es decir, a las manos del señor ministro.

—Tiren al basurero a este espía del gran traidor —gritó el ministro a sus ayudantes, a tiempo que despedazaba la fotografía.

—¡Qué hombre tan impetuoso! —se asomó Tito Livio, cuando se halló fuera del palacio ministerial—. Es aceptable que por cuestiones de forma se encuentre distanciado del Jefe ¡pero es inaceptable que la pasión revolucionaria lo ciegue hasta creer traidor precisamente al Timonel!

Tras recoger en su casa nueva cartulina, visitó al comprador número dos.

—Setenta mil pesos me van a caer al pelo —se dijo al anunciarse en la mansión del estadista que al salir del gobierno de Yucatán se había establecido en México. Al hallarse, luego de protocolario plantón, frente al prócer, Tito Livio se sintió animado por la sonriente expresión del ingente rostro. Mostró la fotografía y habló con desenvoltura. Mostró la fotografía, se declaró resignado al sacrificio que representaba separarse del busto y refirió alegremente la aspereza con que lo

había tratado el ministro de Comunicaciones, al que cegaba ardorosa fe.

— Cegado por la fe o por lo que sea, ese ministro actuó groseramente y su grosería me subleva — tronó el estadista. Llamó a sus guardaespaldas y les ordenó — : Tomen delicadamente por los brazos al caballero aquí presente, condúzcanlo con finura a la puerta de la calle y cuando lo hayan depositado ceremoniosamente en la acera, atícenle algunas corteses patadas en la comarca glútea.

Tito Livio recibió los puntapiés y al distanciarse de la mansión quiso en vano explicarse la actitud del prócer.

— Este yucateco demostró sus convicciones al proponer, hace dos años, que el Jefe Supremo fuera declarado Benemérito de la Patria. Como el Jefe merece que lo proclamen Benemérito de la Humanidad, la proposición reveló en el estadista de Yucatán la existencia de la más revolucionaria sinceridad. Me echó de su casa porque esa misma sinceridad revolucionaria, le vuelve insoportable la vista de los partidarios del ilustre guía al que lamentablemente juzga descarriado. ¿Pero por qué demonches su sinceridad, en vez de producir lumbre, produjo una broma de gusto discutible?

El tercer enamorado del busto había cambiado la gubernatura de San Luis Potosí por la Secretaría de Gobernación. Oyó gravemente a Tito Livio y al final le mostró una faz contraída por la indignación.

— Los deberes que me impone mi elevado cargo y

mis bien conocidos principios radicales, han podido obligarme a escucharlo, a pesar de que su aviesa fisonomía me lo denunció desde lejos como emisario del clero y del miserable tráfuga al que usted osa llamar Jefe. Empero, no pueden obligarme a resistir más tiempo la presencia, en este patriótico recinto, de un tartufo, de un jesuita, de un vil cortesano del Gran Judas. Márchese antes que la más santa de las iras me haga olvidar el respeto que me debo y me autorice a enviarlo a la cárcel en su triple calidad de heraldo del obscurantismo, de elemento de disolución social y de traidor a la patria.

—¡Cuánta obsecación en el error! —se dolió Tito Livio, al marcharse—. La sinceridad revolucionaria de estos políticos, es tan respetable como extravagante.

El entrevistado número cuatro rugió:

—¡Lárguese!

El número cinco, antiguo ministro de Agricultura, aconsejó:

—Después de colgarse del cuello el busto de marras, dígnese arrojarse a la parte más honda del canal del desagüe.

Me rindo —se desoló Tito Livio, al dirigirse a la calle de San Antonio Tomatlán—. Debo ser muy animal, pues no consigo entender por qué un busto que ayer valía cien mil pesos, hoy vale cien mil puntapiés.

En la vivienda se alarmó al advertir desierta el ara.

—¡El busto! —gritó—. ¿Dónde está el busto?

— Préstamelo un ratito, hijito — rogó doña Lato-
na, afanándose junto a la mesa de trabajo.

Tito Livio perdió la respiración: el busto del Jefe Supremo, plantado en medio de la mesa, lucía un sombrero femenino, en fieltro gris adornado con un velo y una pluma.

— ¡Sacrilégio! — clamó Tito Livio.

— Sacrilégio era tener a este pelón en un altar. Además de que era gran bobada estar pasando yo tantos apuros por falta de una forma para sombreros, teniendo tan a la mano el busto de este excomulgado. Mientras lo vendes. . .

Tito Livio suspiró.

— ¿Mientras lo vendo? ¡Pues si no lo quieren ni regalado!

Su tía lo miró jovialmente.

— Hay un comprador. . . No da cien mil pesos, pero da mil, que nos servirán para aplacar al casero y a don Venancio, el de “El puerto de la Coruña”. De pilón me dará una horma de madera, más fácil de manejar que esta peña.

— ¡Mil pesos por una obra de arte! ¡Por el busto del Jefe Supremo!

— Al comprador, que es don Filogonio, el de la pulquería, no le interesan el arte ni el Jefe. Quiere el busto porque dice que es el retrato de su papá don Crisanto, que en gloria esté. Lo va a poner en la pulquería, en una repisa y el bigotito se lo va a pintar de amarillo, porque don Crisanto fumaba mucho y el bigote le amarilleaba.

—Véndele el busto del Jefe Supremo —suspiró Tito Livio—. No debo seguir viéndolo. Ahora sospecho que los grandes admiradores del Jefe Supremo, jamás le tuvieron una brizna del amor que le juraban. En consecuencia, temo que tampoco sean sinceros al titularse paladines de la libertad. Y hay hipocresías que resulta preferible olvidar, porque su recuerdo es lluvia de sal sobre el espíritu.

PIANO DE ESTUDIO

Conocí a Pablo Silva en la pensión de las calles de Ezequiel Montes donde viví dos años. Su figura era la típica del soltero pobre. Delgadísimo, vestido sin elegancia, de ojos ligeramente velados, me fue siempre simpático por su falta de veneno y por una especie de timidez que lo hacía retraerse en las tertulias de sus compañeros de hospedaje.

Nunca hablaba de su pasado, por el que además nadie se interesaba. Al verlo comer, al escuchar su conversación desprovista de rencores y dogmatismos, yo era el único que se preguntaba cuál había sido la vida de aquel solterón, qué sueños y qué desencantos habrían sembrando esa existencia no consumida sino agostada.

Pablo Silva vivía de su mezquino empleo en la Secretaría de Relaciones. Se ayudaba haciendo copas en una maquinita portátil y llenaba con lecturas sus cortísimos y espaciados asuetos. Entré a su cuarto en cierta ocasión en que me fue preciso usar su máquina para rotular una fajilla. Mientras el mismo Silva se encargaba de realizar la mínima faena, examiné el espa-

cio recortado por las cuatro paredes. La cama era angosta, una de esas pobres camas sobre las cuales, en el silencio de las alboradas, los hombres sin familia ven desplegarse dolorosos ensueños.

Una butacona, un velador victoriano, sin duda reliquia familiar; una alfombra de colores desvanecidos, una minúscula librería con los cristales respaldados por cortinillas verdes, viejas fotografías, unas imágenes, creaban y retenían una atmósfera recatada. En un rincón, al pie de la mascarilla de Beethoven, un viejo y averiado piano de estudio se hallaba cubierto por antiguo rebozo de Santa María. El instrumento me llamó la atención, pues yo no había oído decir que Silva fuera afecto a la música, pero nada pregunté. Siempre he respetado el arca cerrada que es cada corazón.

Sin embargo, fuí yo el descubridor del pequeño y conmovedor secreto del piano de estudio. Como preliminar, un amigo me dio algunos datos sobre el pasado de Pablo Silva. Estábamos en el Café París, una tarde muy calurosa, cuando entre el humo de los cigarrillos descubrimos a Silva adelantándose en busca de una mesita vacía. Al pasar contestó al saludo que le hicimos. Fue a sentarse al fondo, bajo la *mezzanine*, donde había alguna penumbra y a Blanquita, la gentil camarera que acudió a servirlo, le pidió un helado. Desentonaba visiblemente; se le veía cohibido, asustado de hallarse en un lugar en donde imaginaba se reunían ilustres artistas y dio marcadas señales de estar en espera de alguien que se retrasaba. Como Roberto y yo no

teníamos nada mejor de qué hablar, enfocamos a Silva. Roberto recordaba haberlo visto mucho.

—Yo era niño— me contó —cuando Silva frecuentaba mi casa para hacer en máquina algunos escritos de mi padre. Mis tías lo invitaban a cenar con frecuencia y por ellas supe las pobrezaas en que él vivía. Siempre fue tímido. Sostenía a su madre, enferma; a su padre, capitán del antiguo ejército federal, inválido cuya pensión no se pagaba desde 1914. Hacía pequeñas comisiones, pequeños trueques, pequeñas ventas. Mi padre le consiguió un empleo en Relaciones. Yo estaba habituado a verlo llegar a nuestra casa, en las calles de Rosas Moreno. Se encerraba en el despacho, pero se asomaba algunas veces para verme recibir las clases de piano.

Silva tenía para la música el profundo amor que le profesan las almas doloridas y soñadoras. Como me oyera, un atardecer, rebelarme contra las teclas y contra las partituras, me lo reprochó con suavidad. Casi no fue reproche de tan suave.

—No se enoje —me pidió—. ¡Dichoso usted que puede estudiar piano! La música descubre el sentido de las cosas y hace reales los sueños. Cuando usted sea hombre, cuando sufra, se pondrá al teclado y verá nuestro sombrío mundo desvanecerse, y creará en su lugar un mundo de refulgente belleza.

—Nunca lo había oído hablar así —continuó Roberto— y lo quise desde ese día. Le pregunté si él tocaba el piano y ví misteriosa llama reflejarse en su rostro. Me contestó que su pobreza y lo limitado de su

tiempo le habían impedido estudiar música. Después permaneció inmóvil, fascinado por los marfiles, hasta que reaccionando bruscamente se apartó para refugiarse en el despacho. Algún tiempo después nos marchamos a Nueva Orleans y allá supimos que habían muerto los padres de Silva. Mis tías le escribieron y yo puse en la carta una postdata. Siempre he querido a ese pobre hombre y sólo el miedo a estar incómodo en el café, es decir, en el sitio donde se realiza la perfección del vivir, me impidió hace un minuto invitarlo a sentarse a nuestra mesa.

—Silva habrá aprendido después a tocar el piano —dije. He visto en su pieza uno de estudio.

—No creo que sepa más de música hoy de lo que sabía cuando nos visitaba en la calle de Rosas Moreno —replicó Roberto. —Por lo que sé, ha vivido siempre en apuros económicos y no ha dispuesto del tiempo y del dinero necesarios para tal estudio. Lo esclaviza otro teclado, el de la máquina de escribir.

Algunos meses después de mi conversación con Roberto, descubrí el secreto del piano de estudio. Fue en septiembre y precisamente el día dieciséis, por la tarde. Mis compañeros de pensión aprovechando el descanso que les otorgaban las fiestas patrias, se habían marchado unos a Cuernavaca, otros al cine y sólo quedamos en la casa, aparte de la cocinera, vieja, sorda y soñolienta, Pablo Silva y yo que me disponía a salir en busca de una amiga.

Tomé mi sombrero, bajé la escalera y me despedí de Silva, que leía en el vestíbulo. Salí. Pero sucedió

que antes de alejarme definitivamente de la casa, yo debía hablar por teléfono y como el nuestro había dejado de funcionar esa mañana, hube de buscarlo en la calle. Lo encontré, hablé con mi amiga, me enteré de que no podría acompañarme sino hasta que se le pasara no sé qué neuralgia y me hallé ocioso y fastidiado para toda la tarde. No me decidí a ir a ningún lado, solo con mi alma, en tal día en que la multitud enfiestada colmaba todos los sitios y preferí regresar a la pensión.

Abrí con mi llave. Silva ya no estaba en el vestíbulo. Me acomodé en un sillón y reflexioné en lo que debía hacer para no fastidiarme demasiado. La pensión guardaba el abrumador silencio que por lo común es patrimonio de los domingos; el sol se eternizaba en los balcones. Bostecé y decidí volver a mi habitación en demanda de un libro.

Subí la escalera con tanta lentitud, que mis pasos no produjeron ruido: escuché un rumor extraño, como si alguien hubiera estado dando rápidos golpecitos en una pieza de terciopelo. Me detuve en el rellano, movido por esa imbécil curiosidad que nace del ocio infecundo, real holganza y me convencí de que el ruido se producía en el corredor alto.

Desde el descanso ví entornada la puerta del cuarto de Silva. De allí venían los golpecitos. Al llegar al último peldaño me detuve, sorprendido, viendo por el vano de la puerta y reflejado en un espejo, a Pablo Silva, que tocaba en el piano de estudio.

Es seguro que al suponerse solo en la casa no quiso

cerrar su cuarto, cuyo balcón también dejó abierto, para no resentir el calor veraniego. Me daba la espalda. Inclina un momento la cabeza y seguía a sus dedos en la agitación sobre las teclas mudas. Después, como si del piano sin voces se hubiesen elevado gritos de pasión, erguía el raquíptico busto, prolongaba el cuello descarnado y miraba hacia lo alto, en la tensión de quien percibe aéreas voces. Me sentí lleno de piedad. Comprendí.

Comprendí la pequeña tragedia de aquella alma insatisfecha, comprimida, encadenada; del hombre rechazado por el mundo, del espíritu que en la música hubiera encontrado alas y espacio, y que incapaz ya para vertebrar en un plano sonoro las íntimas visiones, las hacía brotar de un maltratado piano de estudio, adquirido a escaso costo.

Tocaba para sí, en sí. El universo se borraba para él y él creaba un intacto universo: paisajes y figuras, ritmos, bálsamos, caricias. ¿Qué bosques mágicos, mecían para él sus frondajes? ¿Qué profundo amor brotaba en la tarde para el hombre desdeñado? ¿Qué seres tiernos sonreían en el viento al solterón aislado? Solitario en su alcoba, prisionero y olvidado, con sólo abrir su piano silencioso encontraba el mar y la montaña, la libertad y la leyenda, la familia y el amor.

Regresé calladamente a la sala, tomé mi sombrero y me fuí a la calle. Una piedad violenta me abrasaba el corazón. Esa noche compré dos ramos de orquídeas y dí uno a mi amiga.

—Y el otro ramo — me preguntó Raquel, hacién-

dome el honor de unos fingidos celos— ¿para quién es?

—Para el más grande pianista que he escuchado en mi vida —le dije al tiempo que la besaba en el cuello. Sin ser visto arrojaré las flores a su balcón; él creerá en un error y jamás sabrá que con su música abrió en un espíritu la fuente de una emoción vital.

LA GLORIA PASO CERCA

Cierro los ojos y vuelvo a verme niño de siete años más desterrado que radicado en San Luis Potosí. La nobilísima ciudad no me fue grata cuando en el lluvioso final del verano de 1916, cambié por sus canteras mis cañas huastecas. Lo añoré todo: la alimentación y los bosques, los caballos, los ríos, la anchurosa existencia.

En los primeros meses de 1918, viví en la calle de Vallejo. El llamado a la primera misa, en San Francisco, al despedazar mi sueño me ordenaba prepararme a salir hacia el colegio de mistress Coleman y renovaba la sensación de hallarme en tierra que no era la mía —pero que pausadamente me tornó tan suyo, que hoy busca pasar a mis escritos la exquisita frialdad del jardín del Santuario.

Con el gusto de la lectura comenzó a dominarme la alegría de andar. Después de leer a hurtadillas y sin entenderlos, Nuestra Señora de París y La Casa de las Bugambilias, resultaba delicioso explorar comarcas tan lejanas como Tequisquiapan o como la Privada de María de la Luz. En una de estas exploraciones me enteré de que la gloria se aprestaba a besar mi frente.

Ocurrió que entre los huéspedes que la necesidad nos forzó a recibir en la casa, se contó un hombre que llevaba doble y estupenda vida. Debo callar su apellido, pero puedo confesar que se llamaba Remigio, aunque su afrancesamiento lo conminaba a quedarse en Remí. De veinticinco años, delgado y largo, el señor Remí gozaba de un empleo en el cine O'Farrill; superponía de este modo a su calidad visible, tangible, de alojado en mi casa, una segunda y maravillosa: era el portero del mundo de los sueños.

Sonreía con benevolencia al permitirme entrar gratis al cine, desde cuya galería yo dominaba incomparables aventuras. Las blondas heroínas, los buques náufragos, los subterráneos atestados de bandidos, todos los personajes y todos los sucesos que se deslizaban en la pantalla, me parecían misteriosamente relacionados con el señor Remí, cuya felicidad supuse inaudita.

Pude asombrarme cuando descubrí que a él también lo visitaban las penas. La verdad es que al abandonar 8 años antes su pueblo natal, mi amigo soñaba con obtener la gloria literaria. En San Luis, donde selló firme amistad con la miseria, no llegó a mostrar ni a publicar una línea. Tornóse melancólico y empezó a hablar, con calculadas reticencias, de una obra profunda escrita calmosamente.

Entre los estudiantes aposentados en mi casa, el Sr. Remí adquirió aureola de genio desconocido. Desearon enterarse de alguna de sus páginas y necesitó de toda su modestia para resistir a las instancias. Hasta

que una noche, en un arranque originado por suficientes copas, prometió leer en el Teatro de la Paz, en la velada que organizaban los alumnos del Instituto, algunos pequeños cuentos.

Le tomaron la palabra y en los programas apareció el nombre de mi amigo, cuyo prestigio acabó por deslumbrarme. Cuando cinco días antes de la fiesta lo hallé en la Alameda, junto al lago de la pajarera, me lisonjeó con invitarme a tomar asiento en una banca de hierro. Y me asombró luego, al suspirar frente a las turbias aguas.

Así como a pocos metros un tigre languidecía en estrecha jaula, un águila se amustiaba en la pajarera. El señor Remí, al concluir de suspirar, se expresó melancólicamente.

— Me siento como esa águila caudal: desterrado y prisionero.

Juzgué maravilloso que un hombre se sintiera como un águila. El señor Remí aceptó bondadosamente mi administración y al dejarse llevar por el deseo de encontrar alivio, me descubrió sus pesares.

— He prometido dar lectura en el teatro a pequeños cuentos— se dignó explicarme. — Pero la inspiración me ha traicionado—. Mira — agregó mostrándome un cuaderno con pastas de cartón. — Seleccioné para los cuentos títulos exquisitos, pero no me ha sido otorgado encontrar los temas correspondientes.

Me indicó una frase escrita con hermosas góticas, en lo alto de la primera página: "El Águila Cautiva".

— Permití que la vanidad y el vino me transporta-

ran a temeraria confianza— continuó el señor Remí, con angustia patente. —Olvidé que la inspiración jamás ha querido aceptar mis homenajes y que en años anteriores he debido trasladar mis penates del verso a la prosa. Imagino admirable hablar de un águila cautiva, pero no consigo representarme las ideas de las águilas prisioneras. Ni de las que están en libertad. Habré de resignarme a que se descubra y se haga público el que jamás he conseguido escribir un trozo presentable. No pisaré el foro del teatro, me cubriré de ridículo y la gloria se alejará de mi lado como esa águila se alejaría de la jaula si una mano piadosa destruyera la puertecita.

El entusiasmo me hizo exclamar:

—El águila se iría a la Huasteca a comer zacahuil.

—Las águilas no comen zacahuil— me instruyó el señor Remí.

—¡Serán idiotas!

El señor Remí pensativo.

—¿Y qué más haría el águila?— me preguntó.

La época era revuelta: mis recuerdos fulguraron.

—Encontrará quemada su casa— contesté. Y... y le dirían que a su prima Teresa se la llevaron los villistas, y a su prima Lupe se la llevaron los carrancistas y a su prima Otilia el Tuerto Zacarías. y le daría mucho pesar.

—¡Eureka!— exclamó el señor Remí anotando —el nido desmantelado, los aguiluchos vendidos en el

zoco, la desolación, la soledad. El águila muere desesperada. ¡Pues ya está el primer cuento!

Yo no respiraba. El señor Remí puso en mis ojos los suyos tímidos.

—¿Qué te parece el segundo título? me preguntó.
—Oyelo: “La Pianista Tísica” —.

—¿Una pianista? ¿Como la señorita Estela?

—¿Quién es la señorita Estela?

—Mi profesora. Llegó hace poco de México y levanta mucho las manos cuando toca el piano. Yo estaba antier dibujando claves de sol en mi cuaderno de música, cuando oí que la señorita le decía a su mamá: —Si me sigue usted jeringando con eso de que no sé quien es el padre de mi hijo, me largaré de la casa; cabalmente me han ofrecido en el cine el empleo de pianista, porque va a renunciar la chancleta que está asesinando a Chopin.

—¡Y ya está el segundo cuento! — gritó el señor Remí, escribiendo febrilmente: —Una artista seducida. Una madre cruel. Miseria. Tisis. . . Suicidio.

Sus ojos resplandecieron.

—Muchachito mensajero de las Musas— me dijo, palmoteándome en el hombro. Me miró cautelosamente. —Fíjate en este otro título: “El Jardín Misterioso” —.

—Será el que está en la calle de Arista, atrás de la casa de Toño— insinué, emocionado.

—¿Cómo es?— preguntó el señor Remí, bajando mucho la voz.

Yo la bajé todavía más.

— Fuí a jugar con Toño y subimos a la azotea para ver la conejera. En la casa de atrás hay un jardincito; oímos ruido y nos fuimos a asomar. Ya era casi de noche y no vimos nada porque en el jardín hay tamaña higuera, pero una señora nos echó desde abajo una jícara con agua y se puso a gritar: — ¡Tan chiquitos y ya les gusta ver bañarse a las mujeres!

— ¡Soberbio! — exclamó el señor Remí, escribiendo: — Crepúsculo de nácar y malva. Niños en la tapia marmórea. Entre los mirtos surge una angelical mujer desnuda: “Ved mi cuerpo armonioso. Adorad desde la infancia la divina desnudez”.

El señor Remí dejó la banca de hierro. Yo le seguí.

— ¡Tres románticos cuentos! — anunció, dando zancadas bajo los ramajes que crujían al rozarlos el soplo invernal. — La gloria se aproxima. Recibiré los vítores, las coronas de laurel, los elogios retumbantes.

Se detuvo para acariciar mi pelo.

— No seré ingrato con mi pequeño colaborador. Niño mío: en plena velada pronunciaré tu nombre y proclamaré la ayuda que me has dado. La gloria besará tu frente. Pero debo hacerte un encargo: callar mis confidencias. El mundo deberá ignorar eternamente, que por extraña casualidad, durante un minuto las imágenes se querellaron con mi pluma.

Prometí ser discreto. Gocé al representarme las ovaciones que me serían dirigidas y el asombro de mi familia cuando me viera besado por la gloria. En los

días siguientes cambié sonrisas cómplices con el señor Remí, cuya gallardía estaba mudada en arrogancia.

Con mis hermanos asistí a la velada. Mientras en el escenario se sucedían los discursos, los versos, las arias, contemplé orgullosamente al público que en breve habría de envidiarme. Aguardé con impaciencia que aumentó al aparecer, de frac, papeles en ristre, el afamado literato señor Remí.

Lo acogió una salva de aplausos, modestamente recibida. Leyó adoptando estudiadas posturas y su voz, hoy lo comprendo, realizó el milagro que no hubiera conseguido efectuar su prosa. "El Aguila Cautiva" desencadenó una ovación y comencé a sonrojarme al pensar en que el genio iba a pronunciar mi nombre.

Me sorprendió un tanto ver al señor Remí emprenderla con "La Pianista Tísica", pero sospeché que mi ilustre amigo, deseoso de acercarme con más pompa los labios de la gloria, esperaba concluir el relato de los infortunios de la señorita Estela, para indicarme a la atención general.

Y el señor Remí acabó con la pianista, recogió nuevos aplausos y se introdujo en "El Jardín Misterioso".

— Ahora sí— me dije, trémulo.

Me aturdió el ruido de mi corazón. El señor Remí leía melodiosamente. ¡Maravilloso amigo! Se inclinaría para señalar en la luneta al niño de cuello marinero, de medias de popotillo, al que así presentaría:

— He allí a mi colaborador. Sírvanse hacerse a un lado para que la gloria se pueda acercar a darle un beso.

El señor Remí terminó de leer. Cayó un torrente de aplausos. El señor Remí se inclinaba, levantaba los brazos, rojo, sonriente, transportado. . . y mudo. Perfectamente mudo. Completísimamente mudo.

Quise llorar. La gloria se alejaba de mí. Con desconsuelo miré toda la sala y me dije que el señor Remí era un ingrato y que yo haría bien poniéndome a gritar la verdad.

Esa noche consumé la primera de las cobardes transacciones que los hombres concluimos a costa del espíritu: callé para no disgustar al señor Remí, cuya enemistad podía hacerme inaccesible la galería del O'Farrill. Ni siquiera en privado me quejé con el triunfador, al que dos meses después perdí de vista. Con mi familia me trasladé a Tampico y olvidé por largo tiempo el desengaño sufrido en el Teatro de la Paz.

Aunque hoy, en mi madurez, al recordar la velada, siento un dolor extraño. Me gustaría encontrarme con el señor Remí. ¿Dónde está y qué hace el ladrón de mis aplausos? ¿Habría olvidado la noche en que apartó de los rizos de un niño el beso de la gloria, para mostrarle, en cambio el insondable abismo de la vileza humana?

EL ULTIMO SOL

Regresó lentamente a la ciudad, cuyos terrados se amontonaban tras las frondas de La Tenería. El verano agonizante empurpuraba la planicie; la arboleda que rodeaba al Santuario empezaba a clarear y quedaban visibles los altos muros sobre los que pasaban los tordos. En la fundición las chimeneas humeaban entre los taludes. La tarde se desvanecía; el aire, bajando de la cordillera, llevaba olor de pinos.

Leonardo Rocas se detuvo al oír las campanas que anunciaban el rosario. Ya en la mañana, al despertar en el hotel, se había emocionado al escuchar los bronces y había visto al pasado armarse de todas sus piezas y sostenerse en el espacio como una columna de polvo en baile con el viento. El atardecer daba a las campanas mayor nostalgia. Leonardo, reconociendo la grave llamada de San Juan de Dios, el bajo de San Agustín, el son agudo de La Compañía, evocó su infancia, cuando su inclinación poética no era sino tristeza; y su juventud, la primera, herida por el anhelo de lanzar íntimas voces.

Cuarenta años de ausencia lo hicieron un extraño

en su ciudad y temió, al regresar, encontrarla nueva y lejana, desligada de los años en que la vio señorear los yermos, la fría tierra del altiplano. Siempre la añoró. En el destierro que le impuso el servicio diplomático, el recuerdo de sus calles angostas, de sus huertos callados, de la alameda rumorosa y desierta; de su aire helado por el fin del día, de su misa de once, de su silencio cortado por el pregón del aguamiel, lo siguió y se deslizó en sus versos.

— Tú me ignoras — le dijo a la pequeña capital, cuyas cúpulas surgían entre las pinceladas de verdura. No conoces al poeta que no supo ganarse los aplausos. Expresé mis deseos y mis congojas en versos satinados, nocturnos orgullosos; aborrecí las arengas, las hipóboles, las imprecaciones, la frase resonante y el grito colérico; tuve asco de entregarme, de ser fácil a la memoria. Fuí lejano y altivo. Y tú, mi ciudad natal, fuiste mi maestra de lejanía y de altivez. No supe presentarme en tus juegos florales, ni cantar tu nombre ni tus torres, tus jardines ni tus mujeres: y sin embargo, en cada verso mío se posó tu sello.

Reanudó su marcha. Las chimeneas seguían humeando entre los taludes. Caía un aguacero de hojas en la calzada por la que pasaban mujeres con el cántaro en la cabeza, perros vagabundos y mendigos ciegos, friolentos y abrumados.

— Las bestias salvajes — meditó Leonardo, acercándose a la Caja del Agua, que elevaba en un arriate sus flancos decorados con aules de piedra — cuando se sienten heridos mortalmente, buscan su viejo cubil. Yo

me siento morir y he vuelto a tí, mi ciudad. La vejez me encuentra ignorado hasta el punto de que mi nombre, en el registro del hotel, no ha provocado la atención. Soy un hombre como tantos otros, un viejo sin parientes y sin hogar, al que nadie espera. No me desconsuela mi soledad. Mis versos fueron lo que quise fueran; dije mi mensaje y no son culpa ni pesar míos que se hayan disipado en el vacío. Y he encontrado estas antiguas piedras, mis campanarios, mis calzadas polvorientas, toda mi ciudad, para en ella concluir un viaje sin destino.

Sintió su amor por la villa crecer cuando se internó en las calles sobre las que segaba infinitos la hoz de la luna. Reconoció la juguetería alemana, con su enseña desdorada en la que un viejo manejaba una cajita de música ante unos niños mofletudos; la Pastelería de París, por toda novedad adornada con una fuente de sodas reflejada por los espejos mustios; la librería de las señoritas Silva, con su escaparate ocupado por novelas de Bourguet; las estamperías, las amarillentas misceláneas, la botica de San Ignacio, entre cuyos bocales fumaba un hombre de bigotes a la Kaiser. Se encendían las luces en las encrucijadas. Rocas vio a lo lejos la plaza del Teatro, barrida por el viento; la fachada del Hospicio, los muros de El Carmen y al fondo la obscura Alameda. En la Plaza de Armas charlaban los estudiantes y los niños corrían en velocípedos; el Palacio de Gobierno lucía sus ventanas iluminadas. Olía a boj, a gorditas de cuajada, a prados húmedos y cuando los fieles abandonaron la Catedral, se esparció el aroma del incienso.

Rocas sintió su felicidad. Aquella vida era tal como la soñó. Al entrar al hotel y luego en su cuarto, se dijo que la muerte ya no le era temible como lo había sido cuando se le presentaba en el destierro. Tenía deseos de besar las viejas piedras. Fumó un cigarrillo en el balcón. Cuando lo acabó, vio bajar de un automóvil a una mujer que al acercarse al medio siglo conservaba los despojos de una magnífica belleza. El cuello alargado, el mentón carnosos, la nariz recta, los ojos amadrigados bajo una frente firme, atraían aún la vista, que finalmente anclaba en el aire de altivez, de incopiable elegancia, que dominaba al conjunto.

Ya ella había entrado al hotel y Rocas seguía pensando en la rareza del destino, que le daba la ocasión de conocer, cuando el último sol iba a brillar sobre su vida a la mujer cuyo renombre lo deslumbró tantos años.

Clara Eugenia era una chiquilla cuando Rocas emprendió sus viajes. El había oído loar la belleza de la rica heredera en que finaba el linaje del fundador de la ciudad. Como Leonardo, Clara Eugenia se alejó de la callada Capital. Educada en París, casada en Madrid con el Conde de Alcira, residió en la corte.

Rocas, bajando a cenar, recordó su admiración por la condesa. Un retrato publicado en una revista, un artículo encomiástico, unas notas de sociedad, le habían permitido representarse a Clara Eugenia, mientras él era enviado a las capitales centroamericanas primero, a Viena y a Berlín más tarde y a Sudamérica después. La condesa era bella, era elegante, era

compatriota y el desterrado la creyó envuelta en dorada almendra. Sólo hasta ahora, próxima ya la muerte, se veía ante Clara Eugenia. Sonrió con fatiga y se dijo que la vejez y su nombre de poeta ignorado, eran obstáculos peores que las antiguas distancias.

El comedor tenía una luz amortiguada. Rocas se había instalado apenas en un ángulo, cuando entró Clara Eugenia. La condesa se dirigió rectamente hacia él, que se levantó disimulando su sorpresa.

—He visto su nombre en la lista de viajeros — explicó Clara Eugenia, tendiéndole una mano sin sortijas— y no he querido perder la ocasión de conocer a mi poeta favorito.

Unos segundos, Rocas quedó paralizado por el asombro. Después se inclinó:

—Señora, en esta ciudad, sólo para usted mi nombre es el de un poeta.

—Lo comprendo — aseguró Clara Eugenia, hundiendo en él su mirada sin nubes. —No es poeta de multitudes; pero quienes lo admiramos, más bien lo adoramos.

El gozó el torrente de irresistible dicha que da la admiración de una mujer hermosa. Volvió a inclinarse. Clara Eugenia aceptó un asiento en la misma mesa y Rocas, junto a ella, luchó para vencer su turbación.

—No creí — dijo mientras ofrecía un cigarrillo— sentir a mis años un placer tan intenso. Disculpe al poeta cuyos dos libros, aparecidos el uno en Guatemala y el otro en Montevideo, han muerto antes que su autor.

Dos libros que jamás se han separado en mí: "Silenciosos en la Umbría" y "La floresta mágica".

—Las palabras de usted despiertan en mi alma ecos que no imaginé existieran. No estoy habituado a saberme comprendido. Creía que mis versos no provocaban sino el tedio.

Clara Eugenia mostró en sus ojos el fulgor de una pasión apenas domada por los años.

—Habría sido el tedio de los admiradores de las frases sonoras —replicó. —Pero no el nuestro, el de quienes hemos oído con delicia la voz, impregnada del misterio de la muerte y de la esencia misma del amor, que ha sido la de usted. Al leer sus dos libros hemos sentido, he sentido, el temblor que inspira la ceremonia de los sitios sagrados. Todo lo que ha habido oculto en mí, ha surgido cuando sus versos liberaban los anhelos inexplorados e iluminaban los caminos perdidos. Recuerdo su poema de “La Floresta Mágica” —agregó, animándose, denunciando su íntima tensión por el temblor de su acento: —Sobre su floresta no se desataba el huracán, sino volaba el suspiro que marca el principio de la tarde. Así, sobre mi alma arrojaban sus versos no la tempestad, sino el aliento que me daba más libre respiración, la serenidad que hace hermoso vivir.

Rocas dejaba arder su cigarrillo y escuchaba aquella voz transida de pasión.

—No se imagina cuánto sentí que como la mayoría de nuestros escritores, prefiriera usted París a la capital española, a la que me encadenaban mi marido y la corte. Usted pasaba sus vacaciones en Francia y cuando yo iba a París, usted se hallaba en camino de otras ciudades.

—Sí debí haber ido a Madrid — confesó Rocas — pero me detuvo la repugnancia instintiva que Vasconcelos llama “el miedo a la orden superior”.

—La condesa apagó el cigarrillo en el cenicero.

—Para conocerlo — dijo lentamente — ha sido preciso que me resolviera a vender los bienes que poseo en México y que para ello viniera a nuestra ciudad natal.

—Y que yo, previendo la muerte, me refugiare en el único sitio en que ella se me aparece amable.

Clara Eugenia estaba pensativa.

—Es curioso — dijo — que la previsión de la muerte haya venido a colocarnos, finalmente, en un *tête-à-tête*.

—La vida, ahora lo veo — dijo Rocas con desencanto — puede merecer de mí el adjetivo de cruel. Yo que he deseado tanto conocer a la condesa de Alcira, soy lo bastante infortunado para finalizar mi deseo sólo cuando la tumba se abre para mí.

Clara Eugenia rió con malicia.

—Deme otro cigarrillo — pidió. Cuando lo tuvo encendido, continuó: —¿Sabe que la única vez que coincidimos en París, usted no quiso conocerme?

La extrañeza enmudeció al poeta.

—Sí, usted en persona, usted mismo, Leonardo Rocas.

—Señora ¿puedo decir que tal afirmación es absurda?

—No es sino una pequeña y tonta historia, una historieta más bien y al mismo tiempo dolorosa herida.

Tan dolorosa que ni los años transcurridos pueden hacerme decir que lo sucedido fue para bien. No soy de las que ven verdes las uvas que no alcanzaron. Usted pudo conocerme y no lo quiso.

—¿Cómo habría podido negarme a conocer a la mujer cuya imagen me acompañó en el destierro?

—Me daría rubor contarle este episodio que merecería el dictado de cursi, si no hubiese desembocado en desilusión. Se efectuó poco después de la publicación de “La Floresta Mágica”. Yo sufría en ese tiempo. Mi marido me engañaba y mi suegra, dama de la reina María Cristina, petrificada en la etiqueta, imponía en mi casa una frialdad abrumadora. Usted se me apareció como un libertador. Sus versos me persiguieron hasta en los salones del palacio real. En esa primavera visité París. Paseaba en automóvil con la señora de Alcántara, la bella peruana que recibía a los escritores en su salón de la avenida Víctor Hugo, cuando oí a mi amiga exclamar con entusiasmo:

“¡Rubén Darío!”

—Me indicó al poeta, que caminaba en la avenida de Las Acacias, en el *Bois*, del brazo de un hombre alto, varonil, de aladares encanecidos, de altiva mirada. La señora de Alcántara me dijo el nombre del acompañante de Darío. El nombre era el de usted. Una ola de sangre me llegó a la cabeza. Después debo haber palidecido espantosamente, porque mi amiga me preguntó si me sentía enferma. Dí cualquier pretexto. Y no pedí que usted me fuera presentado. No podía pedirlo; no era usted un hombre caduco, ni ma-

estro viejo, sino un hombre... ahora puedo confesarlo: un hombre fascinador. Era usted hermoso, Leonardo. ¿Existe algo más bello que un poeta bello? Cuando la señora de Alcántara me dejó en el hotel donde me hospedaba con mi marido, yo había perdido la libertad. Sentía dulce locura. ¡Cómo eran hermosos la luz, los ruidos, el movimiento, la vida! La vida, que me parecía presta a tomar un sentido nuevo y definitivo.

Me senté junto a un balcón y ví en el espacio fulgurar la imagen de usted. Ni por un instante ignoré ni temí la verdad: yo amaba. Amaba a Leonardo Rocas. Todo moría y resucitaba en mí. ¿Habría sido usted más amado alguna vez? Sólo mi inexperiencia cortó las alas a mi amor. Temí un galanteo de salón, un flirt cobijado por las conveniencias sociales; tuve miedo de las naderías y caí en las pobres argucias de las burguesitas y de las colegialas.

— Le escribí una carta dándole una cita. No se admirará usted más de lo que yo misma me he admirado, de esa cita fijada en el parque *Monceau*. Unos años menos y lo habría citado en el Luxemburgo. Firmé: una admiradora apasionada.

— Nada recuerdo — murmuró Leonardo, procurando fijar sus impresiones, que fluían a torrentes. ¡Usted me citó! ¿Pero no es todo esto una broma cruel?

— Lo cruel fue mi chasco. No le describiré el azoro y la esperanza que me agitaron cuando me dirigí a la cita. Tomé un taxi y lo dejé lejos del parque, a que llegué más temblorosa que lo estaban las hojas de los

árboles bajo el viento de mayo. Creí morir mil veces antes de llegar al banco señalado en mi carta. Un viejo militar estaba sentado en él y me vio con gentil curiosidad; sospechó y, galante, se marchó. Esperé; me parecía no estar en París sino en un desierto barrido por ráfagas ensordecedoras. El miedo, el rubor, la impaciencia, el amor, me sacudían, me golpeaban, me destrozaban, quemaron mi corazón; empecé a ser la mujer de treinta años. Y usted no llegó.

—No llegué — dijo Rocas, inclinando su frente.

—Sufrí horrorosamente al regresar al hotel, pero no quise creer en un desdén, sino en el retraso de mi carta. Escribí una segunda y la firmé: Eugenia. ¿No recuerda esa carta?

—Eugenia . . . Sí, sí, recuerdo algo, como a través de una nube.

—Una carta desesperada, el grito de una mujer caída al mar y que ve alejarse el navío que imaginó se acercaba en su auxilio. Y sospecho que fue una carta ridícula, sobre todo para el buen gusto de usted. El más hermoso sentimiento puede quedar en el papel como una atroz cursilería. Usted no llegó. Al abandonar el parque, cuando en las aceras me fundí en la multitud, conocí la soledad que da el fracaso, la amargura del desdén recibido, la desesperación del amor al que se rompen las flechas. Al día siguiente volví a Madrid y ha debido esfumarse mi juventud, para que me haya sido posible tener una charla con usted, una charla que no se repetirá porque mañana, con el alba, dejaré la ciudad para jamás volver.

Sonreía, pero Leonardo no consiguió imitarla.

—Compadézcame —pidió, refrenando su pesar. Siempre he estado solo y siempre he anhelado el amor que usted me brindó ¡Y lo dejé pasar! Recibí su carta y ahora recuerdo cómo la abandoné sin sospechar su valor. Mis amigos, Darío, Nervo, Gómez Carrillo, habían tenido chuscas experiencias con citas que resultaban haber sido dadas por marchitas solteronas. ¡Pero su carta debió haberme quemado las manos!

—Y como no se las quemó —dijo Clara Eugenia, sin sonreír ya— no pude darme a mi poeta.

Se puso en pie, domando su emoción y tendió su mano, que Rocas besó en silencio. Se marchó y lo dejó en un torbellino de dolor. El mismo abandonó pronto el comedor y se encerró en su cuarto. Sentía su entrañas colgadas de una escarpia de fuego. Había sido amado y había desdeñado aquel amor. Una mujer había comprendido y adorado sus versos y él no había sabido responder a su llamada. Su vida, que le había parecido plena, se mostraba ahora defraudada.

No había vivido. Había vegetado y venía a saberlo demasiado tarde. Clara Eugenia iba a partir para siempre y él, viejo y solitario, arrastraría en la ciudad natal el arrepentimiento y la nostalgia.

Se levantó y fumó junto al balcón. El alba espolvoreó el cielo con su plata fría. En la Catedral empezó a sonar una campana. Rocas se imaginó las panaderías abriéndose y arrojando el vaho del pan caliente; los niños levantándose para acudir a ayudar la misa, los jardines tiritando en la Alameda, en los paseos en

que flotaba la neblina; las recuas saliendo de los mesones; las calzadas solitarias, el agua estremecida de las fuentes.

Oyó el zumbido de un automóvil que se apartaba del hotel. Comprendió: se marchaba Clara Eugenia. Temió entonces los años que le esperaban y tuvo miedo de la soledad y de la indiferencia de la pequeña capital; de encontrar en ella, cuando para él iba a brillar el último sol, no el reposo sino el tormento, no la paz sino la desesperación.

INDICE

	Pág.
Jesús Goytortúa Santos	5
N o v e l a	
Pensativa (Fragmento)	9
Lluvia Roja (Fragmento)	52
Cuando se Desvanece el Arcoiris (Fragmento)	116
El Jardín Imposible (Fragmento) El hombre de Cayena	146
C u e n t o	
Un Fantasma y otros cuentos (Fragmento). El Busto del Jefe Supremo	158
Piano de Estudio	171
La Gloria pasó cerca	178
El último sol	186

COLECCION CACTVS

BREVES ANTOLOGIAS DE ESCRITORES POTOSINOS

Director:

JESUS MEDINA ROMERO

Textos publicados:

- 1 JESUS SILVA HERZOG
- 2 JOAQUIN ANTONIO PEÑALOSA
- 3 MIGUEL ALVAREZ ACOSTA
- 4 JUANA MELENDEZ DE ESPINOSA
- 5 EFREN C. DEL POZO
- 6 RAFAEL MONTEJANO Y AGUIÑAGA
- 7 FRANCISCO PADRON PUYOU
- 8 JESUS MEDINA ROMERO
- 9 FRANCISCO DE LA MAZA
- 10 JOSE ROSAS CANSINO
- 11 MARIA ESTHER ORTUÑO DE AGUIÑAGA
- 12 MANUEL LARA HERNANDEZ
- 13 ASUNCION IZQUIERDO ALBIÑANA
- 14 NEREO RODRIGUEZ BARRAGAN
- 15 ANTONIO CASTRO LEAL
- 16 LUIS NOYOLA VAZQUEZ
- 17 JESUS GOYTORTUA SANTOS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE SAN LUIS POTOSI

El Sr. Ing. Jaime Valle Méndez, Rector de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, dispuso la impresión de este libro en los Talleres Gráficos de la Editorial Universitaria Potosina. La edición estuvo al cuidado de Jesús Medina Romero y José de Jesús Rivera Espinosa, fue concluida el 7 de noviembre de 1997 y consta de 1000 ejemplares.

